

¿Te perdiste una edición previa?

**FIESTA**  
**FAMILIAS**  
**MAGIA**  
**COMIDA**  
**DESIERTO**  
**PLANTAS**  
**COREA**  
**VIOLENCIA**  
**MENOPAUSIA Y**  
**ANDROPAUSIA**  
**FUTBOL**  
**POPULISMOS**  
**ROBOTS**  
**HONGOS**  
**LA CALLE**  
**EXTRACTIVISMO**  
**ESCUELA**  
**CENTROAMÉRICA**  
**EXTRA-TERRESTRE**

 revista.unam

 revista\_unam

 revista\_unam

¡Te la enviamos!

suscripciones@revistadelauniversidad.mx



Visita nuestra plataforma digital:  
[www.revistadelauniversidad.mx](http://www.revistadelauniversidad.mx)

*“Usted tiene una nueva formación de células en el riñón”. El médico lo dijo en un tono tan ligero que por un momento ella pensó que la noticia ameritaba alegrarse. Debido al cubrebocas blanco, solo veía media cara de aquel hombre amable de unos sesenta años y, durante los primeros minutos de la visita, creyó que esa mitad era la correcta.*

**MICHELA MURGIA**

*Una de las más impresionantes paradojas que entraña la experiencia cercana a la muerte es que, ante el umbral del fin, una persona sabe muchas más cosas acerca de sí misma que nunca antes en su existencia. Y no solo se confronta con los recuerdos propios: en esos momentos percibe lo que pensaron y sintieron los otros en los respectivos episodios de su vida.*

**GIUSEPPE AMARA**

*Para lograr una fotografía que fuera adecuada a juicio del fotógrafo y satisfactoria para quienes la comisionaban, se requería de mucho trabajo, esfuerzo, preparativos y disposición. Había que esperar entre 12 y 36 horas a que el rigor mortis cediera y el retratado saliera con una apariencia menos atroz. Ahí se arreglaban su pelo, rostro, manos. Se elegía el atuendo con el que llegaría a la posteridad y se encontraban formas de hacer que la ropa abrazara al cuerpo.*

**JULIETA GARCÍA GONZÁLEZ**



*En nuestro país, la eutanasia está tipificada como delito que merece cárcel. Si fuera legal, los cuidados paliativos incluirían a los medios médicos y legales para que cualquier persona sin perspectiva de cura pudiera poner fin a su vida en un entorno amable, en aislamiento o en la compañía que eligiera, de acuerdo a sus medios y en consonancia con sus convicciones.*

**EUNICE CORTÉS GUTIÉRREZ**

*En el budismo contemporáneo han surgido algunas otras maneras de entender la vida, la muerte y el renacimiento, de las cuales quisiera destacar una: el concepto de “continuación” desarrollado por el venerado monje vietnamita Thich Nhat Hanh. Y va así: los seres humanos desde siempre hemos sido formados por muchos otros seres.*

**KAVINDU (ALEJANDRO VELASCO)**

*Poca gente muere convencida de que sea su última hora, y en ninguna otra cosa el engaño de la esperanza nos embauca más. No cesa de gritarnos a los oídos: “Otros han estado más enfermos y no han muerto; la situación no es tan desesperada como piensan; y, en el peor de los casos, Dios ha hecho otros milagros”. Y sucede así porque nos prestamos demasiada atención.*

**MICHEL DE MONTAIGNE**

**MUERTE**

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

NÚM. 901, NUEVA ÉPOCA

\$50 ISSN 0185 1330

# MUERTE

¿Es posible prepararse para morir bien? ¿Cuál es el verdadero origen del Día de Muertos? ¿Qué son la tanatología, la eutanasia y la voluntad anticipada? ¿Qué experiencias describen quienes han estado en el umbral de la muerte?

**Darío Alemán • Giuseppe Amara**  
**Luigi Amara • Claudia Amaro • Lola Ancira • Agustín B. Ávila Casanueva**  
**Bertha Blum • Piedad Bonnett**  
**Francisco Carrillo • Bernardo Esquinca • Julieta García González**  
**César González-Aguirre • Francisco González Crussi • José Isaac González Huerta • Kavindu (Alejandro Velasco) • Peter Kuper • María de Jesús Medina Arellano • Roberto Martínez • Rocío Maza • Enrique Metinides • Michel de Montaigne**  
**Mitzi N. Pineda Sánchez • AnIELA Rodríguez • Diego Salazar • César Tejeda • Ari Volovich • Jorge Volpi**  
**Vicente Zarco • Raúl Zurita**

**HOMENAJE A**  
**ÁLVARO URIBE**  
PURA LÓPEZ COLOMÉ

**EXPRESIÓN**  
**INTRADUCIBLE**  
MICHELA MURGIA

**ENTREVISTA A**  
**CLARA OBLIGADO**  
PABLO BERTHELY ARAIZA

**ABRAZAR**  
**LA MUERTE**  
EUNICE CORTÉS GUTIÉRREZ

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO









MUERTE

NÚM. 901, NUEVA ÉPOCA  
\$50 ISSN 0185 1330



REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



## RECTOR

Dr. Enrique Graue Wiechers

## COORDINADORA DE DIFUSIÓN CULTURAL

Dra. Rosa Beltrán

## CONSEJO ASESOR UNIVERSITARIO

Lic. Anel Pérez

Dr. William H. Lee Alardín

Dra. Mary Frances Teresa Rodríguez

Mtra. Socorro Venegas

Dra. Guadalupe Valencia García

## CONSEJO EDITORIAL

Miguel Alcubierre

Magalí Arriola

Nadia Baram

Roger Bartra

Jorge Comensal

Abraham Cruzvillegas

José Luis Díaz

Julietta Fierro

Luzelena Gutiérrez de Velasco

Hernán Lara Zavala

Regina Lira

Pura López Colomé

Frida López Rodríguez

Malena Mijares

Carlos Mondragón

Emiliano Monge

Paola Morán

Mariana Ozuna

Herminia Pasantes

Vicente Quirarte

Jesús Ramírez-Bermúdez

## CONSEJO EDITORIAL INTERNACIONAL

Andrea Bajani

Martín Caparrós

Alejandra Costamagna

Philippe Descola

David Dumoulin

Santiago Gamboa

Jorge Herralde

Fernando Iwasaki

Edmundo Paz Soldán

Juliette Ponce

Philippe Roger

Iván Thays

Eloy Urroz

Enrique Vila-Matas

NÚM. 901, NUEVA ÉPOCA  
OCTUBRE DE 2023

## DIRECTORA

Dra. Guadalupe Nettel

## COORDINADORA EDITORIAL

María Jesús Zevallos

## COORDINADORA DE REVISTA DIGITAL Y MEDIOS

Yael Weiss

## JEFE DE REDACCIÓN

Pablo Duarte

## CUIDADO EDITORIAL

Claudina Domingo

## EDITOR DE ARTE

Papús von Saenger

## DISEÑO Y COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA

Rafael Olvera Albavera

## DERECHOS DE AUTOR

Blanca Estela Díaz

## INVESTIGACIÓN Y ARCHIVOS

Verónica González Laporte

## DISTRIBUCIÓN

América Sánchez

## COMUNICACIÓN Y RELACIONES PÚBLICAS

Abril Peña

## VINCULACIÓN Y PROYECTOS PARA JÓVENES

Yvonne Dávalos

## EDICIÓN WEB Y DISEÑO DIGITAL

Andrés Villalobos

## ASISTENCIA EDITORIAL

Elizabeth Zúñiga Sandoval

## FOTOGRAFÍA

Javier Narváez

## DISEÑO DE LA NUEVA ÉPOCA

Roxana Deneb y Diego Álvarez

## SERVIDORES, BASES DE DATOS Y WEB

Fabian Jendle



IMAGEN DE PORTADA: PIETER BRUEGEL, *EL TRIUNFO DE LA MUERTE*, CA. 1562, MUSEO DEL PRADO ©  
Viñetas del número por Kitzia Sámano Valencia

Consulta nuestro Aviso de privacidad en: <https://www.revistadelauniversidad.mx/privacy>

Teléfonos: 5550 5792 y 5550 5794

Suscripciones: 5550 5801 ext. 124

Correo electrónico: [editorial@revistadelauniversidad.mx](mailto:editorial@revistadelauniversidad.mx)

[www.revistadelauniversidad.mx](http://www.revistadelauniversidad.mx)

Río Magdalena 100, La Otra Banda, Álvaro Obregón, 01090, Ciudad de México

La responsabilidad de los artículos publicados en la *Revista de la Universidad de México* recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto.

Certificado de licitud de título y certificado de licitud de contenido en trámite. *Revista de la Universidad de México* es nombre registrado en la Dirección General de Derechos de Autor con el número de reserva 04-2017-122017295600-102.

# LA DISPUTA DEL NORTE

## CAPÍTULOS DE ESTRENO

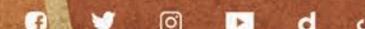
Martes | 19:30 h

Retransmisión  
Sábados | 18:00 H



 tv-unam

[tv.unam.mx](http://tv.unam.mx)



IZZI • CANAL 20 | TELEVISIÓN ABIERTA • CANAL 20.1 | DISH • SKY • MEGACABLE • CANAL 120



*Todo en el mundo crece, da flores  
y vuelve a su raíz. La vuelta a la  
propia raíz quiere decir sosiego,  
consonancia con la naturaleza.  
La consonancia con la naturaleza  
quiere decir eternidad.*

**LAO-TSE**

*No era la muerte, pues yo estaba de pie  
y todos los muertos están acostados,  
no era de noche, pues todas las campanas  
agitaban sus badajos a mediodía.*

**EMILY DICKINSON**

*Es verdad que los muertos tampoco duran  
Ni siquiera la muerte permanece*

**JOSÉ EMILIO PACHECO**

## ÍNDICE

### 4 EDITORIAL

Guadalupe Nettel

## DOSSIER

### 6 JUZGAR DE LA MUERTE AJENA

Michel de Montaigne

### 9 SOBRE LA EUTANASIA Y EL SUICIDIO ASISTIDO

Francisco González Crussí

### 15 CANTO A SU AMOR DESAPARECIDO

FRAGMENTO

Raúl Zurita

### 18 EXPRESIÓN INTRADUCIBLE

Michela Murgia

### 24 MANERAS DIGNAS DE MORIR

María de Jesús Medina Arellano y José

Isaac González Huerta

### 27 ORÍGENES E HISTORIA DE LOS DÍAS DE MUERTOS EN MÉXICO

Roberto Martínez y Rocío Maza

### 33 CONJURO E IMAGINACIÓN: LOS RITUALES DE LA MUERTE

Julieta García González

### 38 LOS OFICIOS

Piedad Bonnett

### 39 PIDO AL DOLOR QUE PERSEVERE

Piedad Bonnett

### 40 EXPERIENCIAS CERCANAS A LA MUERTE

Giuseppe Amara

### 47 ABRAZAR LA MUERTE

Eunice Cortés Gutiérrez

### 53 SALUD MENTAL Y SUICIDIO ESTUDIANTIL

ENTREVISTA CON BERTHA BLUM

Y VICENTE ZARCO

Equipo RUM

### 61 REFLEXIONES SOBRE LA MUERTE EN EL BUDISMO

Kavindu (Alejandro Velasco)

### 66 LA PUERTA GIRATORIA DE LA INMORTALIDAD

Luigi Amara

### 73 DIARIO DE OAXACA

Peter Kuper

### 82 HABLAR CON LOS MUERTOS

Lola Ancira

### 89 UN TOUR POR EL INFAMANDO

Jorge Volpi

### 94 UN VIAJE AL INFIERNO

ENTREVISTA CON MARCELA TURATI

Diego Salazar

### 103 EL HAMBRE DE NUESTROS DIOSES

Bernardo Esquinca

## ARTE

### 112 POR VER NO SE COBRA

César González-Aguirre

## PANÓPTICO

### EL OFICIO

### 122 UNA EXTRANJERA EN EL IDIOMA PROPIO

ENTREVISTA CON CLARA OBLIGADO

Pablo Berthely Araiza

### EN CAMINO

### 127 MIGRACIÓN: DIEZ AÑOS DESPUÉS Y UN RECONOCIMIENTO A LA PERSEVERANCIA

Claudia Amaro

### ALAMBIQUE

### 131 28 800 PATITOS DE HULE EN MIS VENAS

Agustín B. Ávila Casanueva

### ÁGORA

### 135 EL SILENCIO DE LOS DISIDENTES

Ari Volovich

### PERSONAJES SECUNDARIOS

### 139 MÁS ALLÁ DE OPPENHEIMER: LA GRAN FAMILIA DE LA BOMBA ATÓMICA

Darío Alemán

### OTROS MUNDOS

### 143 ENDURO

Yael Weiss

## CRÍTICA

### 150 TEMOR DE DIOS

HOMENAJE PÓSTUMO A ÁLVARO  
URIBE

Pura López Colomé

### 153 LAS VIGILANTES

ELVIRA LICEAGA

César Tejeda

### 157 ROSARIO CASTELLANOS. MATERIA QUE ARDE

SARA URIBE Y VERÓNICA GERBER  
BICECCI

Francisco Carrillo

### 161 HABILITAR EL IMAGINARIO SONORO: EL PODCAST EN ESPAÑOL

Mitzi N. Pineda Sánchez

### 164 DESCUBRÍ QUE ESTABA MUERTO

JOÃO PAULO CUENCA

Aniela Rodríguez

### 168 NUESTROS AUTORES



## EDITORIAL

¿Existe acaso un misterio mayor que la muerte? Entre las pocas cosas que sabemos sobre ella es que no hay posibilidad alguna de evitarla y que, casi siempre, resulta imposible decir cuándo nos ocurrirá. Mucha gente se sirve de esa incertidumbre como de una coartada para postergar el momento de reflexionar sobre ella, de mirarla de frente. Somos como esos niños que se tapan los ojos y piensan que así nadie los verá. ¿Por qué vivimos en esa negación? Posiblemente porque nos representamos la muerte como el final absoluto de todo lo que conocemos y nos es familiar. Este miedo y esta negación moldean a la sociedad más de lo que imaginamos. Llenamos cada instante de ruido y de actividades, desde las más importantes hasta las más fútiles, para no estar nunca solos, en silencio, a merced de esa certeza que asoma, como una sombra ominosa, en los escasos momentos en que nos aburrimos. Chuang Tzu escribió al respecto: “El nacimiento de un hombre es el nacimiento de su dolor. Cuanto más tiempo vive, más estúpido se vuelve, porque su afán angustiado por evadir la muerte se intensifica día a día. ¡Cuánta amargura: vive para algo que no está a su alcance! Su sed de sobrevivencia en el futuro lo vuelve incapaz de vivir en el presente”. Y es que este mundo nos mantiene neuróticamente ocupados o entretenidos hasta el momento en que la muerte hace su aparición, desgarrando la delgada cortina detrás de la cual nos escondemos. Nos toca entonces enfrentarnos a ella sin orientación ni herramientas para manejarla. Así es como ocurre habitualmente, pero no es —ni ha sido— la única manera de hacerlo. En cada cultura ha habido gente que se ha abocado a familiarizarse con la muerte y a prepararse para ella. A partir de una reflexión lúcida y del desarrollo de una serie de prácticas, nos dicen, es posible disminuir el sufrimiento que acompaña este proceso. Más aún, asumir la ineluctabilidad de la muerte —aseguran los místicos de muchas tradiciones—, pensar en ella cada día, ofrece la posibilidad de distanciarnos de nuestros problemas y de vivir nuestra vida con plenitud, disfrutando a cabalidad del momento presente.

El objetivo de este número es ayudarte a iniciar esa reflexión de la mano de médicos, antropólogos, terapeutas, escritoras, poetas y maestros de meditación. Michel de Montaigne nos asegura que nunca seremos tan dueños de nuestra propia vida como cuando asumamos nuestra

muerte y nos apoderemos de ella, como hizo Sócrates en su momento. En su texto "Sobre la eutanasia y el suicidio asistido", Francisco González Crussí recorre los pros y los contras que animan esta necesaria polémica. El texto de Eunice Cortés parte de la muerte de su padre para explicar en qué consisten los cuidados paliativos, la tanatología y el acompañamiento a los moribundos. En una entrevista con el peruano Diego Salazar, Marcela Turati aborda la desaparición de centenares de migrantes en San Fernando, Tamaulipas, pero también la forma en que esta periodista practica un oficio tan lacerante en un país donde la muerte acecha detrás de cada esquina. Luigi Amara fue un valioso consejero para la concepción de este número. Su ensayo y el de su padre funcionan como dos caras de una misma moneda. Los textos de Julieta García, Roberto Martínez, y Rocío Maza describen los rituales mexicanos de la muerte, incluidas las fotografías fúnebres, y las ofrendas del Día de muertos. Los poemas de Piedad Bonnett que aquí reproducimos transmiten como dos relámpagos el dolor por la pérdida de su hijo, mientras que la entrevista a Bertha Blum y Vicente Zarco aborda los delicados temas de la salud mental y el suicidio estudiantil, especialmente después de la pandemia. "Reflexiones sobre la muerte en el budismo", de Kavindu (Alejandro Velasco), establece un recorrido sobre los principales enfoques que ofrece esta rica tradición. "Expresión intraducible", de Michela Murgia, es un poderoso cuento en el que la brillante escritora italiana relata una visita médica durante la cual le informan que está enferma de cáncer. Se trata de uno de los últimos textos de esta joven, pero importante autora, fallecida hace tan solo unos meses.

Ayudar a los otros a morir bien es tan fundamental como alistarnos para cuando llegue nuestro turno. Todos fuimos alguna vez un recién nacido indefenso que no habría sobrevivido sin las atenciones de los demás. Las personas que atraviesan el final de su vida son igual de incapaces de cuidarse a sí mismas. Con un poco de preparación podemos reducir su angustia y ayudarlas a irse con la mente en paz. Esperamos que este número te oriente sobre los recursos que existen hoy en día y te otorgue algunas claves para que realices tu *memento mori*.

*Guadalupe Nettel*



## JUZGAR DE LA MUERTE AJENA

*Michel de Montaigne*

**C**uando juzgamos sobre la seguridad de alguien en la muerte, que es sin duda la acción más notable de la vida humana, debemos tener una cosa en cuenta: que difícilmente nadie cree haber llegado a tal extremo. Poca gente muere convencida de que sea su última hora, y en ninguna otra cosa el engaño de la esperanza nos embauca más. No cesa de gritarnos a los oídos: "Otros han estado más enfermos y no han muerto; la situación no es tan desesperada como piensan; y, en el peor de los casos, Dios ha hecho otros milagros". Y sucede así porque nos prestamos demasiada atención. Parece que la totalidad de las cosas se vea de algún modo afectada por nuestra aniquilación, y se compadezca de nuestro estado.

Lo arrastramos todo con nosotros. De ahí que consideremos nuestra muerte como un asunto importante y que no sucede tan fácilmente, ni sin deliberación solemne de los astros. *Tot circa unum caput tumultuantes deos* [Tantos dioses tumultuosos en torno a una sola cabeza; Séneca el Rétor.] Y lo pensamos tanto más cuanto más nos valoramos. ¿Cómo?, ¿acaso toda esta ciencia va a perderse con tanto perjuicio sin particular preocupación de los hados?, ¿a un alma tan rara y ejemplar no cuesta más matarla que a un alma plebeya e inútil?, ¿esta vida, que protege a tantas otras, de la cual dependen tantas otras vidas, que ocupa a tanta gente con su servicio, que llena tantos lugares, se marcha como la que está sujeta a su simple nudo? Ninguno de nosotros piensa suficientemente que no es más que uno.

Ahora bien, no es razonable juzgar la resolución y la entereza de quien no se halla todavía plenamente convencido de correr peligro, aunque lo corra; y no basta que haya muerto con esa actitud si no la había adoptado precisamente a tal efecto. La mayoría endurece el gesto y las palabras para ganar reputación, que esperan aún disfrutar en vida. En aquellos que he visto morir, la fortuna, no su propósito, ha dispuesto los gestos. Y aun entre aquellos que en la Antigüedad se dieron muerte, debe distinguirse si se trata de una muerte repentina o de una muerte que dispone de tiempo.

Una muerte rápida, dice Plinio, es la dicha suprema de la vida humana. Les aflige recono-

cerla. Nadie puede decirse resuelto a la muerte si teme tantearla, si no puede afrontarla con los ojos abiertos. Esos a quienes se ve en los suplicios correr a su fin, y apresurar y urgir la ejecución, no lo hacen por entereza. Quien privarse del tiempo de considerarla. Estar muerto no les aflige, pero sí el hecho de morir:

*Emori nolo, sed me esse  
mortuum nihili aestimo.*

[No quiero morir, pero nada me importa estar muerto; Epicarmo, citado y traducido por Cicerón.]

Es este un grado de firmeza al que he comprobado que yo podría llegar, al modo de esos



Herman Henstenburgh, *Vanitas naturaleza muerta*, s. f. The Metropolitan Museum ©

## **Nada hay, a mi entender, más ilustre en la vida de Sócrates que haber dispuesto de treinta días enteros para rumiar el decreto de su muerte.**

que se precipitan a los peligros, como si fuera al mar, con los ojos cerrados. Nada hay, a mi entender, más ilustre en la vida de Sócrates que haber dispuesto de treinta días enteros para rumiar el decreto de su muerte, haberla digerido durante todo este tiempo, siendo una expectativa segurísima, sin emoción ni turbación y con una forma de hacer y de hablar a la que el peso de tal pensamiento no volvió más tensa y elevada sino, al contrario, más simple y despreocupada.

Ese Pomponio Ático al que escribe Cicerón, encontrándose enfermo, mandó llamar a Agripa, su yerno, y a dos o tres amigos más, y les dijo que había comprobado que nada ganaba con querer curarse y que todo lo que hacía para prolongar su vida, prolongaba y agravaba también su dolor. Que, en consecuencia, había decidido poner fin a ambas cosas, y les rogaba que aceptaran su decisión y que, cuando menos, no perdiesen el tiempo para apartarle de ella. Ahora bien, eligió quitarse la vida mediante el ayuno, pero resultó que la enfermedad se le curó por accidente. El remedio que había empleado para matarse, le devolvió la salud. Los médicos y sus amigos, que celebraban tan feliz acontecimiento y se regocijaban con él, se llevaron un buen chasco, pues no por ello pudieron hacerle cambiar de opinión. Aseguraba que, de todos modos, algún día había de transitar esa vía, y que, hallándose tan avanzado, quería dispensarse del esfuerzo de volver a empezar de nuevo. Este, que ha reconocido la muerte detenidamente, no solo no se desanima al encontrarla, sino que se enardece.

Tulio Marcelino, un joven romano, pretendía anticipar la hora de su destino para librarse de una enfermedad que le maltratava más de lo que él estaba dispuesto a soportar, así que, aunque los médicos le prometieron una curación segura, si no rápida, llamó a sus amigos para deliberar sobre la cuestión. Los unos, dice Séneca, le daban el consejo que por cobardía habrían aceptado para sí mismos; los otros, por adulación, el que pensaban que había de serle más grato. Pero un estoico le habló así:

No te atormentes, Marcelino, como si estuvieras deliberando sobre un asunto importante: vivir no es un gran asunto —tus criados y los animales viven—; morir honesta, sabia y firmemente sí es un gran asunto. Piensa cuánto tiempo llevas haciendo lo mismo; comer, beber, dormir; beber, dormir y comer. Giramos incesantemente en este círculo; no solo los accidentes desgraciados e insoportables, sino también el hastío de vivir suscita el deseo de la muerte.

No hubo necesidad de hierro ni de sangre. Se resolvió a marchar de esta vida, no a huir de ella; no a escapar de la muerte, sino a experimentarla. Y para darse el tiempo de tantearla, a los tres días de renunciar a todo alimento, después de hacer que le bañaran con agua tibia, se extinguió poco a poco y, según decía, no sin cierto placer. En verdad, quienes han experimentado estos desfallecimientos de ánimo producidos por la debilidad, dicen no sentir dolor alguno, sino más bien cierto placer, como el del tránsito al sueño y al reposo. Estas son muertes estudiadas y digeridas. **U**

---

Fragmento del capítulo XIII, libro II, de *Los ensayos*, traducción de J. Bayod Brau, Acantilado, Barcelona, 2007.



## SOBRE LA EUTANASIA Y EL SUICIDIO ASISTIDO

Francisco González Crussí

**D**esde los comienzos del siglo veinte, Maeterlink llamó un “bárbaro prejuicio” a la porfía de los médicos que agotan hasta el último recurso a su disposición para prolongar una vida que obviamente es presa de una enfermedad avanzada, horriblemente dolorosa e incurable. El paciente ansía dejar de sufrir y terminar su vida en paz. En lugar de eso, se ve rodeado de afanosos técnicos, enfermeras y personal médico que lo voltean en su lecho; le ponen inyecciones; lo conectan a máquinas que registran diversos signos vitales; y quizás lo intuban o traqueotomizan. Todo sin que nadie se detenga unos minutos para que el sufriente pueda hacerles una pregunta. En nuestro idioma, la expresión “encarnizamiento terapéutico” describe gráficamente esta situación.

Lo que el admirable conocimiento médico hace es “lograr que seres humanos mueran en un dolor más atroz que el de las bestias que nada saben”. ¡Vaya paradoja! Por un lado, los sabios nos dicen que la muerte en sí no es de temerse, y que solo la espera angustiosa de su llegada nos hace temerla: *Pompa mortis magis terret quam mors ipsa*, decían los antiguos. Por otro lado, el horror prejuicioso de algunos médicos a la muerte los lleva a prolongar precisamente las circunstancias que transforman lo que en sí no es temible, en algo genuinamente espantoso.

Es comprensible que cuando el mal produce un deterioro corporal prolongado y doloroso, algunos enfermos opten por apresurar su muerte. Piden al médico que recete drogas que, a sabiendas de ambos, causarán la muerte del paciente. Es lo que se denomina “suicidio asistido”, diferen-

te de la "eutanasia voluntaria activa", en la cual el médico no solo prescribe las drogas letales, sino que él mismo las administra a petición explícita del paciente. En la eutanasia "no voluntaria" el paciente está imposibilitado para dar su consentimiento, pero lo provee su representante legal.

Históricamente, el concepto de eutanasia está empañado con las pasiones de quienes mantienen puntos de vista contrarios. Se entiende, pues no se trata de un asunto baladí: literalmente es cosa de vida o muerte. Unos enarbolan la inviolabilidad (o la "sacralidad") de la vida humana como "principio" normativo de conducta. Para ellos, la eutanasia es una violación al "derecho a la vida" cometida contra personas vulnerables y un eufemismo para el asesinato. Otros, por el contrario, arguyen que obligar a que la forma de morir de una persona concuerde con el sistema de valores de otros, es detestable abuso que contradice la supuesta actitud compasiva de quienes profesan ser defensores de la vida. La eutanasia, dicen, es un acto de auténtica compasión ante el sufrimiento de un ser humano; una afirmación del derecho de cada uno a controlar su propio destino; y una decisión clínica basada en lo que mejor conviene al estado del paciente. Estas consideraciones también se erigen como "principios", lo cual explica la contumacia de la mutua hostilidad de los contendientes.

El conflicto entre estas dos posiciones antagónicas no es nuevo. Data desde hace miles de años y, vista la hondura de las mutuas averciones, hay razón para suponer que seguirá por miles más. Imposible cubrir, en el espacio de un artículo, los complejos aspectos filosóficos, médicos y legales de estas graves cuestiones. Una excelente visión general, accesible, en lenguaje llano y con referencia al medio social

mexicano, es el capítulo titulado "Eutanasia y Suicidio Asistido" en el tratado de *Ética médica laica* del Dr. Ruy Pérez Tamayo.<sup>1</sup> Es un texto indispensable para todo estudioso de la eutanasia.

El presente artículo es solo un breve atisbo de dos temas: el llamado argumento de la "cuesta resbalosa" y la incipiente injerencia de la tecnología en la eutanasia.

## EL ARGUMENTO DE "LA CUESTA RESBALOSA"

Quien trata de escalar una cuesta resbalosa suele caer en vez de subir, como era su deseo. Esta metáfora la usan quienes creen que aprobar una forma rigurosamente limitada de eutanasia conduce a permitir mucho más de lo planeado. John Keown, un especialista en ética, escribió que la teoría de la "cuesta resbalosa" se aplica a la eutanasia mediante dos clases de argumentos: empíricos y lógicos.<sup>2</sup> Según los argumentos empíricos, ahí donde la legislación autoriza la eutanasia voluntaria, a la postre se llega a favorecer la ejecución de actos de eutanasia no voluntaria e inclusive "involuntaria" (cuando el consentimiento del paciente no se buscó, o bien éste lo había rehusado explícitamente). De corroborarse estos datos, tendríamos que convenir que constituirían argumentos de gran fuerza; sin embargo, la validez de la evidencia empírica no es universalmente admitida.

Los opositores de la eutanasia insisten en que la "libre elección" de terminar con la propia vida tiende a promover un cambio indeseable en los valores tradicionales de la sociedad. Di-

<sup>1</sup> Ruy Pérez Tamayo, *Ética médica laica*, Fondo de Cultura Económica y El Colegio Nacional, México, 1ª. edición, 2002.

<sup>2</sup> J. Keown, *Euthanasia, Ethics, and Public Policy*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002.

cen que en países que autorizan la eutanasia y el "suicidio asistido", año con año se observa un dramático aumento en el número de personas cuyas vidas son activamente terminadas por otras gentes.<sup>3</sup> Y una vez que tales prácticas se vuelven legalmente aceptables, se hace más y más difícil justificar los criterios que estipulan quién califica para una terminación legal de su vida... Siempre habrá casos "difíciles" no previstos por la ley; casos que caen apenas fuera de los límites de elegibilidad inicialmente propuestos. Por ejemplo, ¿por qué no considerar como elegible para eutanasia a un paciente que es apenas unos meses más joven de lo que establece la ley? Pero no solo la edad: otras circunstancias pueden diferir de las estipulaciones legalmente sancionadas. De modo que la presión será muy grande para expandir en todas direcciones los límites previstos; y es inevitable, dicen algunos expertos, que esta progresión ocurra.

Entre los cambios sociales que tienen lugar donde la eutanasia es permitida, está un nuevo concepto del suicidio, considerado como modalidad de terapéutica médica, desprovisto de su dimensión trágica. Empero, los médicos no siempre se adaptan a la nueva visión. Uno de ellos, en Bélgica, decía no poder dormir días antes y después de administrar la eutanasia. Y comentaba: "estudias durante muchos años [...] en los que únicamente te enseñan cómo curar, y ahora haces todo lo contrario... Me da miedo el poder que poseo en ese instante".<sup>4</sup> Gentes que antes no cuestionaban sus vidas, una vez que la eutanasia es legal, se pre-

guntan: ¿Cuál es la calidad de mi vida? ¿Seré una carga para otros? Es el germen de la idea de la acción suicida.

Conviene tener presente que el mundo de la realidad difiere, a veces muy penosamente, del concepto "idealizado" de la relación médico paciente. Cuando un enfermo "libremente" elige y pide la eutanasia, suponemos que su médico lo conoce muy bien; que entiende cabalmente sus temores, sus ansiedades y su sufrimiento; que todo lo entiende suficientemente bien para concluir que la elección de su paciente de terminar su existencia deriva de una convicción deliberada y "autónoma". Es decir, que el paciente no actúa impelido



Henricus Wilhelmus Couwenberg, *Estudio de una mano con una aguja entre el pulgar y el índice*. ca. 1830. Rijksmuseum ©

<sup>3</sup> Lynne Bowyer, "Euthanasia", *Think*, 2021, vol. 20, núm. 58, pp. 93-102.

<sup>4</sup> Rachel Aviv, "The Death Treatment. When should people with a non-terminal illness be helped to die?", *The New Yorker Magazine*, Nueva York, 15 de junio de 2015.

por una depresión que puede ser transitoria, o por espurias presiones externas, como considerar que es "una carga" para sus sobrevivientes. Así, quienes defienden la eutanasia generalmente suponen que los médicos pueden decidir si la decisión es realmente autónoma porque conocen perfectamente a sus pacientes, y que estos, a su vez, confían absolutamente en sus médicos, sin tener jamás la más mínima sospecha de que su diagnóstico esté equivocado. Bien se ha dicho que "quienquiera que trabaje día con día en el cuidado de pacientes terminales, sabe muy bien que este

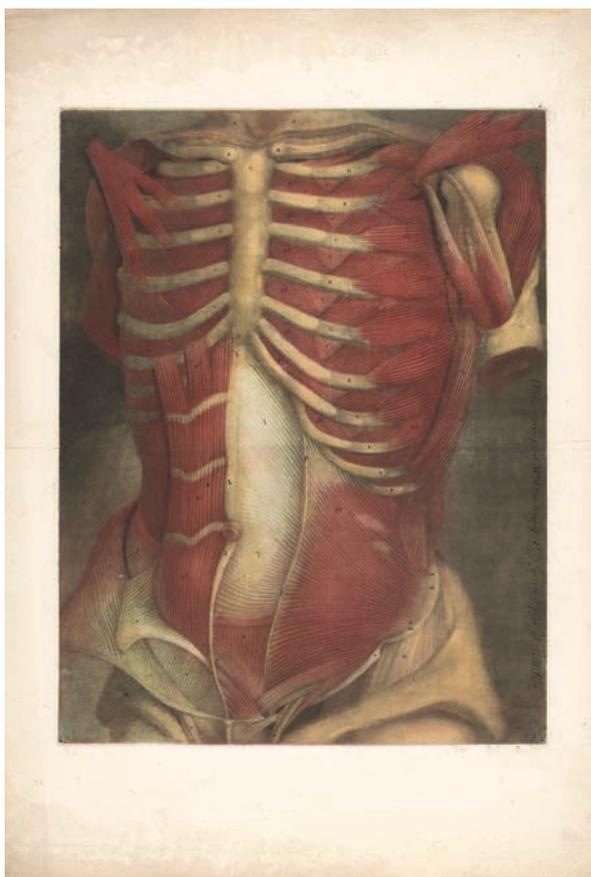
cuadro idealizado simplemente no existe en la realidad".<sup>5</sup>

Veamos ahora los argumentos que Keown llama "lógicos" contra la legalización de la eutanasia. La posición de este autor es que la permisibilidad de la eutanasia voluntaria implica conclusiones éticamente problemáticas. Una de estas la enuncia así: *la eutanasia voluntaria es permisible solo si la eutanasia involuntaria también lo es*. El razonamiento de base es el siguiente:

Para concluir que la eutanasia es moralmente permisible, se requieren dos cosas: (i), que la petición del paciente sea hecha en forma autónoma, y (ii), que el médico juzgue en forma competente que la muerte sería un *beneficio* para el paciente.<sup>6</sup> Según esto, si la valoración del médico es positiva, la eutanasia se considera moralmente permisible; pero la permisibilidad es improcedente si la valoración del médico es negativa. Por tanto, Keown hace notar que toda la responsabilidad moral del caso reside en el juicio del médico, puesto que la permisibilidad depende de la satisfacción del criterio (ii) antes mencionado. Pero, siendo así, el criterio (i) —la decisión "autónoma" del paciente— resulta superfluo. Si la permisibilidad moral de la eutanasia se reduce enteramente al juicio médico que dictamina que la muerte *beneficiaría* al paciente, entonces ya no hay diferencia entre los casos de pacientes que solicitan la eutanasia, y aquellos que *son incapaces de solicitarla*. Luego se cumpliría el enunciado de Keown: "la eutanasia no voluntaria es permisible si la voluntaria lo es".

<sup>5</sup> George Pilcher, *A Time to Live: The Case Against Euthanasia and Assisted Suicide*, Monarch Books, Oxford, 2010, pág. 13 (citado por Lynne Bowyer en *Euthanasia*, op. cit.)

<sup>6</sup> J. Keown, *Euthanasia* (op. cit., pág. 77).



Jacques Fabien Gautier d'Agoty, modelo muscular anatómico de un torso masculino, visto de frente, 1746. Rijksmuseum ©

## El concepto de eutanasia está empañado con las pasiones de quienes mantienen puntos de vista contrarios.

Veamos ahora el criterio (i), según el cual no se atribuye ningún valor moral al juicio médico de si la muerte sería beneficiosa para el paciente. Toda la responsabilidad moral gravita sobre la decisión del propio paciente. Pero, de ser así, los médicos estarían obligados a respetar los deseos de cualquier paciente que solicitase de manera “autónoma” la eutanasia, sea esta beneficiosa o no para el solicitante. En palabras del mencionado autor:

Si la justificación fundamental de la eutanasia voluntaria activa es el respeto a la autonomía del paciente, entonces [este razonamiento] es lógicamente incongruente con el hecho de que el paciente sufra un dolor intolerable, o tolerable, o que no sufra nada.<sup>7</sup>

Para Keown, la eutanasia es éticamente indefendible y nos remite a los “cuernos de un dilema”. Si basta saber que la muerte beneficiará al paciente, entonces el consentimiento de éste es irrelevante (uno de los “cuernos” del dilema). Pero, si lo que importa es la petición del paciente debidamente certificada como autónoma por los médicos, entonces la evaluación del posible beneficio al paciente será redundante (segundo “cuerno” del dilema).

Esta manera de discurrir se nos antoja capciosa o sofística. Fue, durante un tiempo, tenida por objeción importante a la eutanasia, desde el marco del argumento de “la cuesta resbalosa”. Sin embargo, el valor de la autonomía personal no es absoluto, tiene limitaciones. Toda persona es libre de emprender actividades peligrosas, como practicar paracaidismo, o conducir una motocicleta a gran velocidad, pero de esto no se sigue que la li-

bertad individual debe ser irrestricta. Un paciente puede hacer, de manera autónoma, decisiones inmorales, como las que causan daño a sus familiares. En cuanto al razonamiento de Keown, su error es conceder valor absoluto a cada uno de los criterios discutidos. Ambos elementos —(i), la decisión autónoma del paciente y (ii), el juicio competente del médico de que la muerte será un beneficio para quien la pide— son indispensables. Tanto el (i) como el (ii) son criterios *individualmente necesarios*, y *conjuntamente suficientes* para hacer permisible la eutanasia. La formulación correcta, según un contrincante ideológico de Keown,<sup>8</sup> es esta: Dada la presencia de (i), la adicional presencia de (ii) bastará para hacer permisible a la eutanasia. A la inversa, dada la presencia de (ii), la adicional presencia de (i) será suficiente para lograr el mismo fin. Lo que no es admisible es proponer que cualquiera de los criterios (i) o (ii) es suficiente *individualmente* para hacer a la eutanasia permisible.

### LA TECNOLOGÍA COMIENZA A INSERTARSE EN LA EUTANASIA Y EL SUICIDIO ASISTIDO

Philip Nitschke, autor australiano, médico y fundador de la organización pro eutanasia *Exit International*, ha diseñado varios artefactos cuyo objeto es facilitar la muerte voluntaria. El más reciente, llamado “Sarco” tiene un diseño “aerodinámico” que sugiere una nave espacial.<sup>9</sup> (No es coincidencia, supongo, pues el

<sup>7</sup> *Ibid.*, pág. 78.

<sup>8</sup> Harvard Lillenhammer, “Voluntary Euthanasia and the Logical Slippery Slope Argument”, *The Cambridge Law Journal*, 2002, vol. 61, núm. 3, pp. 545-550.

<sup>9</sup> Will Douglas Heaven, “Life, death, and automation”, *MIT Technology Review*, 2022, vol. 125, núm. 6, pp. 72-76.

usuario se embarca en un gran viaje al “más allá”). Se trata, en rigor, de un lujoso ataúd con una función automática. El presunto suicida se introduce en el estilizado cajón; una voz le hace tres preguntas: “¿Quién es usted?, ¿dónde está usted?, y ¿sabe usted lo que ocurrirá en cuanto apriete el botón?”. Lo que ocurre después es que el interior se inunda de nitrógeno, haciendo perder la conciencia al ocupante en menos de un minuto y la vida (por asfixia) en menos de cinco.

Con este artefacto se trata de hacer que el suicidio asistido sea “lo menos asistido posible”. Nadie tendrá cargo de conciencia (ni podrá ser enjuiciado) por haber ayudado materialmente a privar de la vida a un semejante.



Peter Paul Rubens, *Entierro*, 1615. Rijksmuseum ©

Ni siquiera puede decirse que alguien construyó la máquina con sus propias manos, pues la construcción la realiza una máquina impresora 3-D (tridimensional) que recibe órdenes electrónicamente, a distancia. No se administran barbitúricos y no es necesario que alguien aplique una inyección. Nitschke ha enviado ya a Suiza los planos para reproducir esta máquina mediante impresora 3-D, y piensa que el gobierno suizo aprobará su uso en casos de “suicidio asistido”, el cual, como es bien sabido, se permite en tierra helvética. No parece creíble. Hay problemas no fáciles de superar.

El gobierno suizo exige, antes de autorizar la eutanasia o el suicidio asistido, que dos médicos certifiquen que el paciente no es un enfermo mental. Nitschke quiere crear un programa electrónico, un software capaz de hacer una evaluación psiquiátrica de los pacientes. A quienes tenemos un cierto escepticismo sobre la psiquiatría, esto nos parece un problema formidable. Dada una persona que quiere morir, no habrá dos psiquiatras que coincidan en su opinión sobre el estado mental de esa persona. Creo que habrá tantas opiniones como psiquiatras consultados.

Sin embargo, la tecnología y la Inteligencia Artificial ya están aquí, su progreso no puede detenerse. Se ha programado software para decidir quién recibe diálisis renal y quién no. Si dos pacientes tienen la misma probabilidad de sobrevivir, es necesario decidir quién vive y quién muere. Los criterios para decidir son elaborados por la sociedad —por nosotros mismos—, y pueden ser codificados en algoritmos. De igual forma, es creíble que habrá, en un futuro no lejano, algoritmos incorporados a una computadora, la cual dictará quién califica para la eutanasia o el suicidio asistido. **U**

POEMA

## CANTO A SU AMOR DESAPARECIDO

### FRAGMENTO

*Raúl Zurita*

Canté, canté de amor, con la cara toda bañada canté de amor y los muchachos me sonrieron. Más fuerte canté, la pasión puse, el sueño, la lágrima. Canté la canción de los viejos galpones de concreto. Unos sobre otros decenas de nichos los llenaban. En cada uno hay un país, son como niños, están muertos. Todos yacen allí, países negros, África y sudacas. Yo les canté así de amor la pena a los países. Miles de cruces llenaban hasta el fin el campo. Entera su enamorada canté así. Canté el amor:

Fue el tormento, los golpes y en pedazos nos rompimos. Yo alcancé a oírte pero la luz se iba. Te busqué entre los destrozados, hablé contigo. Tus restos me miraron y yo te abracé. Todo acabó. No queda nada. Pero muerta te amo y nos amamos, aunque esto nadie pueda entenderlo.

—Sí, sí miles de cruces llenaban hasta el fin el campo.  
—Llegué desde los sitios más lejanos, con toneladas de cerveza adentro y  
—ganas de desaguar.  
—Así llegué a los viejos galpones de concreto.  
—De cerca eran cuarteles rectangulares, con sus vidrios rotos y olor a  
—pichí, semen, sangre y moco hendían.  
—Vi gente desgredada, hombres picoteados de viruela y miles de  
—cruces en la nevera, oh sí, oh sí.  
—Moviendo las piernas a todos esos podridos tíos invoqué.  
—Todo se había borrado menos los malditos galpones.  
—Rey un perverso de la cintura quiso tomarme, pero aymara el  
—número de mi guardián puse sobre el pasto y huyó.  
—Después me vendaron la vista. Vi a la virgen, vi a Jesús, vi a mi madre  
—despellejándome a golpes.

- En la oscuridad te busqué, pero nada pueden ver los chicos lindos bajo la
- venda de los ojos.
- Yo vi a la virgen, a Satán y al señor K.
- Todo estaba seco frente a los nichos de concreto.
- El teniente dijo “vamos”, pero yo busco y lloré por mi muchacho.
- Ay amor
- Maldición, dijo el teniente, vamos a colorear un poco.
- Murió mi chica, murió mi chico, desaparecieron todos.

Desiertos de amor.

Ay amor, quebrados caímos y en la caída  
lloré mirándote. Fue golpe tras golpe,  
pero los últimos ya no eran necesarios.  
Apenas un poco nos arrastramos entre  
los cuerpos derrumbados para quedar  
juntos, para quedar uno al lado del otro.  
No es duro ni la soledad. Nada ha suce-  
dido y mi sueño se levanta y cae como  
siempre. Como los días. Como la noche.  
Todo mi amor está aquí y se ha quedado:

- Pegado a las rocas al mar y a las montañas.*
- Pegado, pegado a las rocas al mar y a la montaña.*
- Recorrí muchas partes.
- Mis amigos sollozaban dentro de los viejos galpones de concreto.
- Los muchachos aullaban.
- Vamos, hemos llegado donde nos decían —le grité a mi lindo chico.
- Goteando de la cara me acompañaban los Sres.
- Pero a nadie encontré para decirles “buenos días”, sólo unos brujos con
- máuser ordenándome una bien sangrienta.
- Yo dije —están locos, ellos dijeron —no lo creas.
- Sólo las cruces se veían y los dos viejos galpones cubiertos de algo.
- De un bayonetazo me cercenaron el hombro y sentí mi brazo al caer al
- pasto.

—Y luego con él golpearon a mis amigos.  
—Siguieron y siguieron pero cuando les empezaron a dar a mis padres  
—corrí al urinario a vomitar.  
—Inmensas praderas se formaban en cada una de las arcadas, las nubes  
—rompiendo el cielo y los cerros acercándose.  
—Cómo te llamas y qué haces me preguntaron.  
—Mira tiene un buen cul. Cómo te llamas buen culo bastarda chica, me  
—preguntaron.  
—Pero mi amor ha quedado pegado en las rocas, el mar y las montañas.  
—Pero mi amor te digo, ha quedado adherido en las rocas, el mar y las  
—montañas.  
—Ellas no conocen los malditos galpones de concreto.  
—Ellas son. Yo vengo con mis amigos sollozando.  
—Yo vengo de muchos lugares.  
—Fumo y pongo con los chicos. Sólo un poco del viejo pone y saca.  
—Es bueno para ver colores.  
—Pero nos están cavando frente a las puertas.  
—Pero nos están rajando, te digo.  
—Oh sí lindo chico.  
—Claro —dijo el guardia, hay que arrancarlo de raíz.  
—Oh sí, oh, sí.  
—El hombro cortado me sangraba y era olor raro la sangre.  
—Dando vueltas se ven los dos enormes galpones.  
—Marcas de T.N.T., guardias y gruesas alambradas cubren sus vidrios  
—rotos.  
—Pero a nosotros nunca nos hallarán porque nuestro amor está pegado a  
—las rocas, al mar y a las montañas.  
—Pegado, pegado a las rocas, al mar y a las montañas.  
—Pegado, pegado a las rocas, al mar y a las montañas.  
—Murió mi chica, murió mi chico, desaparecieron todos.

Desiertos de amor.

---

Fragmento de *Canto a su amor desaparecido*, Editorial Universitaria, Chile, 1985.



## EXPRESIÓN INTRADUCIBLE

*Michela Murgia*

*Traducido por Guadalupe Nettel y Diego Barboni*

“Usted tiene una nueva formación de células en el riñón”.

El médico lo dijo en un tono tan ligero que por un momento ella pensó que la noticia ameritaba alegrarse. Debido al cubrebocas blanco, solo veía media cara de aquel hombre amable de unos sesenta años y, durante los primeros minutos de la visita, creyó que esa mitad era la correcta. Ahora ya no estaba tan segura. Más allá de la pantalla de plexiglás colocada sobre el escritorio que los protegía a ambos del omnipresente virus, los ojos del doctor eran tan escurridizos que ella no lograba distinguir bien su color. Por despecho, intentó que su rostro también fuera ilegible. Por las grandes ventanas del hospital de Monteverde entraba una luz galvánica que en pleno día solo brilla con esa fuerza sobre Roma. Estaba convencida de que emanaba de las brasas secretas del imperio, el verdadero, que aún ardía bajo las ruinas de tres civilizaciones demasiado débiles para extinguirlas por completo. Bajo esa luz se sonrieron con cautela y el médico, quizás pensando equivocadamente que se había hecho comprender, continuó.

“En términos técnicos se llama neoplasia, lo que significa exactamente ‘nueva formación de células’”.

El grupo silábico 암 se iluminó en su mente como un destello y la sonrisa perdió esmalte. No conocía la etimología, pero sabía qué era una neoplasia, incluso en coreano. Se arregló nerviosamente, alrededor del cuerpo, los pliegues de su abrigo de alta costura, en un instintivo gesto de protección. Para esa visita había hecho todo un proyecto

de atuendo, solo diseñadores de primer nivel, pero sobria, no como para una cita romántica, sino más bien como si quisiera impresionar a una mujer rica de hacía tres generaciones, o negociar un contrato prestigioso, dando a entender que no lo necesitaba; hacerse respetar. Tenía un armario construido para ese propósito, un alijo de armas con buen corte y firma evidente, una para cada guerra de la que no podía darse el lujo de salir perdedora. Cualquier cosa que aquel hombre con bata blanca fuera a decirle, quería que supiera, desde el principio, que ella no era una persona cualquiera y que, por lo tanto, esa neoplasia no po-

día ser algo de rutina ni siquiera para él, porque no había surgido en un cuerpo aleatorio.

Sin embargo, el oncólogo no pareció muy impresionado. Aunque tenía su expediente clínico frente a él, no hizo ningún amago de abrirlo. En lugar de eso, se acercó al pecho una libreta que tenía el logo de un gigante farmacéutico en una esquina, arrancó una hoja de papel y le dio la vuelta. Con un bolígrafo dibujó un garabato y de allí hizo ramificar líneas onduladas que convergían en la misma dirección, unos centímetros más adelante. Continuó hablando lentamente, sin despegar la vista del papel, midiendo cada palabra con el trazo



Kanako Namura, *Chance Painting*, 2019. Cortesía Galería Karen Huber

## *Ella le hizo la pregunta más obvia, la más estúpida.*

### *“¿Qué hice mal?”*

del bolígrafo. Ella tuvo la impresión de que no era la primera vez que hacía ese esquema y sus ambiciones de ser una paciente especial se vinieron abajo. ¿Cuántos otros cuerpos habían sido esas líneas? ¿Cuántas existencias ese garabato?

“Como cualquier ser vivo que acaba de nacer, su nueva formación necesita recursos y se fue a buscarlos a su pulmón izquierdo. Nosotros las llamamos metástasis, pero hay que imaginarlas como pozos de petróleo en Irak”.

“Nosotros las llamamos”, dijo. “Nosotros quiénes”, pensó ella, imaginando una asamblea permanente de sabios que en algún lugar del Gran Castillo de la Oncología establecía la nomenclatura de los desastres que ocurrían en los cuerpos de los seres humanos de todo el mundo. El médico detuvo el trazado de la última línea a la altura de las demás y las cauterizó a todas con un pequeño asterisco. El gesto le dolió casi físicamente, pero intentó no demostrarlo. Por alguna razón que se le escapaba, sintió instintivamente que ella debía tranquilizarlo a él. Una breve risa nerviosa pareció apropiada para animar su explicación geopolítica. La mano del oncólogo, rodeada por un puño de buen algodón azul que surgía de la blancura de la bata, era pálida pero firme al otro lado del plexiglás. Durante la primera parte de la visita la había sentido cálida contra su piel y le pareció que todavía estaba en el bolígrafo, mientras la veía trazar en el papel el rudimentario boceto de sus comprometidos órganos internos.

“Debe tomar el primer medicamento todos los días, dos comprimidos mañana y tarde. Servirá para cerrar estos pozos: sin recursos uno se vuelve más débil... ya me entiende”.

El doctor apartó los ojos del papel y esta vez la miró directamente a los ojos. Ella entendió.

“El segundo fármaco es un goteo intravenoso que deberá tomar cada veintiún días y tiene la función de despertar su sistema inmunológico para que reaccione contra las células recién formadas, impidiendo que sigan desarrollándose”.

“¿Es una quimioterapia?”

“No perderá el cabello si eso es lo que le preocupa”.

No, eso no era lo que la preocupaba. La sílaba ㅏ y su sonido —AM— seguían pulsando en su mente como el letrero de neón de una tienda de kebab.

“Se someterá a una inmunoterapia basada en biofármacos. Como le mostré, no está dirigida directamente a la neoplasia. Sirve para provocar la respuesta natural de su organismo. Si el riñón no nos da problemas, no hay ninguna razón para molestarlo”.

Nosotros quiénes, volvió a pensar, y esta vez se imaginó a los dos compartiendo la misma neoplasia, atrincherados en esa habitación mientras todas las líneas de esa maraña dibujada en el papel intentaban pasar como tentáculos por debajo de la puerta y entre las grietas de los marcos, para alcanzarlos y chuparles sus recursos. Muy a su pesar, la imagen la hizo sonreír, pero el efecto debió ser el de un animal mostrando los dientes a un adversario, porque el médico no le devolvió la sonrisa. Ella le hizo la pregunta más obvia, la más estúpida.

“¿Qué hice mal?”

Era vegetariana. No fumaba, excepto marihuana raras veces y siempre en compañía. Bebía cosas tan selectas que el señor Bernabei la saludaba alegremente desde la puerta de la vinoteca incluso cuando ella no entraba. Los vicios que tenía eran muchos, pero ninguno

en el cuerpo, nada que no pudiera remediar-se fácilmente con privaciones. La culpa estaba escondida en otra parte, si no en las obras, al menos en los pensamientos, palabras y omisiones. El médico permaneció en silencio durante unos segundos, desconcertado por aquella petición de juicio. Cuando él dejó el bolígrafo, ella confundió el gesto con una claudicación.

“Somos seres complejos, señora... No creo que se pueda definir el tema en términos de errores suyos. Los organismos sofisticados tienen más probabilidades de cometer errores. Es el sistema el que se enreda de vez en cuando, la voluntad no tiene nada que ver”.

Ella cerró los ojos. No quería que se leyera en su cara la necesidad de culparse a sí misma, a algo, alguien, un comportamiento extremo, comida chatarra, un mal hábito que duró demasiado, un trauma no resuelto, la contaminación del tráfico de la ciudad, una fábrica cercana, la maldición de un enemigo, todo y todos menos la insoportable hipótesis del accidente estadístico. Pero de alguna manera el médico pareció entenderlo.

“Me dijo que escribe novelas, un trabajo hermoso pero muy complicado. Ninguna especie en la naturaleza puede hacer esto, solo los humanos. ¿Conoce otros idiomas además del italiano?”

“Inglés, francés, más o menos español... estoy estudiando coreano”.

“¿Preferiría no hacer ninguna de estas cosas con tal de no enfermarse jamás? Los organismos unicelulares no desarrollan cánceres, pero no aprenden idiomas. Las amebas no escriben novelas”.

Se miraron durante un tiempo que a ambos les pareció muy largo, durante el cual ella tuvo la certeza de que, a diferencia del Risk inicial con colonias nuevas, ávidas de pozos



Marc Breslin, *Future Paradise*, 2023. Cortesía Galería Karen Huber

iraquíes, el oncólogo había encontrado palabras específicas, hechas solo para ella. Hasta hacía unos minutos había tenido mil preguntas. Preguntas sobre cuánto duraría la pelea que estaba a punto de enfrentar. Si tenía alguna posibilidad de ganarla. ¿Cuánto tiempo tenía para luchar? Quería los detalles del conflicto, el plan militar. Pero la inadecuación del vocabulario bélico, aquel con el que siempre había oído definir la relación con una enfermedad mortal, ahora la silenció. Por supuesto, fue culpa del médico. Las palabras que había utilizado aquel hombre cambiaron el escenario simbólico y la obligaron a avanzar hacia un objetivo que no le era familiar: el pacto de no beligerancia. Eso que antes imaginaba como un adversario al que destruir le había sido descrito ahora como un cómplice de su complejidad, una parte desorientada de su sofisticado cuerpo, un cortocircuito del sistema en evolución, simplemente un compañero que se equivocaba. No estaba acostumbrada a perder con las palabras. Cualquiera que fuera la batalla

que había imaginado librar contra la enfermedad, ahora sonaba como un proyecto autoleccionista. No tenía ganas ni fuerzas para hacerse la guerra a sí misma.

“Nunca lo había visto desde este punto de vista. Me imagino que, si la alternativa fuera la vida de la ameba, el intercambio no me interesaría. Entonces dígame: ¿qué debo hacer para corregir este error del sistema?” Dudó un momento y luego añadió: “Si se puede”.

Los ojos del doctor se iluminaron ante ese cambio de tono y su cuerpo pareció más relajado. Se reclinó en su silla. Probablemente pensó que había superado la etapa más problemática de la entrevista.

“Le haré la receta y tendrá que recoger las medicinas en la farmacia del hospital, pero mientras tanto deberá firmar esta autorización en la que acepta iniciar el tratamiento y afirma ser consciente de los riesgos y sus efectos secundarios”.

“¿Soy consciente de ellos?”

“Están en esta hoja, pero no la invito a leerlos: van desde estornudos hasta la muerte con miles de sufrimientos, exactamente como en los folletos de las aspirinas. Cualquiera que los leyera entraría en pánico. La probabilidad de que se produzca incluso uno de estos efectos es tan remota que no tiene sentido asustarse de antemano. Créame, si le pasa algo, nos daremos cuenta inmediatamente y los suspenderemos”.

“De todas formas no los habría leído. Confío”.

Era una verdad a medias. Había echado un vistazo al papel que había sobre la mesa y el diagnóstico estaba escrito en la parte superior, lapidario, algo que apenas diez años atrás habría sido una súbita sentencia de muerte. Carcinoma renal en etapa cuatro.

AM. Un relámpago.

AM. Uno más.

AM. Y uno más.

Mientras ella firmaba los papeles y él completaba la receta, la sílaba seguía parpadeando en su cabeza y de repente se dio cuenta de que el médico nunca había mencionado la enfermedad.

“Aquí afuera está mi hermana, doctor, y tengo otros seres queridos. Cuando me pregunten qué tengo, ¿cómo debo llamarlo? No logro decir lo que está en el papel”.

Se miraron el uno al otro. El médico suspiró, luego relajó los hombros y se reclinó. Detrás de la barrera de plástico transparente, su cuerpo parecía no tener espesor, como las fotografías prensadas en marcos abiertos. Cuando habló, la ilusión de bidimensionalidad se desvaneció.

“¿Qué nombre le gustaría darle?”

Era una propuesta extraña esa de bautizar un tumor. Resonaron en su cabeza todas las expresiones que ya conocía. Terrible mal. Enfermedad incurable. El maldito. El bastardo. Esa cosa. No le gustó ni una y por impulso dijo:

“En coreano esa palabra se dice ‘am’. ¿Cree que podría usarla?”

Ella se había apresurado tanto en responder que en cuanto terminó de formular la pregunta hubiera deseado retractarse. Se sintió infantil al admitir que necesitaba una palabra que nunca había estado en boca de ningún conocido. Utilizar un término que venía del otro lado del mundo ponía una distancia entre ella y el diagnóstico que le parecía la única sostenible en ese momento. Esperaba que el médico se riera, pero en lugar de eso pareció ponderar la propuesta, pensar en ella durante unos segundos. Luego asintió seriamente y le entregó las recetas en el agujero del plexiglás.

“Si me disculpa, no sé nada sobre coreano, pero en inglés *am* es la primera persona del singular del verbo *to be*, así que creo que es una palabra bastante buena”, sonrió. “Podrá responder *I am*, como si dijera ‘lo que tengo es algo que soy’, y no sería nada impreciso”.

Siguió un denso silencio, en el que la emoción y la incomodidad flotaban mezcladas en la línea de visión de ambos. Incapaz de soportar más la barrera de plástico transparente, ella se puso de pie torpemente, pero la ventana de mirarlo desde arriba duró poco ya que pronto él hizo lo mismo.

“Entonces gracias. Tomaré las pastillas como me dijo, dos al día”.

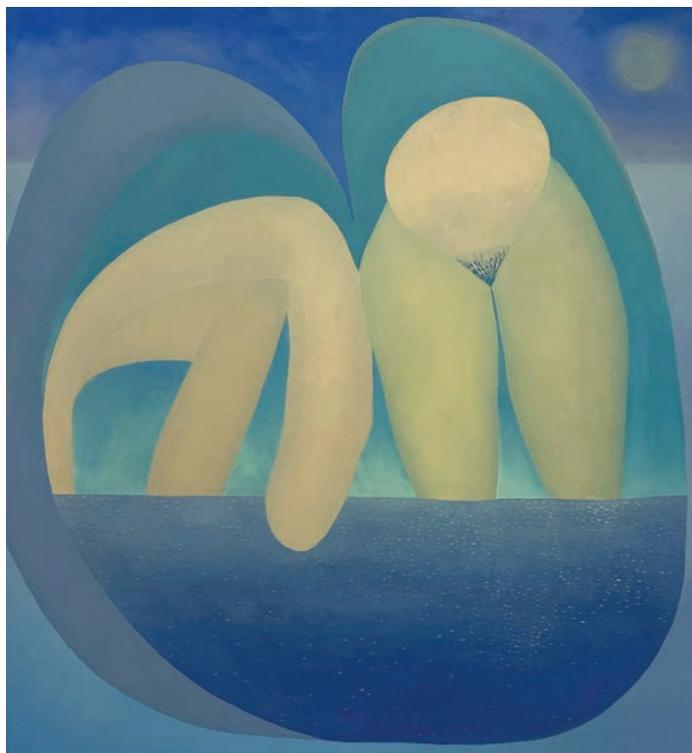
“Mañana y tarde. No se las salte ni las tire, una sola caja le cuesta casi siete mil euros al

servicio nacional de salud. Se lo digo porque de vez en cuando alguien lo hace, finge llevarse las, pero las tira, no sé por qué, la gente es rara”.

Yo también soy rara, doctor, pensó sin decirlo. Ser sospechosa de despilfarro en un ambiente donde lo estaba perdiendo todo le parecía surrealista. Mientras se daban la mano ella le sonrió inútilmente detrás del cubrebocas, pensando que después de todo él tampoco podía verle el rostro completo. Si se hubieran encontrado afuera con la cara descubierta, probablemente no se habrían reconocido. Imaginó la escena en el supermercado.

“¿Me equivoco o tú...?”

Yes, doctor. *I am.* **U**



Othiana Roffiel, *Suspended Dip*, 2023. Cortesía Galería Karen Huber

# MANERAS DIGNAS DE MORIR

María de Jesús Medina Arellano, José Isaac González Huerta

El desarrollo de la tecnología médica ha permitido alargar la vida y modificar las circunstancias y el momento de la muerte. Sin embargo, también ha provocado que la vida se prolongue de manera innecesaria y en perjuicio del bienestar de las personas. Morir con dignidad es un derecho reconocido por la Constitución Política de la Ciudad de México en 2017. En pos de la búsqueda de una muerte digna, hay prácticas y legislaciones que buscan regresarle a la persona la agencia para determinar cómo encarar el final de su vida.

## GLOSARIO



**CUIDADOS PALIATIVOS:** En oposición al tratamiento curativo, estos cuidados solamente se enfocan en el confort del paciente. Entre ellos está el control del dolor y de otros síntomas, así como la atención de aspectos psicológicos, sociales y espirituales.



**DISTANASIA:** La prolongación innecesaria del sufrimiento y de la vida de un paciente mediante tratamientos o acciones que no toman en cuenta el bienestar de la persona.



**ENFERMEDAD TERMINAL:** El padecimiento reconocido, irreversible, progresivo e incurable que se encuentra en estado avanzado y cuyo pronóstico de vida para el paciente es menor a 6 meses. Hay quienes señalan que no es conveniente establecer un criterio de temporalidad, sino que la determinación del estado terminal debe sustentarse en el carácter irreversible y progresivo del padecimiento que llevará a la muerte, no importa que esto ocurra en tres o doce meses.



**EUTANASIA:** La finalización intencional de la vida de un paciente por parte de un médico, a condición de que lo solicite el interesado. La eutanasia no voluntaria es aquella en la que el paciente está imposibilitado para hacer la petición, pero la hace algún familiar o un representante legal facultado para ello.



**FUTILIDAD TERAPÉUTICA U OBSTINACIÓN TERAPÉUTICA:** La búsqueda de un resultado clínico absolutamente improbable, a costa de tratamientos descontextualizados, excesivos (en términos de esfuerzo y finanzas) y sin posibilidades de mejoría para la vida del paciente.



**MUERTE DIGNA:** Renunciar, abandonar o negarse en cualquier momento a recibir —o continuar— con un tratamiento que se considere extraordinario, es decir: cualquier terapia de

soporte vital cuando no hay esperanza de reversibilidad. Ejemplos de estas terapias serían la ventilación mecánica (respiradores), la reanimación cardiopulmonar, la diálisis (reemplazo renal), los fármacos vasoactivos (medicamentos para elevar la tensión arterial), la nutrición por vía no oral e incluso la hidratación.



**MUERTE ASISTIDA:** La muerte que se da sin la necesaria intervención de un médico y/o profesional sanitario. Se refiere a la ayuda altruista que brinda una persona a otra que se lo pide, proporcionándole los medios para terminar con su vida de manera voluntaria, ya sea porque vive un sufrimiento intolerable o bien por cansancio vital.



**ORTOTANASIA:** Permitir que la muerte ocurra en su tiempo, cuando debe ocurrir, suministrando únicamente cuidados y tratamientos que alivien el sufrimiento.



**SEDACIÓN PALIATIVA:** La administración de fármacos en las dosis y combinaciones requeridas para reducir la consciencia de un paciente con enfermedad en etapa terminal para aliviar la presencia de uno o más síntomas refractarios y con el previo consentimiento del enfermo o su familia.



**VOLUNTAD ANTICIPADA:** El derecho a elegir o rechazar por anticipado los tratamientos o procedimientos médicos que se aplicarían en el caso de tener el diagnóstico de una enfermedad en etapa avanzada y/o terminal.



Actualmente son un puñado de países en el mundo los que cuentan con legislación que regula la muerte asistida, la eutanasia y las disposiciones de voluntad anticipada. Estos son unos de ellos.

**SUIZA:** Es el único en el mundo donde la muerte asistida es una opción tanto para sus residentes como para personas extranjeras que decidan acudir a él buscando ayuda para morir.

**HOLANDA:** Fue pionera en la legalización de la eutanasia en 2002, dos meses antes que su vecino, Bélgica. El paciente debe residir en el país y solicitar voluntariamente el procedimiento. Los padecimientos deben ser intolerables, no tener prospecto de cura.

**COLOMBIA:** La eutanasia se despenalizó en 1997 y el país ha seguido progresando en términos de muerte digna. En 2022, la Corte despenalizó la muerte médicamente asistida. Los solicitantes deben ser mayores de edad, padecer una enfermedad terminal (aunque recientemente hay jurisprudencia que levanta esta limitante), y sus solicitudes deben ser revisadas por comités médicos independientes.

**ESTADOS UNIDOS:** En la actualidad la eutanasia está penalizada y la muerte asistida es legal solo en algunos estados, entre ellos Oregon y California.

**MÉXICO:** En el país, la Ciudad de México fue la primera entidad en adoptar la Ley de Voluntad Anticipada, en 2008, que también está garantizada por la Ley General de Salud.

**CANADÁ:** La asistencia médica para morir está disponible en todo el país desde 2016. Existen dos métodos legislados: la muerte médicamente asistida y la muerte asistida. En ambos casos, sin embargo, está involucrado el personal médico. Las personas elegibles deben estar conscientes, ser mayores de edad y capaces de tomar decisiones; además de padecer una condición médica seria, incapacitante e irreversible, aunque no necesariamente terminal.

**ESPAÑA:** La muerte asistida está disponible en todo el país. Los requisitos no varían mucho con relación a los establecidos en otros países europeos como Bélgica y Holanda.



## LA VOLUNTAD ANTICIPADA EN MÉXICO

En México no es legal la muerte médicamente asistida, ni la eutanasia. Sin embargo tenemos el recurso de la Ley de Voluntad Anticipada en catorce Estados (de treinta y dos). El primer Estado en aprobarla fue la Ciudad de México.

La voluntad anticipada especifica la renuncia o la aceptación de ciertos tratamientos y procedimientos médicos llegado el momento de la cercanía con la muerte. Para hacerla explícita hay que cumplir estos requisitos en la Ciudad de México:



Ser mayor de edad.

Estar en pleno uso de sus facultades mentales.

Acudir ante un notario público.

Elegir un representante y un representante sustituto.

Firmar ante dos testigos.

Presentar la identificación oficial vigente del solicitante, los representantes y testigos.

Cubrir el costo.

Al hacerlo, podrás decidir lo siguiente:



Si quieres que, en caso de que tu corazón deje de latir, hagan algo para que vuelva a latir.

Si quieres tener un tubo en la boca y la tráquea conectado a una máquina que haga que tus pulmones respiren.

Si quieres tener un tubo en la boca o en la nariz por donde te puedan alimentar o dar de beber.

Si quieres que te seden, con una probable pérdida de la plena consciencia, para no tener dolor en caso de que los médicos no puedan controlar tus síntomas con otros tratamientos.





Saturnino Herrán, *La ofrenda*, 1913. Museo Nacional de Arte ©



## ORÍGENES E HISTORIA DE LOS DÍAS DE MUERTOS EN MÉXICO

Roberto Martínez y Rocío Maza

“**N**uestro culto a la muerte es culto a la vida”, escribió Octavio Paz en su ensayo *El laberinto de la soledad*. Por la manera en la que celebramos la muerte, los mexicanos nos convertiríamos en aquel pueblo que, en lugar de temerle, la conmemora con felicidad. ¿De dónde viene esta actitud ante el deceso? Las opiniones se dividen entre un origen prehispánico y otro cristiano.

### ENTIERROS PREHISPÁNICOS

Desde el Pleistoceno —alrededor del año 13000 a.C.— en las cuevas de lo que hoy es Quintana Roo, se desarrollaron rituales ligados a la defunción. En el Preclásico prehispánico —entre 2000 a.C. y 200 d.C.—, aparece una amplia diversidad de tradiciones funerarias regionales: entierros bajo las casas en el centro de México o sepulturas en espacios alejados en el Occidente del país. En el periodo Clásico —200 a 900 d.C.— destacan las variaciones en las imagerías mortuorias: mientras la iconografía maya abunda en representaciones de inframundos acuáticos poblados por animales y seres semidescarnados, las maquetas de las tumbas de tiro<sup>1</sup> se limitan a replicar la existencia de los vivos.

<sup>1</sup> Se conoce como “tumba de tiro” al depósito de restos humanos y ofrendas al interior de cámaras subterráneas que comunican con la superficie a través de un tiro o túnel vertical; este tipo de entierros eran comunes en la zona occidental de lo que hoy es México, es decir, Michoacán, Jalisco, Colima y Nayarit.

Los relatos de viajes a espacios míticos son frecuentes en los documentos sobre las civilizaciones prehispánicas que se redactaron tras la Conquista. El relato de la travesía de los gemelos del *Popol Vuh* por el Xib'alb'a alude a ríos, barrancos y árboles espinosos, al cruce de un raudal de sangre y otro de agua y a la llegada de los hermanos a seis casas donde los señores de la muerte los ponen a prueba. Son también frecuentes en muchas zonas de México las menciones de difuntos que, transformados en animales, estrellas, dioses o montañas, intervienen en la existencia de los vivos.



Dibujo de Germán Venegas, 2007. Fotografía de © Miguel Venegas Geffroy. Cortesía del artista

Sobre las costumbres mexicas se describieron ceremonias a los fallecidos que tenían lugar en, al menos, nueve de las dieciocho veintenas del ciclo anual. En esos momentos, el pueblo guerrero del altiplano celebraba danzas, cantos y la confección de ofrendas que variaban en función de la clase social a la que pertenecían los muertos. En los códices *Tudela* y *Telleriano-Remensis*, algunos de los compiladores consideran que tales rituales eran análogos a las fiestas cristianas de Todos Santos y los Fieles Difuntos. Tal vez a partir de estas comparaciones es que nació la idea de las raíces prehispánicas de la celebración del Día de Muertos.

## LAS COSTUMBRES CRISTIANAS

Si bien la rememoración de los propagadores del cristianismo había sido importante desde el inicio del culto, fue en 609, cuando el papa Bonifacio IV instituyó el Día de Todos los Santos al dedicar el Panteón de Roma — que antes evocaba a los dioses paganos — a la Virgen y los santos mártires, para lo cual se trasladaron reliquias desde distintas catacumbas de la ciudad. En el siglo VIII se comenzó a honrar también a los apóstoles, los confesores y los justos. Gregorio IV (827-844) extendió la solemnidad a toda la Iglesia latina y desplazó la fecha al 1 de noviembre, la época del año en que los infieles solían celebrar ritos paganos por el fin de las cosechas. La fiesta integró, desde entonces, elementos celtas y romanos subsistentes en distintas regiones de Europa.

A finales del siglo X, San Odilón de Cluny asignó la fecha del 2 de noviembre para la conmemoración general de los muertos en la fe. La contigüidad con el Día de Todos los Santos, intercesores de la humanidad, propició que pronto la nueva fiesta fuera adoptada por

## **En el siglo VIII se comenzó a honrar también a los apóstoles, los confesores y los justos.**

otras congregaciones y diócesis. La idea del Purgatorio, aceptada por la Iglesia en 1274 y ratificada por el Concilio de Trento en 1563, también jugó un papel importante en la difusión de la conmemoración del Día de los Fieles Difuntos, que se convirtió en una forma de socorrer a las almas en pena con rezos y limosnas. Así, los cristianos adquirieron la posibilidad de ganar la salvación para sus muertos y para sí mismos a través de la realización de obras pías.

### **EL SINCRETISMO NOVOHISPANO**

Con esos antecedentes, los evangelizadores en la Nueva España se encontraron en una compleja situación: si las semejanzas con los rituales prehispánicos facilitaban la difusión de Todos Santos y el Día de los Fieles Difuntos, esas mismas similitudes entrañaban el riesgo de confusión. Así se expresaba al respecto Diego Durán:

Como ellos tenían sus fiestas de difuntos, una de difuntos menores y otra de mayores creo —y sin creo— podremos afirmar que mezclaran algo de ello con nuestra fiesta de difuntos [...] Preguntando yo por qué fin se hacía aquella ofrenda el día de los santos, respondieronme que hacían aquello por los niños, que así lo usaban antiguamente.

La dedicación del día de Todos los Santos a los niños sería, a la postre, una de las particularidades que adquirieron en México estas celebraciones.

Con la celebración de los días de muertos y la idea del Purgatorio, se propagó también la imaginería barroca: capillas y altares mostraban calaveras, esqueletos y una Muerte antropomorfizada (imágenes de raigambre prehis-

pánica) asociados a las almas en el fuego siendo socorridas por santos. La finalidad era infundir en la población que vivía un complejo mestizaje, una conciencia sobre la finitud de la existencia y la necesidad de prepararse para la salvación. La fundación de numerosas cofradías de la Buena Muerte y de las Ánimas del Purgatorio contribuyó a mantener estos cultos en toda la sociedad y a tejer una red de solidaridad entre vivos y muertos, y entre ricos y pobres, a través de la caridad. En varias ciudades había animeros que, por las noches, recorrían las calles pidiendo, con una campanilla, limosnas para sufragio de las almas. Parece factible que de ahí se desprendieran, en parte, cultos populares como los del *Ánima Sola* o la *Santa Muerte*.

### **LA MUERTE BARROCA**

Durante la Colonia, las ceremonias a los muertos llegaron a extenderse por todo noviembre, "el mes de las ánimas". En estas celebraciones había dos vertientes, una pública y otra privada.

En el ámbito más visible destaca la exposición, en diferentes templos, de reliquias para su veneración durante Todos Santos. También se montaban estructuras de cuerpo escalonado, llamadas catafalcos de ánimas, sobre las que se exponían imágenes y textos alusivos a la muerte. Doblaban las campanas todo el día 2 y, al término de la misa, se llevaba a cabo una procesión por las iglesias con responsos<sup>2</sup> en cada sepultura. En estas fechas se trasla-

<sup>2</sup> El responso es una liturgia fúnebre católica que celebra un cura y en la que participan los fieles con diversas oraciones. Durante este acto solemne se recuerdan las buenas acciones del difunto a quien se dedica el rito.



Diego Rivera, *Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central*, 1947. Museo Mural Diego Rivera ©

daban los huesos de las parroquias a los osarios adyacentes, con vigilia y misa cantada.

Por otro lado, los dones alimentarios constituyeron el rasgo más importante de la esfera doméstica. En España se hacía, sobre las tumbas de las iglesias, una ofrenda de pan, vino y cera, denominada "oblada"; los presentes permanecían durante la misa y luego eran recogidos por los curas. En algunas regiones solía repartirse un pan llamado "bodigo" (término derivado de votivo) junto con otras comidas, a personas desfavorecidas que, de alguna manera, representaban a los desamparados del Purgatorio, en cuyo honor se hacía el socorro. Tales usos llegaron a América y es posible que, para personas indígenas, las ofrendas de los europeos sobre las sepulturas tuvieran correspondencia con su costumbre de alimentar a los muertos. Esta clase de prácticas resultaron especialmente atractivas a la población por permitirle el desarrollo de una relación de reciprocidad directa con las ánimas: los fieles hacían sufragios para su pronta liberación y, a cambio, los muertos intercedían por ellos al alcanzar la Gloria.

Sin embargo, la Iglesia era una institución que cobraba cuotas por diversos servicios religiosos. El interés de algunos sectores socia-

les por evitarlas, así como por perpetuar ritos mortuorios no canónicos —como el Cabo de Año—,<sup>3</sup> propició que, a la larga, predominaran las ceremonias privadas sobre las públicas y se popularizaran los altares familiares. Claudio Lomnitz se refiere a ello como la "domesticación del culto a los muertos".

### LA MUERTE SE MODERNIZA

Mientras aquí se volvían cada vez más espectaculares las ceremonias a los difuntos, en el Viejo Mundo la Ilustración había conducido a una actitud más sobria. Aunque provinieran de Europa, para las élites educadas y los viajeros de los siglos XVIII y XIX, algunas prácticas ya resultaban extravagantes. Durante las Reformas Borbónicas, el racionalismo que imperaba en el gobierno condujo, por razones sanitarias, a modificar las costumbres de sepultura: los entierros dejaron de hacerse en las iglesias para trasladarse a panteones a las afueras de las poblaciones. La muerte ahora

<sup>3</sup> El Cabo de Año es una misa que se celebra un año después de la muerte del fiel cristiano. Tiene sus orígenes en la idea prehispánica de que el difunto necesita completar ciertas transiciones para convertirse en un ancestro de su comunidad. Sin este proceso, los familiares y allegados al muerto pueden recibir daños del alma vagabunda.



parecía algo que debía mantenerse distante de la cotidianidad y aquellos símbolos mortuorios que antes inspiraban temor, como las calaveras, ahora se empleaban con humor e ironía.

Al tiempo que inventaban el culto conmemorativo a los héroes nacionales, cuyos restos se trasladaban a lugares de honor, los gobiernos de distintas facciones que se sucedieron a lo largo del muy convulso primer siglo de la época independiente (el XIX), tuvieron que decidir si las fiestas del 1 y el 2 de noviembre habían de preservarse o suprimirse. Varios sectores las vieron como símbolos de atraso; sin embargo, después de su triunfo, los liberales optaron por mantenerlas debido al costo político que hubiera implicado su eliminación.

La ritualidad pública comenzó a adquirir un aire festivo en las grandes urbes. En la Plaza de Armas de la Ciudad de México, además de ofrecerse diversos productos, se vendían juguetes y golosinas y se presentaban espectáculos alusivos a la muerte. Bajo el gobierno del emperador Maximiliano, se popularizaron las representaciones de *Don Juan Tenorio*, de José Zorrilla, obra romántica que otorga un papel destacado a los difuntos. Textos como los de Guillermo Prieto e Ignacio Manuel Altamirano señalan que ricos y pobres se en-

contraban distanciados, tanto en el pomposo paseo del Zócalo —que para el Porfiriato se había extendido a la Alameda— como en las visitas al cementerio. No sin prejuicio, afirman que el abundante consumo de pulque por parte de los menos favorecidos durante la costumbre de ir a “llorar el hueso” solía provocar desorden.

Fue en ese ambiente de tensiones de clase que, durante las últimas décadas del siglo XIX, la prensa comenzó a difundir aquellos textos que, con el nombre de *calaveras*, recurrían al tema de la muerte para satirizar la manera idealizada en que la oficialidad trataba a ciertos personajes públicos. A la par, los grabadores Manilla y Posada publicaban imágenes en las que, a fin de mostrar su obsolescencia, representaban como esqueletos a los porfiristas.

La desmedida mortalidad que provocó la Revolución marcaría, luego, una violenta ruptura con la tradición decimonónica. La reconstrucción ideológica emprendida a inicios del siglo XX condujo a la revaloración de la cultura popular como atributo de identidad; mejores tecnologías de la información, como el cine y la radio, facilitaron la propagación por el orbe de los nuevos símbolos de mexicanidad. Sergei Einsestein, en *¡Qué viva México!* (1930);

Diego Rivera, en *Día de Muertos* (1944) y en *Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central* (1947); Malcolm Lowry con *Bajo el volcán* (1947); y Juan Rulfo en *Pedro Páramo* (1955) fueron algunos de los muchos intelectuales que, a través de sus obras, promovieron el exotismo de la festividad mexicana de la muerte. Hay que señalar que la mayoría de ellos desarticula el Día de Muertos de la esfera católica y transforma lo religioso en adhesión nacional.

## LA MUERTE MEXICANA EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

Durante la segunda mitad del siglo XX, el Estado emprendió diversas campañas para difundir el ya secularizado festejo como alternativa a la penetración de la tradición estadounidense de Halloween. Entre ellas, la inclusión, en la década de 1980, de ofrendas a los difuntos en los libros de texto de la SEP bajo el rubro de "nuestras tradiciones". Además de impulsar el turismo de cementerios, con Mixquic y Jantizio como principales destinos, se promovió una artesanía mortuoria que se inspiraba tanto en las obras de los grandes maestros como en las facturas populares de épocas anteriores. El rol de la ofrenda pasó así, del intercambio ritual a la conmemoración.

El cambio de milenio trajo consigo otras importantes transformaciones. En 2008, la UNESCO dotó de universalidad al Día de Muertos al reconocerlo como Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad. Ese nuevo estatus no solo provocó que aumentara el interés internacional, sino también que las empresas hayan comenzado a invertir en su temática e iconografía. *Mattel* creó una versión de los muñecos *Barbie* y *Ken* con traje "mexicano" y pintura facial de calavera, la empresa china

*Xigua* vende esferas navideñas decoradas con coloridos cráneos, y en la tienda de aplicaciones *Playstore* se pueden descargar videojuegos sobre el mismo tema. Las intervenciones cinematográficas han tenido aún mayor impacto pues, más allá del impulso que dio al desfile de Día de Muertos el filme *James Bond 007: Spectre*, de Sam Mendes (2015), películas como *Coco*, de Lee Unkrich (2017) han emulado las concepciones mexicanas del deceso para propagar el discurso individualista de la búsqueda de la libertad.

Un cambio mayor es el que trajeron consigo los "teléfonos inteligentes" y las redes sociales. Hoy no basta con visitar el cementerio o poner un altar al interior de la vivienda, se requiere dejar constancia de ello en imágenes y videos que se propagan por el planeta. La celebración de Día de Muertos adquiere así una dimensión performática en la que, por su participación en actos colectivos, las personas adscriben a título individual la polisémica esfera de la mexicanidad.

Si volvemos a nuestra pregunta inicial, podemos responder, en síntesis, que el origen del Día de Muertos no es único y que, aún cuando algunos elementos provengan de la época prehispánica o la cristiandad primitiva, las prácticas actuales no podrían ser comprendidas sin considerar el sincretismo, la domesticación, la patrimonialización y la universalización que ocurrieron en los quinientos años posteriores a la Conquista. Nuestra ceremonia aparece, de hecho, como una estructura capaz de albergar manifestaciones muy diversas; habríamos de pensar, tal vez, que su riqueza no radica tanto en su invariabilidad sino en la flexibilidad creativa que el motivo de la muerte despierta. **U**



## CONJURO E IMAGINACIÓN: LOS RITUALES DE LA MUERTE

*Julieta García González*

*Recordar este sábado:  
las tumbas excavadas en la roca,  
en semicírculos, mirando  
hacia el este,  
y la puerta de la muralla abierta  
a campos roturados, al silencio  
y la luz del oeste.  
Olvido García Valdés*

La niña mira de frente a la cámara. Ante ella, un bebé sobre una mesa descansa la nuca en un almohadón. Está vestido de blanco de los pies a la cabeza. Y hay flores blancas que lo cubren: una corona sobre la frente, racimos en el pecho, en las manos, a un lado del cuello. Flores frescas saludan desde un jarrón cerca de la mesa y en las cortinas negras que enmarcan la fotografía. La niña tiene el pelo negro, suelto, largo; los ojos grandes, la boca pequeña de labios apretados. Parece contener la respiración. Es una madre doliente que no debe tener, en esa imagen, más que doce o trece años. El bebé —de seis o siete meses— ha muerto. La chiquilla perdió a su hijo por razones que nunca conoceremos. Para honrar su existencia y acompañarlo en su viaje, se hizo este retrato que capturó no solo el cadáver sino también un rostro vivo, de ojos encendidos que miran con desafío desde una bruma de enojo y dolor: el suyo.

Las flores que cobijan al nene disfrazan el aroma dulzón y pegajoso de la muerte. Su atuendo oculta la blandura asociada a la putrefacción, desde una banda que le sostiene la mandíbula hasta una costura entre los pies que los mantiene relativamente juntos.

El fotógrafo fue el jalisciense Juan de Dios Machain y la imagen tal vez sea de inicios del siglo XX, previa a la Revolución. Sabemos poco de Machain, originario de Ameca, y de otros fotógrafos como él que retrataban a los llamados "angelitos": Pedro Guerra y Romualdo García también retrataron bebés y niños muertos. Sabemos, sin embargo, que la fotografía *post mortem* comenzó con los daguerrotipos, se diseminó por toda Francia y alcanzó grados notables de popularidad en la Inglaterra victoriana. Desde ahí conquistó otros territorios, cada cual con sus particularidades y sus grados de dificultad.

Estas imágenes — que hoy resultan inquietantes, disruptivas del orden que considera-

mos sensato— alcanzaron estatus de ritual. Para lograr una fotografía que fuera adecuada a juicio del fotógrafo y satisfactoria para quienes la comisionaban, se requería de mucho trabajo, esfuerzo, preparativos y disposición. Había que esperar entre 12 y 36 horas a que el *rigor mortis* cediera y el retratado saliera con una apariencia menos atroz. Ahí se arreglaban su pelo, rostro, manos. Se elegía el atuendo con el que llegaría a la posteridad y se encontraban formas de hacer que la ropa abrazara al cuerpo. Para entonces, al arranque de la descomposición, las flores eran necesarias. Aunque estén presentes, no siempre están retratadas. Había racimos —nardos, gardenias, rosas, primulas, jazmines, azahares— en ja-



Juan de Dios Machain, *Retrato de angelito*, ca. 1905 ©

rrones, sobre y debajo del cuerpo de los muertos. A veces se usaba aceite de alcanfor en el piso o en las paredes mientras toda la parafernalia para el retrato quedaba lista.

Después de poner ungüentos en la cabellera y perfume tras los lóbulos, y de dejar listo un escenario que podía incluir un arnés para sostener un cuerpo particularmente blando, tocaba posar junto al ser querido y esperar el lento proceso de revelado. La imagen se atesoraba. El muerto vivía en ella, cómodamente recostado en un sillón o una camita, a un lado de sus parientes más cercanos. El retrato se colocaba en la sala o se guardaba en un álbum que los padres, los hermanos o los viudos acariciaban de tanto en tanto.

Como en el resto de los rituales funerarios, esas fotografías conjuraban a la muerte, impedían el olvido, facilitaban el trance de la desaparición física del ser amado.

\*\*\*

Los rituales de la muerte son un poderoso ejercicio de imaginación que media entre lo irremediable de la partida y la fuerza del cariño. Sirven no solo para paliar el dolor, sino para argumentar a favor de una vida que podría extenderse más allá del mundo corporal y concreto. Son el deseo convertido en extrañas formas que cobran significado colectivo durante unos años, antes de disolverse y dar paso a algo nuevo. Pertenecen a un espacio a la vez racional y mágico de los seres humanos, una zona gris donde la fantasía se mezcla con lo verdadero. Mucho antes de las fotografías *post mortem* y de los retratos de "angelitos" adornados con flores, los humanos crearon una larga sucesión de ritos para la muerte.

El *Homo naledi* —uno de los homínidos que precedió al *Homo sapiens*— enterraba a sus

muertos hace al menos 300 mil años. Así lo especulan paleontólogos, antropólogos y evolucionistas en este 2023, después de estudiar durante una década los pequeños huesos hallados en el sistema de cuevas de la Estrella Naciente, en Sudáfrica. Los restos fueron arreglados con esmero en hoyos no muy profundos e intencionales, rodeados de rocas sobre las que se practicaron marcas con un propósito funerario. Estos enterramientos rituales están fechados en un horizonte temporal inapresable para nosotros y nos ofrecen una mirada a nuestra estructura mental: no podemos disociar la muerte de nuestra propia vida.

"Porque cada átomo que me pertenece, te pertenece a ti también", escribió Walt Whitman en su *Canto a mí mismo* de 1855. En los tiempos de la fotografía *post mortem*, el poeta de Camden cantaba una verdad que da fuerza a los deudos: tú y yo compartimos estos átomos, este polvo de estrellas —esto que soy yo, eres tú. Perder hasta la más ínfima partícula del ser amado implica deshacerse un poco de los propios átomos. Con cada pérdida, morimos de manera parcial y nos transformamos para siempre.

Sin embargo, se necesitan acciones concretas y pragmáticas para evitar que se propaguen enfermedades, que el aire se contamine, que un rostro adorado se descomponga de forma irremediable frente nuestros ojos. El cotidiano sigue. Entonces acompañamos a los muertos como mejor podemos, casi siempre dando tumbos. Nos salva el rito, un método que nos contiene y estructura. Nos entregamos a eso: hoy nos vestimos de negro una tarde, mandamos coronas de flores, abrazamos a la viuda. Nuestras versiones previas hicieron lo suyo: taparon con sábanas espejos y muebles; cerraron las cortinas; se vistieron de ne-

gro durante años; momificaron al muerto y a sus mascotas; enterraron las cosas preferidas con ese cuerpo que se volvería polvo; pusieron al cadáver sobre una balsa, en una pira, y le prendieron fuego, a veces con otra persona viva a su lado, alguien que también dejaría pronto este mundo. Hay en nuestro bagaje plañideras, canastas de fruta, samba o rumba, manos sumergidas en la corriente de un río o agitando en el aire para dar un último adiós, trazos en la arena, murmullos. Hay también

En el Valle de los Reyes, en Egipto, fue enterrado el joven y poderoso Tutankamón, el Rey Tut. En vida, además de ajustes administrativos y mejor gestión de gobierno, logró la restauración de los altares al dios Amón y de templos que habían sido violentados apenas unos años atrás. El rey egipcio devolvió su brillo a una serie de rituales que se habían declarado inútiles hasta antes de que él se sentara en el trono. Lo suyo fue una revolución que recuperó, ante todo, los ritos del pasado.

## **Los rituales de la muerte son un poderoso ejercicio de imaginación que media entre lo irremediable de la partida y la fuerza del cariño.**

pañuelos llenos de mocos o lágrimas, dulces (caramelos de violeta, tic-tacs de menta), memoriales en video, gotas de láudano, banderitas de papel picado, los perfumes del sahumero, frentes recargadas en el suelo, piernas dobladas sobre una esterilla, cuerpos abrazados, algunas risas, mariachi, tofu, ayuno prolongado.

Imaginamos que con rezos y súplicas, con veladoras e inciensos, con flores y cantos, el tránsito de las almas será propicio y esa muerte nos pesará menos gracias al empeño que ponemos en suavizar su paso al más allá.

Del *Homo naledi* a nuestros días, una cadena de rituales imposible de apresar aquí ha servido como sostén para quien se duele por una ausencia.

\*\*\*

“No moriré, sino que viviré y contaré las obras de Jehová”, declara el Salmo 118:17 de la Biblia, tal vez porque la extensión de la vida —la propia y la de los seres amados— es un ideal recurrente.

En 1325 a.C., en su año número 19, Tut murió súbitamente. El arte de la momificación destacó entre los rescates de su gobierno y se aplicó con maestría a su cuerpo. Se le embalsamó con cuidado, se mimó cada aspecto de su enterramiento. Viajaría a un mundo paralelo y atravesaría puertas, una serie de pruebas y retos, antes de lograr un descanso final. Para acompañarlo de la forma más adecuada, el ajuar mortuario de Tutankamón fue un despliegue de oro, joyas, arte y piedra. Sepultado bajo una pirámide, el cuerpo adolescente reposó intacto hasta 1922.

Tiempo después, en 1952, la muerte de Eva Perón daría pie a una subversión. Para entonces, los ritos fúnebres ya apostaban por la medida. Pero su esposo, el presidente argentino Juan Domingo Perón, no creía en eso sino en la grandeza. Así que quiso enterrarla en un mausoleo inmenso, un palacio de la muerte que pudiera hermanarse con Los Inválidos en Francia, donde reposa Napoleón Bonaparte. El cuerpo de Eva, sin embargo, no fue sepultado; como el del joven Tut, fue embalsamado: a di-

ferencia suya, el cadáver en conserva de Evita deambuló primero por Argentina durante unos años y luego por el mundo. Permaneció años enterrada en una tumba en Milán, Italia, para volver a su patria hasta 1974.

Estas dos muertes exageradas no han sido las únicas, por supuesto. Iósif Stalin murió en 1953 y su funeral duró días. Una cadena casi inagotable de gente se acercó a su féretro, a mirar sus bigotes hirsutos, peinados con goma bajo las narices rellenas de un aserrín que impediría escurrimientos. El cuerpo del dictador se exhibió a lo largo de tres años. Las personas querían tocar el cristal que lo protegía como se quiere tocar lo que es sagrado. Eran peregrinos, rendían pleitesía. Los decesos y sepulturas espectaculares, que desafían la convención, están rodeados de historias de maldiciones, aparecidos, accidentes y mala es-

trella, como si desobedecer al rito en turno fuera de suyo un mal agüero.

En todo caso, el cuerpo muerto —que es la constatación de la muerte— ha hecho girar como polillas a millones de personas. Ocurre lo mismo con los objetos que han rozado a cualquier ser excepcional que haya fallecido. Los restos de Cristo en la cruz y las astillas, la mano de Santa Teresa de Jesús o sus lágrimas, el cuerpo mancillado de Elvis Presley o los zapatos de Marilyn Monroe: todo esto es una prueba de lo finito y, a la vez, abre la puerta al infinito.

Majestuosos, sencillos, colectivos o íntimos, los rituales funerarios nos permiten postergar lo inevitable y aferrarnos un poco —al menos un poco— a los restos de una vida que no será más. **U**



Cadáver del Ché Guevara en Vallegrande, Bolivia. Fotografía tomada por un agente de la CIA ©

# LOS OFICIOS

*Piedad Bonnett*

*Mas alguien debe hacer el resto...*

Juan Calzadilla

Instrumental y guantes y antisépticos.  
Alguien trae una bolsa con un cierre  
y guarda cada prenda con cuidado de madre.

La radio acompañando los oficios.

Quién corta limpiamente, quién salva lo que aún vive.

Impavidez y asepsia,  
y nieve en esta sala, nieve sobre los muslos azulosos,  
un par de estrellas muertas nadando en un mar turbio,

la belleza final es cruenta y onerosa

el que apaga las luces, el que cierra las puertas,  
el que echa a andar los hornos,

el que lava en la calle los signos del naufragio.

# PIDO AL DOLOR QUE PERSEVERE

*Piedad Bonnett*

Pido al dolor que persevere.  
Que no se rinda al tiempo, que se incruste  
como una larva eterna en mi costado

para que de su mano cada día  
con tus ojos intactos resucites,  
con tu luz y tu pena resucites  
dentro de mí.

Para que no te mueras doblemente  
pido al dolor que sea mi alimento,  
el aire de mi llama, de la lumbre

donde vengas a diario a consolarte  
de los fríos paisajes de la muerte.



## EXPERIENCIAS CERCANAS A LA MUERTE

Giuseppe Amara

### LA VISIÓN PANORÁMICA DE LA VIDA

Siempre se ha dicho que el hombre ante la muerte ve desfilan escenas de su vida. Esta experiencia, que se ha denominado “visión panorámica de la vida”, merece una atención digna de los más profundos enigmas de la existencia humana.

Todo lo que se ha vivido se revela desde el primer respiro. No solo seres y cosas que en su tiempo se presenciaron, sino todo lo que se hallaba en torno a lo vivido, incluso lo que aparentemente no se observó en su momento y permaneció largamente olvidado.

Se revive la vida, sí, pero al mismo tiempo se explora y comprende su significado y su verdad mediante un aprendizaje interactivo, profundo y enriquecedor.

El escenario de la revivencia suele ser tridimensional, de gran brillantez y vivacidad, sin que falte ningún sentimiento experimentado en cada escena, triste o feliz. Amargas separaciones, pérdidas, reencuentros y reconciliaciones... periodos de amor, nostalgias irre recuperables. Si el ciudadano Kane —el personaje de Orson Wells— hubiera tenido una revivencia panorámica de su vida, habría finalmente entendido el misterio de la palabra *Rosebud*, cuyo eco lo persiguió desde su infancia.

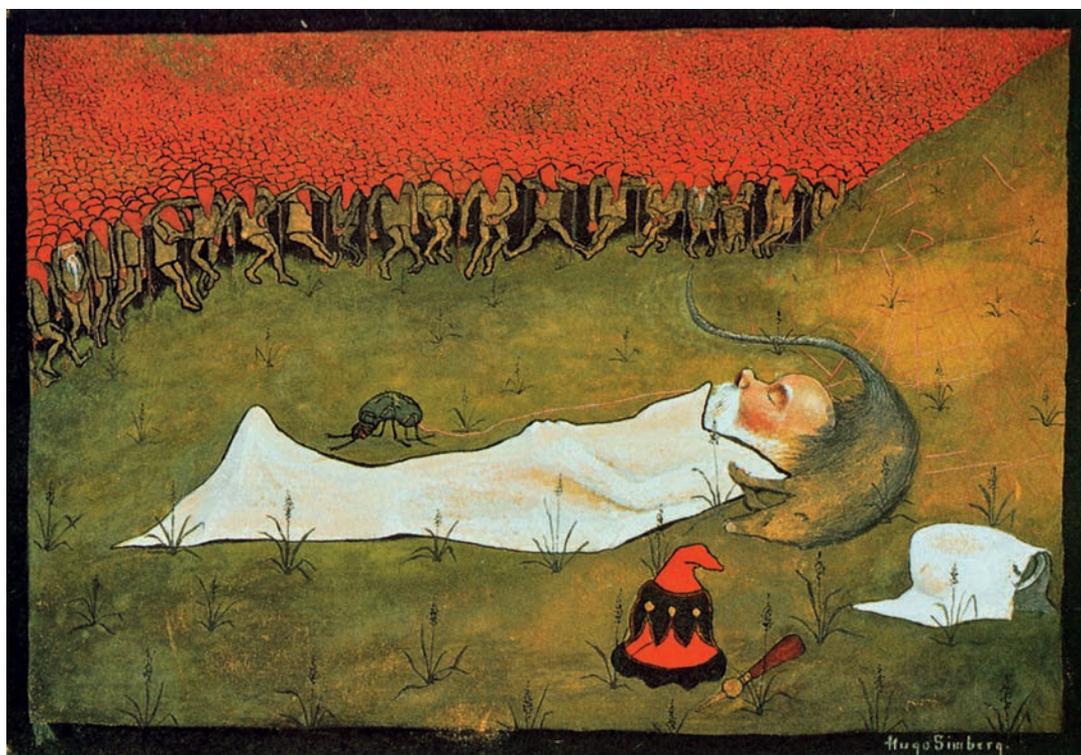
Resultaría muy arduo reproducir a escala humana una experiencia como la de P. M. H. Atwater descrita en *Coming back to Life*, por la que ella revivió cada pensamiento, palabra expresada o solo pensada... incluso los *lapsus linguae*... además de cada hecho realizado o fantaseado.

Todavía más, si se toma en cuenta que esta revisión explosiva y multifacética transcurrió en unas cuantas decenas de segundos. De ser así, es comprensible que algunos investigadores de la experiencia cercana a la muerte consideren que esta experiencia no puede ser sino extracerebral.

Sin duda, resulta más difícil hacernos una idea de cómo ocurre el fenómeno de la simultaneidad con que se presenta la revisión. ¿Cómo pueden revivirse todas las escenas de la vida entera al mismo tiempo? ¿O es verdad que no hay tiempo en la dimensión que se vislumbra más allá del umbral de la muerte? La simultaneidad de la vivencia panorámica, ¿confirmaría la máxima de Platón de que “el tiempo es la imagen móvil de la inmovilidad eterna”?

Que todas las revivencias de una vida se presenten en un mismo tiempo, correspondería a la tesis de Bohm y Pibram de que, en el nivel holográfico —sea del cosmos o de la actividad cerebral—, toda la información se integra en una unidad omnipresente.

El sujeto penetra en la escena de cada acontecimiento a la edad correspondiente, con los ojos y el entendimiento del adulto. No se trata solo de una reconstrucción mental: el sujeto se integra realmente en el espacio vivo en que un día habitó sin plena conciencia de ser quien ahora lo visita, y se le permite observar hechos y cosas que en su tiempo no alcanzó a percibir ni comprender en profundidad. Por lo que podría concluirse que de nuestra vida nada se pierde de lo que se cree olvidado, todo



Hugo Simberg, *El Rey Hobgoblin durmiendo*, 1896. Suomen Kansallisgalleria ©

permanece intacto y vivo en alguna dimensión del espacio y el tiempo y, sobre todo, que el olvido no existe.

Inevitablemente, la revivencia tiene honda resonancia afectiva, ya que en ella se experimenta lo que se pretendió ignorar en su momento, lo que apenas se compartió o se trató de olvidar a toda costa: las reacciones emocionales de los otros, particularmente cuando por causa nuestra resultaron desfavorables para ellos. Experimentar lo que se provocó negativamente en el otro convierte esos momentos de la revisión en una pesadilla o, como dijo P. M. H. Atwater, en un infierno, desde luego, privado.

Desde el fondo mismo de nuestras culpas la revivencia panorámica abre una inesperada empatía, la capacidad de sentir en carne propia, en las fibras del corazón, lo que hicimos con los sentimientos de los otros.

No solo se recrean las expresiones de lo que provocamos en el otro; se experimenta lo que el otro sintió en esos momentos. Se

vive la intimidad emocional del afectado por actos, omisiones y aun las propias intenciones. No se pueden evitar la vergüenza, los remordimientos, las culpas: despiertan por la penetrante y empática comprensión vivencial de lo que hicimos en contra de los otros. El infierno que alguna vez fuimos para el otro, para revertir la famosa frase de Jean Paul Sartre.

Verse reflejado en los sentimientos penosos causados en otro, además de ser humillante, puede conducir a un insoportable estado de culposa desesperación. Se constata la inevitabilidad de una máxima sencilla y olvidada: todo lo que actuamos en favor o en contra de otros, lo hicimos a nosotros mismos. Y, más aún, también se experimenta lo que no hicimos para nosotros: cuánto y cómo dejamos de amarnos.

¿Cómo resistir el autoexamen de nuestro propio ser sin sufrir la experiencia de un modo terriblemente culposo? ¿Bastará la increíble fugacidad de la experiencia para liberarnos de la culpa moral? ¿Será suficiente el consuelo de médicos, sacerdotes o pastores, que suelen tranquilizar a los supervivientes con la fórmula habitual de que la experiencia cercana a la muerte, y su pretendida revisión panorámica, no son más que una fantasía, el sueño delirante de un ser transitoriamente sin conciencia?

## LA PENETRACIÓN OMNISCIENTE DEL PASADO

Una de las más impresionantes paradojas que entraña la experiencia cercana a la muerte es que, ante el umbral del fin, una persona sabe muchas más cosas acerca de sí misma que nunca antes en su existencia. Y no solo se confronta con los recuerdos propios: en esos momentos percibe lo que pensaron y sintieron los otros en los respectivos episodios de su vida.



Gustav Klimt, *Vida y muerte*, 1915. Leopold Museum Vienna ©

## La revivencia tiene honda resonancia afectiva, ya que en ella se experimenta lo que se pretendió ignorar.

Para hacernos una idea de cómo se produce semejante revivencia podríamos volver a ver la inolvidable película escrita y dirigida por Elia Kazan, *The Arrangement*, protagonizada por Kirk Douglas, Deborah Kerr y Faye Dunaway. En la parte de la película concerniente al pasado —tal vez una secuencia autobiográfica del propio Kazan— se presentan reconstrucciones psicoanalíticas en que el adulto se inmiscuye literalmente entre los principales personajes de su infancia. El padre, la madre y el mismo protagonista cuando era niño. El adulto desaprueba, por ejemplo, el estilo con que lo educó la madre al exigirle obediencia y sumisión al padre tiránico, arbitrario y no menos indiferente ante lo que pudiera sentir y sufrir el niño. El personaje adulto expresa su crítica a la madre en voz alta, como si estuviera presente en la escena antigua. Aunque, naturalmente, ni la madre ni el padre pueden escucharlo porque solo son personajes recreados por la magia cinematográfica.

En la revisión panorámica de la experiencia cercana a la muerte, el personaje de su película sería testigo de la conducta de sus padres y del niño que fue desde un punto de vista exterior: vuelve a sentir y percibir las reacciones emocionales que no se atrevió a expresar, los pensamientos que tampoco verbalizó en aquellos dramáticos momentos de la furia paterna y el amedrentado apaciguamiento materno. Revivirá lo que la película no puede comunicar, la experiencia íntima. Pero quizá más extraordinaria resulta la posibilidad de que la revisión de la experiencia cercana a la muerte vuelve penetrable la intimidad psíquica del padre y de la madre en aquel tiempo. El adulto que revive episodios estaría en condiciones de conocer lo que pensaban y sentían sus padres.

Aunque los estudiosos de la experiencia cercana a la muerte no siempre se extienden sobre este punto, resultaría muy perturbador que el niño que revive en el adulto captara, por ejemplo, la intención filicida del padre, junto con su propio terror y odio mortal contra el mismo padre, a la manera de los Karamazov. Así como las contrastadas reacciones emocionales de la madre, su desesperación mixta: compasión, indefensión, ambivalencia ante un esposo al que se somete, pero de quien lamenta calladamente su arrogante conducta, a la vez arbitraria e indolente.

Tal vez la película magistral que representaría fielmente la experiencia de revisión panorámica sería *Rashōmon*, de Akira Kurosawa. Pero a condición de que todas las versiones de cada personaje, cuando todavía vivían y después del trágico desenlace, las experimentara la misma persona que revive las escenas ante su propia muerte. De llegarse a tanto, el sujeto en el umbral de la muerte alcanzaría una omnisciencia casi divina, puesto que podría leer la mente de los otros, muchos años después de ocurridos los hechos; y no solo el contenido intelectual y emocional de la mente del otro, sino que sería capaz de discernir entre la verdad y la mentira de lo que pensaban y de los sentimientos por los que actuaron, se liberaron o engañaron.

En todo caso, lo perturbador para el sujeto en estas revivencias es la confrontación, ante su propia muerte, con los pensamientos y sentimientos que provocó en los otros, particularmente cuando revelan sufrimiento, mortificación, decepción por haberse sentido ofendidos, ignorados y calumniados.

## EL JUICIO DURANTE LA EXPERIENCIA CERCANA A LA MUERTE

Suele insistirse en que el ser de luz que habitualmente acompaña al sujeto durante la revisión panorámica no lo enjuicia ni condena. Al contrario, se muestra en todo momento compasivo en el sentido de compartir afectuosamente el proceso doloroso de revisar la propia vida ante las nostalgias de lo vivido junto a las más o menos graves culpas por el trato que se dispensó a los otros. Incluso en muchas revivencias, el ser de luz parece asumir con actitud relativista la culpabilidad del sujeto.

Sin embargo, desde las vivencias del sujeto, la experiencia de revivir las propias accio-

Según la explicación acerca del dilema temporal que dio este hombre de Seattle, el sujeto de la experiencia cercana a la muerte se encontraría en una dimensión en que el tiempo no solo se experimenta diferente, sino que ni siquiera puede ser medido según el parámetro terrenal. Así, lo que podría parecer un momento entraña, en profundidad y duración, toda la experiencia propia, simultánea con la experiencia recíproca del otro.

Supervivientes investigados por Raymond Moody (*Reflection on Life after Life* y *The Light Beyond*) y por Kenneth Ring (*La senda hacia el Omega* y *Lesson from the Light*), atestiguan que todo lo pensado, sentido y actuado está regis-

## Todo lo que actuamos en favor o en contra de otros, lo hicimos a nosotros mismos.

nes en relación con los otros puede alcanzar un alto nivel de penoso dramatismo.

Yo pude sentir cómo mis actos, incluso mis pensamientos, afectaron a otros. Durante ese juicio, me experimenté como el ofensor y pude sentir de parte del otro cómo había recibido y padecido mi trato hacia él, con la consecuente vergüenza, culpa y remordimiento...

El superviviente de Seattle —de quien tomé la descripción anterior— afirma que vivió en carne propia la pena provocada en el otro... ¿por todo el tiempo real que le duró la aflicción! ¿Cómo podría explicarse que, en los segundos, acaso minutos que dura la inmensa revisión panorámica, el sujeto experimente la réplica del malestar o la humillación que sus acciones despertaron en el otro, y durante el tiempo en que este permaneció resentido?

trado para siempre. Y que en la revivencia de cada pensamiento, sentimiento y acto en contra de otro, el sujeto cobra conciencia de que, en el fondo, la verdadera víctima es uno mismo. Recíprocamente, uno también resulta beneficiado por todo lo que ha intentado y realizado para el bienestar del otro. Desde luego, como todo se revive, no faltarán las experiencias del amor que hemos compartido.

Un sujeto encarcelado refirió a David Lorrimer que debió revivir toda la "pesadilla de injurias que no parecía tener fin", todas las que había perpetrado en contra de centenares de seres, incluidos los que jamás vio personalmente, pero que había afectado de modo indirecto por su agresividad incontenible.

La noción del juicio en el umbral de la muerte, como todos sabemos, es de origen milenario y resulta ser un común denominador de las experiencias agónicas en todas las culturas.

Aunque el estilo del juicio difiere en Japón, India y Egipto, en relación con Occidente, por todos es temido el momento de la verdad al revisar lo que se ha vivido.

En lo que concierne a experiencias de Occidente, ¿se trata de un juicio escarnecedor, el pretexto para una irremediable condena, el motivo del más definitivo castigo? Según parece, quien se autojuiza no sufre más que en sí mismo y por sí mismo las consecuencias de su juicio. Si está presente el ser de luz, todo lo que recibe de él es aceptación, total apertura a cuanto se experimenta y amor profundo, más que mera compasión. En ningún momento el ser manifiesta lástima, reprobación o conmiseración.

Ni siquiera misericordia, sino una consistente actitud de total comprensión y coparticipación amorosa.

Innumerables personas de diferentes religiones, aun agnósticos o presuntos ateos, han referido la doble naturaleza de la revivencia panorámica: la extraordinaria, increíble e inexplicable penetración vívida y tridimensional, hasta en los más recónditos laberintos de la existencia, y el no menos consternante aspecto ético del autojuicio. Al mismo tiempo, quienes viven la experiencia en compañía de un ser de luz, niegan que este asuma en algún momento una actitud moralista, crítica o condenatoria.

Semejante aceptación incondicional por parte del ser de luz ha producido reacciones de inconformidad, crítica severa y refutación en los ámbitos religiosos, protestantes y católicos. Un juicio del final de la vida, en que todo resulta aceptado, comprendido y quizá hasta perdonado, suele ser calificado por diferentes autoridades religiosas puro estilo *New Age*, propio de una cultura de total permisivi-



Hugo Simberg, *La muerte lo escucha todo*, 1897.  
Suomen Kansallisgalleria ©

vidad y desaprensión moral, donde el pecado se torna irrelevante y se acaba por concederle razón a Orígenes, padre de la Iglesia que pugnaba porque Dios acabara redimiendo a Satanás y así, una vez cerradas las puertas del Infierno, este acabaría por vaciarse para siempre.

La controversia entre religiosos e investigadores de la experiencia cercana a la muerte sigue activa. Son conocidas las posturas de clérigos y pastores que interpretan la actitud y naturaleza del supuesto ser luminoso como una soberana impostura: engañoso, sofisticado, montado por el propio Satanás que se disfraza como ser de luz o como el mismo Jesucristo para embaucar al iluso que cree aproximarse a las puertas del Paraíso al aprovecharse de una crisis premortal, y que finalmente no guarda relación alguna con la muerte verdadera, ya que el sujeto de la experiencia cercana a la muerte vuelve a la vida tan campante y provisto de un sentimiento heroico.

Un serio investigador de la experiencia cercana a la muerte, Michael Sabom, a quien se le deben importantes hallazgos en este campo —si bien reconoce la experiencia cercana a la muerte como experiencia científicamente

verificable y al mismo tiempo indudablemente *espiritual*—, afirma que no puede considerarse de ningún modo divina.

Sabom analiza el encuentro de George Ritchie, Betty Eadie y Bobby Jean con un ser de luz, que cada uno de ellos identificó como el mismo Jesucristo. En los tres casos, un ser hecho de luz los abrazó irradiando amor, comprensión y conocimiento ilimitado.

Sabom se inspira en la admonición de Mateo sobre los falsos cristos y falsos profetas que pretenderán engañarnos con señales y milagros. Y también en las severas advertencias del apóstol Juan y de san Pablo, de que Satanás y sus secuaces podrán asumir rasgos que nos parecerán familiares, y aun enmascararse como ángeles de luz o como el propio Cristo.

Sin embargo, con pleno respeto a la prevención de Sabom en el capítulo "The Bible as My Guide", de su libro *Light and Death*, en el mundo de hoy se expanden profusos testimonios

acerca del reconocimiento, durante la revisión panorámica, de la interconexión del sujeto, sus pensamientos, sentimientos y conductas, con la totalidad del entorno, sea humano, animal, vegetal, y con el resto de la vida terrestre. Reconocimiento de significativa autoresponsabilidad que se traduce en un proceso de transformación personal con notable crecimiento de la salud física y mental.

Un psiquiatra reconocido, Bruce Greyson, consciente de cuán difícil resulta conseguir un cambio favorable mediante la psicoterapia y los tratamientos psiquiátricos, constata de modo sorprendente cómo la experiencia cercana a la muerte influye de modo terapéuticamente positivo en los sujetos, mejoría aún más ostensible en quienes no pudieron controlar intenciones suicidas. **U**

---

Fragmento del libro *Experiencias cercanas a la muerte*, Aguilar, México, 2006.



Henri Rousseau, *La guerra*, 1894. Musée D'Orsay ©



## ABRAZAR LA MUERTE

*Eunice Cortés Gutiérrez*

### ...QUE NOS HIERE EN EL OTRO

Era cerca de la medianoche. Me había alargado escribiendo en lo que terminaba la junta de trabajo que retenía a mi marido. Bajé por agua a la cocina y entré a la habitación que acondicionamos en la planta baja para tener cómodo a mi padre. Atentos y silentes, velaban el turno mi hermano y una enfermera. Papá respiraba afanosamente. De golpe, abrió los ojos: parecían recubiertos por un velo húmedo; su mirada era gris y vidriosa.

¿Se dan cuenta los moribundos cuando su fin es inminente? Quiero decir, ¿lo reconocen, aun si están conscientes solo a medias?, ¿sufren por ello? Podría apostar que no se deja de sentir miedo. Tras aceptar que ya no hay medios para recuperar la salud, una persona puede decidirse a terminar con su dolor, e incluso convencerse de lo sensato que es hacer un trance final breve. Y, sin embargo, ¿cómo mantenerse manso en la voluntad de que todo termine cuando el propio cuerpo se aferra a la permanencia? Mi padre me dejó entrever la batalla que libró durante sus últimas semanas.

Años atrás, me ofrecí a apoyarlo antes de que el cirujano removiera del pulmón la sonda con que habían drenado el líquido acumulado durante su cuarta cirugía oncológica. Por días lo atormentó la imagen de la pleura perforada a resultas de un movimiento desprevenido. Temía el proceso de su extracción —anunciado como indoloro y breve— porque si no lograba mantenerse inmóvil y conteniendo la respiración, el

médico se vería obligado a reinsertar la sonda e intentarlo de nuevo. Quedó liberado a la primera, pero no olvidó la experiencia. Se refería a ella cuando me pedía ayuda: "Como cuando me dijiste que te mirara a los ojos mientras ambos conteníamos la respiración, ¿te acuerdas?".

¿Podría hacerle sentir mi amor mientras cruzaba el umbral reservado solo para uno? En tanatología se abusa del circunloquio "acompañar al moribundo" como consuelo a la impotencia paralizante con que enfrentamos la agonía de un ser querido. La antesala de la muerte es una violencia mayúscula para quienes somos, en primera y en última instancias, organismos sometidos al imperativo de la supervivencia a cualquier precio. Lo descubrí el día en que, víctima de secuestro exprés, vi desinflarse mi orgullo y disminuir la dignidad de mis arrestos: me di cuenta de que aceptaba la idea de ser robada, violada y abandonada en una carretera oscura frente al terror de que me mataran.

### ...QUE YA NO TARDA

Yo me aferré a la tanatología —ese conjunto de conocimientos relativos a la muerte— para soportar la muerte de mi padre. El espíritu de la disciplina es noble porque, en primer lugar, busca proteger a los enfermos terminales propugnando que reciban tratamientos paliativos. Si la enfermedad ya es incurable, hay que paliar el dolor, la incomodidad, la soledad, el sufrimiento físico y emocional del enfermo terminal; hay que consolar su desesperanza para que goce de calidad de vida el tiempo que le quede, asistirlo para que ponga en orden sus asuntos, ayudarlo a encontrar serenidad. La tanatología promueve ese compromiso entre los familiares y allegados, y permea con esa

óptica los servicios médicos de los pacientes que, estando en extremo vulnerables, corren el riesgo de ser abandonados y de sufrir abuso y maltrato.

El espíritu de la disciplina es noble pero, ¿qué tanto puede conseguir? Y, ¿qué puede encontrar en el consultorio de un tanatólogo quien lidia con la dolorosa complejidad de acompañar a un ser querido moribundo? Aunque proporciona muchísimo menos de lo que les hace falta, la práctica escucha con empatía el penoso desahogo de los familiares del paciente y, sobre todo, provee consejos prácticos para cuidar al enfermo, que van desde aprender a descifrar los informes médicos en un hospital, hasta las formas de reorganizar los cuidados en casa. La tanatología también guía a los familiares en el entrenamiento para dar masajes y así aliviar tensiones de sus enfermos, y, por supuesto, comparte información de las instituciones a las que se puede acudir para allegarse recursos (desde recursos legales hasta un tanque de oxígeno). No es poco, pero es insuficiente.

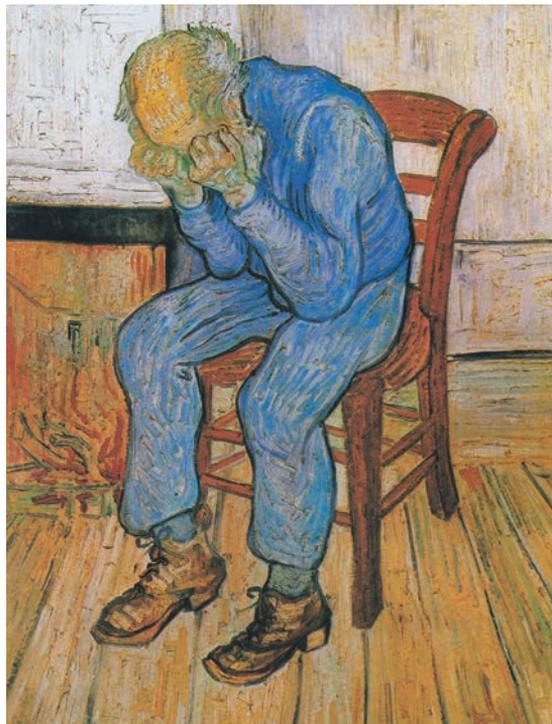
Las limitaciones de la tanatología derivan del meollo del asunto: tenemos tanto miedo a la muerte que eludimos el tema hasta que, llegado el momento, improvisamos o, incluso, huimos. En un círculo vicioso. Mantener silenciado este tema —más allá de chistes y ofrendas de ocasión— profundiza nuestra cobardía. La demencial paradoja es que todos preferiríamos morir en paz y, sin embargo, no hacemos nada al respecto. ¿Acaso lo recordamos cuando nos toca mirar a alguna impotente víctima de distanasia —el empeño de la medicina por prolongar la vida biológica mediante tratamientos sin esperanza que pasan por encima de la dignidad del moribundo y esquilman la economía de sus deudos—?

En algunas entidades federativas la ley reconoce la voluntad anticipada, un formato que puede obtenerse en instituciones de salud —públicas y privadas— y que firma el médico tratante de quien padece una condición crónica degenerativa. En este documento, el paciente estipula por escrito los tratamientos y cuidados que rechazará en caso de que pierda la capacidad de tomar decisiones o comunicarlas, ya sea de manera temporal o permanente. Solo en esos casos es posible evitar legalmente la distanasia. Es decir, con todos los avances legales, aún no tenemos derecho sobre nuestra muerte.

En nuestro país, la eutanasia está tipificada como delito que merece cárcel. Si fuera legal, los cuidados paliativos incluirían a los medios médicos y legales para que cualquier persona sin perspectiva de cura pudiera poner fin a su vida en un entorno amable, en aislamiento o en la compañía que eligiera, de acuerdo a sus medios y en consonancia con sus convicciones. Así ocurre en otros países. Ejercer esa libertad de elección supondría que estemos dispuestos a anticipar nuestra propia muerte y hacernos cargo de sus preparativos. Es un asunto peliagudo.

La cultura posmoderna en que estamos inscritos desvía la mirada de estos temas y aplaude que nos blindemos en el hedonismo y la analgesia. Nos acobarda, empujándonos todo el tiempo a consumir placeres —de refinados a muy vulgares—, sucedáneos accesibles del que reconoce como valor supremo: el éxito (medido hoy por el número de seguidores, y medido siempre por el poder del dinero de que se dispone).

El dolor, sea físico o emocional, es considerado un crimen que hay que denunciar enseguida para que alguien lo neutralice. Incluso



Vincent Van Gogh, *Anciano afligido (en las puertas de la eternidad)*, 1890. Kröller-Müller Museum ©

entre personas religiosas, se ha vuelto obsoleta la mortificación como ofrenda a Dios. Atrás quedó la época de resistir torturas como prueba de lealtad a una causa o a los cofrades. Las experiencias iniciáticas que hoy aceptamos y cuyas mínimas cuotas de dolor presumimos se reducen a hacerse un tatuaje, al *no pain no gain* del acondicionamiento físico o al sadomasoquismo *soft* de un *bestseller* convertido en éxito de pantalla. Por no ir más allá, son pocos los ginecólogos dispuestos a apoyar una labor de parto y muchas menos las mujeres que soportan el proceso de dar a luz en forma natural sobre la comodidad de una cesárea programada. ¿Para qué sufrir? El corolario es el común desprecio a los valores éticos que derivan de reflexionar las preguntas fundamentales: ¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿a dónde vamos? ¡Hoy a nadie le importa! Por eso evitamos hablar de nuestra muerte. Toc, toc, toco madera.



Edvard Munch, *El sol*, 1911. Universitetet i Oslo kunstsamling ©

A contracorriente de la negación sistemática de nuestra condición mortal, las herramientas actuales de la tanatología se quedan cortas para consolar la aflicción del duelo. Para que se recompongan las tripas revueltas y levante cabeza el ánimo resquebrajado luego de sufrir una pérdida importante, hace falta mucho más que entender las cinco etapas del duelo (negación, ira, negociación, depresión hasta alcanzar la aceptación). El modelo de la psiquiatra suiza Elisabeth Kübler-Ross —primera en ejercer una clínica para defender el derecho a la muerte digna—, sigue aplicándose en caso de una pérdida importante; desde la pérdida del respeto público, o de la pareja con quien se han compartido años de cotidianidad o del cosijo peludito que se ha extraviado. Temo que el modelo de Kübler-Ross se ha quedado en credo en lugar de ofrecer alivio eficiente.

En sus inicios, la tanatología fue execrada por la institución psiquiátrica y debió refugiarse por años en un nicho sospechoso que resonaba a conocimiento mágico. Hoy tendría que sumarse a un cambio urgente de mentalidad. La angustia sobre la muerte que acecha

a este mundo inestable se nos ha metido hasta los huesos y ya es un rasgo distintivo de nuestros tiempos (¿notaron que es angustia de muerte lo que empuja a Barbie —sí, la de la taquillera película— a buscarse entre los humanos?). El consumo de ansiolíticos gana impulso entre mis pacientes, entre los pacientes de todos los psicoterapeutas: es un síntoma preocupante de una sociedad debilitada. Habría que promover la legalización de la eutanasia como la ampliación del alcance de una voluntad anticipada que fuera accesible en cualquier momento para cualquiera en uso de sus facultades mentales.

A pesar de los innumerables testimonios sobre el túnel y la luz brillante en que desemboca, no podemos afirmar lo que experimenta el vivo en el trance de dejar de serlo. Me refiero al forzado mutis de la conciencia, a la derrota de la voluntad. La ciencia nos ha explicado el modo en que se va apagando el cuerpo, pero la muerte es inaccesible y seguirá siendo inescrutable hasta que nos llegue el turno, y entonces no habrá vuelta atrás para compartir el conocimiento. Lo que es seguro es que moriremos, y no lo haremos en paz si

## La angustia sobre la muerte que acecha este mundo inestable se nos ha metido hasta los huesos.

no disponemos de tiempo para reflexionar y prepararnos para lo inevitable. Hacer un testamento, reservar los servicios funerarios que se desean recibir son costumbres higiénicas que fortalecen la salud mental al llevarnos a atender asuntos pospuestos: perdonar, resolver pendientes, anudar cabos sueltos.

### LA AFLICCIÓN NUNCA TERMINA

La pandemia de 2020 nos puso a todos de cara a la muerte. Compartimos la acendrada incertidumbre, el estado alterado de conciencia al que nos arrojó el peligro. Nos sentimos hermanados en el miedo a desaparecer como especie, incluso con quienes volcaron su energía en negarlo. Todos padecemos. Solo supo reaccionar la ciencia, que nos regaló nuevas vacunas. Enterramos a nuestros muertos y volvimos a entregarnos al aturdimiento de la borrachera frívola en que estamos sumergidos. Echamos la experiencia a la basura junto con los cubrebocas. ¿Qué otra cosa esperábamos? Como todos, perdí amigos y parientes debido a la pandemia, además de despedir —ese año, 2020— a mi madre por razones de vejez, y luego a Ralston, mi perro, y a Charlie, mi gato, aquejados de cáncer. Nuestro hogar fue diezmado en el curso de dos años. Como sobrevivientes, enfrentamos la obligación de contemporizar con sus omnipresentes ausencias.

Busco fortaleza en el magnífico testimonio que dejó Roland Barthes (*Diario de duelo*, Paidós, 2009) a través de las notas sueltas que garrapateó, sin pretensiones de que fueran publicadas, del 26 de octubre de 1977 —el día siguiente a la muerte de su madre— al 15 de septiembre de 1979. Cuando la aflicción vuelve a atormentarme, abrevio en sus palabras. Cualquiera que tenga el valor de reconocerlo sabe, como Barthes, que la aflicción es caótica y dis-

continua, pero no se gasta. Que es inmutable aun si esporádica. Que cuando se cree haberla dejado atrás, recomienza sin aviso previo. Que nos regala momentos de calma en que parece sublimarse y que vuelve para confirmarnos que solo se ha profundizado. De nada vale tratar de engañarse: las verdaderas pérdidas nos marcan para siempre; no pueden ser borradas para volver a ser los que fuimos antes. Basta de ensordecer al afligido con un “todo sigue”, “anímate” o, peor, “échale ganas”. Esa es la verdadera negación, la de todos a coro.

En el *Fedón*, Sócrates, a escasas horas de someterse a su sentencia, apuesta a la muerte como condición del conocimiento verdadero: “Está demostrado que si queremos saber verdaderamente alguna cosa, es preciso que abandonemos el cuerpo [...] es decir, después de la muerte y no durante la vida”. Cuando menos, no nos aferremos a sus placeres.

Comencemos por mantener presentes a nuestros muertos. El que duela su ausencia física no mengua la alegría que produjo su existencia, incluso la intensifica en la evocación. No descansarán mejor nuestros difuntos porque acallemos su memoria. Esa falsa piedad que clama por “dejarlos ir” no parece sino miedo al tema. En mi idea de la vida sigue presente mi padre; mi madre en mi carácter y en mi fuerza; en la más profunda de las ternuras siguen aquí mis cosijos; y en su nobleza y ocurrencias, conservo a muchos amigos. Se trata de la obra nutricia, reflexiva, sensible y provocadora, que no solo los consagrados nos dejan.

Todo es existencia finita y no tenemos más opción que aprender a soltar, que significa



Vincent Van Gogh, *Cráneo de esqueleto con cigarrillo encendido*, 1885. Van Gogh Museum ©

aceptar: hablar de la propia muerte. Es el último cabo de nuestra vida, el capítulo que dará sentido final a nuestro relato. Imaginemos grandioso el momento en que haremos mutis y comenzaremos a ser extrañados. Nada ganamos con tratar de obturar nuestro fallecimiento. Por el contrario, perdemos la oportunidad de rozar el sentido de lo eterno al tiempo que se deshacen los nudos atorados en la garganta. En algún momento nos acostumbraremos y terminaremos por reconocer la muerte como un bien esencial con profundo sentido, aun si parece indecible y se le experimenta como desgarradura; otras culturas lo han logrado.

## EL CRECIMIENTO DEL ALMA

Vuelvo a la noche en que bajé las escaleras por un vaso de agua y encontré el rostro sufrien-

te de mi padre. Su mirada nublada me reveló que estaba entrando en agonía. Me senté a su lado, tomé su mano y lo miré. ¿Podía verme él a mí? Es decir, ¿sabía que era yo quien lo tocaba? Difícilmente. Luego de la última reunión en que ocupó su sitio como padre de familia para refrendarnos su amor y darnos sus consejos, aceptó que lo sedáramos para evitar recurrentes infartos cerebrales.

Años atrás me había hecho prometerle que no lo dejaría morir en un hospital. Asentaba el amor propio en tomar sus decisiones: al final de su vida no iba a permitir que lo convirtieran en un caso en manos del buen entendimiento de los profesionales. Respetaba a los médicos; de haber contado con los medios, hubiera sido médico él mismo, y no perdió la vocación mientras acometía lo que le ofreció el destino: ser ingeniero militar, físico universitario emérito, editor de libros, maestro de muchas generaciones. Cuando juzgó cercano el día en que tendría que rendirse, solo quiso a su lado a su mujer y a sus hijos. Cerró la casa en Tequisquiapan y, junto con mi madre, se mudó a la nuestra.

Fue aquí, en mi casa, donde se encontró con la última frontera. Y yo, tomándolo de la mano, traté de hacer a un lado mis temores presentes y pretéritos para concentrarme en que seguía vivo, en que estábamos juntos. Todavía. De algún modo.

¿Lo diré de una vez? Puesto que uno no se consuela jamás, hay que abrazar la fractura y recibir su regalo. En palabras de Proust: llegar a la comprensión excepcional de que es imperativo creer en el alma, en esa dimensión no domesticable que podría ser la vía para promover un nuevo florecimiento de nuestra cultura. **U**



## SALUD MENTAL Y SUICIDIO ESTUDIANTIL

### ENTREVISTA CON BERTHA BLUM Y VICENTE ZARCO

*Equipo RUM*

**L**os jóvenes estudiantes no deberían ser vistos como engranajes para la continuidad de un sistema social y económico. Cuando las estructuras sociales que deberían garantizar su futuro están debilitadas, los alumnos suelen manifestar sufrimientos emocionales y psicológicos que no están bien acompañados ni bien gestionados. Además, es común que las expresiones de malestar encuentren resistencia por el estigma social que aún acompaña al tema de la salud mental. ¿Qué hacer cuando sufro una crisis de pánico? ¿Cómo saber si padezco depresión? ¿A quién acudir si comienzo a fantasear con mi propia muerte? Espora (Espacio de Orientación y Atención Psicológica) es un programa universitario que ofrece un servicio de apoyo emocional que procura el bienestar anímico de los alumnos. El equipo de la Revista de la Universidad de México conversó con la doctora Bertha Blum y el maestro Vicente Zarco, sus miembros fundadores.

#### **¿Por qué se suicida una persona joven?**

**BERTHA BLUM:** Las causas pueden ser muy diversas y estar mezcladas entre sí. La pérdida de un ser querido, la angustia, la intranquilidad y el malestar pueden resultar insoportables para muchos. Y hay quien no encuentra otra manera de canalizar esto más que terminando con su vida.



Jacques-Louis David, *La muerte de Marat*, 1793.  
Oldmasters Museum ©

Por ejemplo, en la “angustia psicótica”, el sujeto siente que la ansiedad lo rebasa y lo destroza a tal punto que su vida está en riesgo. Entiende que terminar con la existencia es poner fin al sufrimiento.

Otra causa puede ser la depresión, donde las pérdidas —ya sean de una persona, de proyectos, de autoestima— tienen un valor importantísimo. Hay personas que creen que no pueden recuperar nada. Y si se sienten desvalorizadas, piensan que no tienen recursos para salir de esa situación excepto la muerte y la fantasía.

### ¿La fantasía?

**BB:** Sí. Me refiero a que esta persona puede pensar que, si muere, otros la van a recordar, la van a extrañar o se van a sentir culpables. Es terrible, pero esta ensoñación existe y la hemos detectado muchísimas

veces en personas que intentaron suicidios que, felizmente, no consumaron. Esos intentos están ligados a la depresión, y esta, a su vez, a la falta de percepción de un futuro. En esos casos, el sujeto está muy metido en el pasado, el ayer lo tiene atrapado. Es muy complejo.

### ¿Cuándo se considera que la situación de un paciente es grave?

**BB:** Cuando está en riesgo su vida o la de otros.

**VICENTE ZARCO:** Puede haber quien en un principio no siente la urgencia de ser atendido. Pero hay sufrimientos que, de no ser tratados, empiezan a deteriorar la vida de las personas, incluso a atentar contra ella. Hablo de las toxicomanías, las depresiones —que no están del todo atendidas y acaban en cuadros melancólicos importantes— y de pacientes muy “actuadores”, es decir, que tienen complicaciones para controlar sus impulsos y conducen rápido, toman riesgos o practican deportes sin el cuidado necesario. Es algo muy común en los jóvenes.

### ¿Cómo notamos que una persona está teniendo este tipo de problemas y cómo podemos acercarnos para ayudar?

**BB:** Hay personas que creen que si ahora están mal, no llegará el momento en que estén bien, que no hay salida posible. Para ellas, el problema alcanza una condición “permanente”. Hay que ayudarles a salir de las dicotomías del “ahora” y el “nunca”, del “siempre” y el “jamás”, usando térmi-

nos como “algunas veces” o “puede ser” para describir la situación, sus sensaciones y sus sentimientos. Es decir, a ver la vida como un vaivén. No podemos pensar que las crisis son eternas porque son inherentes a la vida, son cambios de una época a otra.

**VZ:** Hay crisis que tienen una explicación natural: el cuerpo cambia, la mente cambia. Los jóvenes quieren independizarse, y encuentran en esta universidad un espacio privilegiado de expresión y de conocimiento. Pero cuando alguien cree que la vida no vale la pena, algo salió mal. La crisis alcanzó un grado de urgencia, y es necesario atenderla.

Esta mentira se repite una y otra vez en las redes sociales.

Los jóvenes aceptan diagnósticos de TikTok en los que alguien dice que tienen tal síndrome o tal patología. Varios muchachos de la universidad, que son inteligentes, afirman que son *neurodivergentes*. Si les preguntas entonces de dónde sacan ese dato, te dicen que de TikTok. Hay que exigir a los universitarios algo más de rigor en este aspecto. Piden cosas dentro de la universidad solo porque las vieron en redes sociales.

**¿Cómo afectó la pandemia (y la consiguiente suspensión de clases presenciales) a la salud mental de los estudiantes de la UNAM?**

***No podemos pensar que las crisis son eternas porque son inherentes a la vida, son cambios de una época a otra.***

***Muchas veces creemos que las crisis se resuelven con dejar atrás el pesimismo, y entonces intentamos ayudar con frases como “si lo crees, lo creas” o “tú puedes”.***

**BB:** Sí, y esa no es la solución. Preguntar: “¿qué has podido hacer?” es mucho más importante; es una pregunta que moviliza.

**VZ:** El “echaleganismo” es una manera equivocada de ayudar. Ese “si quieres, puedes” es una mentira muy peligrosa, porque el problema no es de voluntad. La persona que está tirada en su cama se quiere levantar, pero no puede. No puede, simplemente, andar por ahí intentando vencer la depresión.

**VZ:** Extendimos el confinamiento de manera irresponsable. Es muy importante plantearnos esto críticamente, como sociedad. Debimos pensar más en esos chicos que estaban en un momento de sus vidas en el que independizarse y volverse autónomos era básico. Y aunque entiendo las circunstancias (sobre todo al principio), los privamos de esta forma de libertad al prolongar la educación a distancia innecesariamente, cuando ya estábamos todos vacunados. Se tomaron decisiones que costaron mucho a los estudiantes. Las preparatorias estuvieron casi tres años cerradas. ¡Eso significa que hubo jóvenes que casi no pisaron el aula!

**BB:** Hay que tener en cuenta que, para los estudiantes, esta separación de la escuela significó limitarse al espacio del hogar, en muchos casos dentro de viviendas pequeñas, con pocas posibilidades de movimiento. El cambio hacia ese otro espacio, que es la universidad, no solo es simbólico, sino también físico. El contexto y el entorno inciden de manera significativa en las problemáticas y las patologías que enfrentan los estudiantes.

**Entonces, ¿puede decirse que los jóvenes viven una contradicción? Por una parte temen enfrentarse al mundo laboral, y por la otra no tienen la oportunidad de independizarse de sus padres...**

**VZ:** Las contradicciones son situaciones que tenemos que vivir y resolver. Hay cosas que puedo querer y no querer al mismo tiempo. Esto parece un chiste, pero la neurosis es así: "contigo o sin ti no puedo vivir". Pero estas contradicciones se tienen que trabajar con un profesional que ayude a darles cauce, sobre todo en los aspectos de orden emocional.

**BB:** Una de las razones por las que no siempre se busca ayuda para esas contradicciones radica en que solemos manejar estos asuntos en dos categorías dicotómicas: o estás sano o estás loco. Esto interfiere en la demanda de ayuda y la aceptación del problema. Para muchos resulta difícil considerar que el dolor es una parte de la vida, así como lo son la alegría y otros sentimientos.

**VZ:** Se nos ha vendido la idea de que existe un lugar llamado bienestar y que es ahí

donde todos debemos estar. Sin embargo, la vida es un vaivén y las personas con determinada fortaleza funcionan en él, pero hay otras que no. Algunas personas, cuando llegan a la "bajada", entran en cuadros que, para superarse, necesitan un tipo de apoyo muy específico.

El estigma de la locura estuvo muy presente durante siglos e hizo mucho daño. Todavía hoy, una persona emocionalmente enferma puede ser juzgada por otros de maneras muy graves. Eso es algo contra lo que luchamos todos los días. Los pacientes no piden ayuda porque les resulta vergonzoso, pero al no poder expresarse los problemas se vuelven más complicados.

**¿Y qué papel juega aquí la universidad?**

**VZ:** La universidad tiene una responsabilidad con el futuro, esto es: con la continuidad. Una de las cosas que vemos en los jóvenes es que están sumamente frustrados porque no encuentran continuidad, pero tampoco ruptura, en términos sociales, culturales o económicos. Más allá de las urgencias, atendemos muchas crisis de angustia. No es nada sencillo contener a tantas personas que sufren estas crisis y trabajar a la vez con pacientes que, por ejemplo, quieren suicidarse en un laboratorio.

**Casos como este último son una realidad que no podemos invisibilizar.**

**VZ:** Exacto. Iniciamos actividades en la Facultad de Ciencias, cuando entraron en funciones una nueva directora y una nueva secretaria general que entendieron que

había pacientes con graves problemas emocionales y detectaron un bajo rendimiento en ellos. No eran problemas nuevos, sino que estaban agudizados. Algunos incluso habían tenido un buen desempeño académico a lo largo de la carrera, pero se paralizaban en el momento final, a la hora de decidirse a salir al mercado laboral. Podemos decir que tenían miedo del futuro. Y es comprensible, pues se trata del gran salto entre ser estudiantes, donde se permiten una situación de adolescencia (aunque tardía), y ser completos adultos.

Con mujeres haciéndose cargo de esa sede, la visión respecto de la salud mental cambió. Me parece muy importante decir esto. No quiero que se piense que los hombres no son sensibles, ¡para nada! Pero estas mujeres enfocaron el asunto de manera diferente y muy acertada.

**BB:** Esto quizás se explica por el hecho de que hemos sido educadas de forma distinta a los hombres. El sistema de educación patriarcal le ha asignado a la mujer el rol de cuidadora, con los pros y los contra que esto conlleva. Pero más allá de



Henry Fuseli, *La pesadilla*, 1781. Detroit Institute of Arts ©

eso, la ha hecho trabajar la sensibilidad, que es reconocer al otro, aceptar que el otro puede estar sufriendo, e incluso que ella misma puede estar sufriendo.

**VZ:** La falta del reconocimiento del sufrimiento propio es un problema grave, sobre todo en los hombres. Es muy común que, por ejemplo, a los cincuenta años un hombre muera de un infarto porque nunca en la vida se cuidó ni dijo nada sobre sus padecimientos y dolores.

**BB:** Suele suceder que quien no se detiene a pensar en su sufrimiento tampoco lo hace respecto al sufrimiento de otro. Se concibe al estudiante como una persona que tiene que rendir en sus estudios y en

los exámenes, no como alguien que tiene carácter o problemas que lo distinguen. Alguien deprimido se comporta de una manera muy particular: está triste, tiene el interés volcado sobre sí mismo porque está buscando la forma de salir de su atolladero. Hay que detectar ese sufrimiento, hay que tener ojo para eso. Y de entrada, creo que las mujeres tenemos ese ojo más agudizado, más entrenado.

**VZ:** Tenemos que poner atención en cómo muere la gente. Y los hombres morimos de maneras horribles e innecesarias. La presión social nos exige ser los más fuertes y valientes. Hay quien muere envuelto en una pelea porque alguien le mentó la madre o porque otro volteó a ver a su



John Everett Millais, *Ophelia*, ca. 1851-1852. Tate Britain ©

novia y sintió el deber de defenderla. Son causas ridículas, pero así nos educaron. Tenemos que revertir todos los efectos dañinos del patriarcado sobre la mujer, pero también sobre los hombres.

### **¿Qué pueden hacer los profesores y las instituciones por las personas que realmente necesitan ayuda?**

**VZ:** Cuando critican a la Universidad, todos salimos ciegamente a defenderla. Pero hay críticas que están fundamentadas, y hay que escucharlas y trabajar para resolver lo que señalan. Hay que ser auto-críticos dentro de la institución.

Existe una resistencia al pensar y hablar sobre salud mental. A veces los terapeutas no explicamos lo suficientemente bien su importancia en la vida de cada uno de nosotros. Nuestra mente tiende a rechazar lo angustiante y lo doloroso. Cada vez que tenemos una preocupación, nuestra reacción más inmediata es hacerla a un lado. Y eso hay que señalarlo constantemente para que las personas tomen conciencia.

Esto también sucede con las instituciones. Por ejemplo, una universidad puede percatarse de los problemas de salud mental de sus estudiantes, pero quizá elige hacerse de la vista gorda porque no sabe manejar o resolver estas cuestiones.

Llevamos muchos años advirtiendo el agravamiento de los problemas de salud mental. Los suicidios se incrementan, la depresión y la ansiedad también. Pero no sucede solo en las universidades o en México, sino en todo el mundo. Las morbilidades por problemas de salud mental au-

mentan, las toxicomanías son cada vez más veloces y los efectos de las sustancias adictivas cada vez más graves. En el caso de los jóvenes, el panorama se complejiza, pues muchos de ellos no pueden independizarse y separarse de sus padres. Y, encima, en este contexto hay que tener en cuenta las consecuencias que produjo la pandemia en la salud mental de muchas personas.

### **¿Qué es Espora y cómo se contacta?**

**VZ:** Un proyecto de atención psicológica dirigido a estudiantes de la Universidad. Ofrecemos un servicio gratuito en las sedes con las que hemos logrado establecer bases de colaboración. El proceso comienza con una petición por parte de las autoridades. Las sedes nos buscan y entablamos una relación. A partir de las particularidades de cada una, insertamos en ellas un equipo de profesionales que atenderá a la comunidad psicoterapéuticamente, con un modelo original. Además, hacemos mucho trabajo de prevención, así como atención a pacientes graves e intervención en crisis.

**BB:** Trabajamos en quince sedes —no todas en Ciudad Universitaria—, a veces con preparatorianos o dieciocheros, pero también con estudiantes de posgrado.

Tenemos una página web, [www.espora.unam.mx](http://www.espora.unam.mx), por la que nos pueden contactar. Si por alguna razón no podemos ayudar, contamos con espacios a donde referir a quien lo necesite. Siempre buscamos que quienes acuden a nosotros lleguen a un lugar seguro. Siempre damos respuesta. **U**



Buda de mil brazos y mil ojos, China, siglo x. British Museum ©



## REFLEXIONES SOBRE LA MUERTE EN EL BUDISMO

*Kavindu (Alejandro Velasco)*

**H**ace más de 30 años, justo en el instante en que estábamos a punto de estrellarnos contra una camioneta que entró repentinamente a la pequeña carretera, supe que esa era la escena de mi muerte. Aquella mañana nublada en un solitario paraje rural, mientras empujaba con todas mis fuerzas el piso del coche y me aferraba de la agarradera sobre la puerta, experimenté simultáneamente una férrea negación y una total entrega a lo que parecía inminente e inevitable.

Varios descubrimientos inesperados ocurrieron en las horas siguientes al accidente y cambiaron mi vida para siempre. El primero fue que la experiencia cercana a la muerte no me produjo miedo, sino serenidad. Sin embargo, sentirme completamente calmado y ecuánime después de un accidente aparatoso que pudo ser fatal no parece lógico. Intrigado por esto, en el camino de vuelta a la ciudad en un autobús, con la mente en silencio y la conciencia lúcida, comenzaron las revelaciones. De pronto sentí como si una gran nube de tensión emocional, que había estado ausente, comenzara a regresar y a envolverme poco a poco en las preocupaciones, los temores, los resentimientos, los deseos y las ambiciones habituales. Y con ellas volvía una familiar sensación de "ser yo", que desapareció durante algunas horas después del percance.

La correlación entre la angustia y la identidad era evidente, como también lo era la posibilidad de estar sin ellas, en un estado de claridad y ecuanimidad. Todo esto se destapó ante la inminencia de la muerte.

¿Qué había pasado dentro de mí que, al darme por muerto, se disolvió repentinamente la nube de tensión emocional y la sensación del yo que venía con ella? Desde entonces he creído que la muerte puede ser una gran maestra y aliada, no solo por la serenidad que produce aceptarla, sino porque nos muestra lo que es verdaderamente importante en la vida, y nos desengaña con respecto a quiénes somos.

Esta experiencia me llevó al budismo, donde encontré una explicación factible sobre lo que me había ocurrido. Los budistas consideran que cultivar la aceptación de la muerte es una puerta a la sabiduría y el *despertar*, y es algo que se debe practicar con frecuencia. Hay prácticas indirectas y prácticas directas. Una práctica indirecta es la meditación *mindfulness* con la cual cultivamos el prestar atención al aquí y ahora, contemplar la impermanencia de todo, y así familiarizarnos con el hecho de que todo pasa y no hay nada a lo que aferrarse. Al meditar, las experiencias sensoriales, afectivas, los pensamientos, los estados mentales, y los impulsos se revelan como fenómenos transitorios que no podemos sujetar. Para notarlo es esencial soltar cualquier expectativa, juicio o deseo. Por otro lado, una práctica directa es aquella en la que contemplas cómo los elementos que te constituyen están en constante transición: los tomas y los devuelves todos los días, hasta que el último día de tu vida entregas lo que queda.

Las prácticas de contemplación de la impermanencia nos revelan que cuándo nos mantenemos en el momento presente y dejamos de rechazar o aferrarnos a lo que ilusoriamente tomamos como fijo y sólido, ocurren cambios sorprendentes. En primer lugar, nos relajamos. En segundo lugar, descubrimos que

gran parte de lo que hemos considerado real, son solo conceptos y generalizaciones, y no verdades. En tercer lugar, cambia la sensación de quienes somos. Así fueron las experiencias y descubrimientos que tuve en las horas posteriores a mi experiencia cercana de la muerte.

Estos mismos descubrimientos tienen implicaciones profundas sobre cómo nos relacionamos con la muerte, pues, así como entendemos la vida es como entendemos la muerte. Según el budismo, el temor a la muerte se deriva de nuestro desconocimiento de que al morir realmente no hay "nadie" que muera. Lo que sucede es la muerte de la personalidad. Dejar de identificarnos con el personaje que hemos construido resulta difícil de aceptar porque solemos pensar que es lo único que somos, y que además es algo fijo, no sujeto a la impermanencia.

El budismo nos enseña que en realidad todo cambia y que la misma experiencia del yo está sujeta a los principios universales de la impermanencia y del surgimiento condicionado. La impermanencia es que todo lo que surge, cambia y, tarde o temprano, cesa. El surgimiento condicionado quiere decir que nada surge de la nada; como dice el antiguo verso budista:

Al ser esto surge aquello,  
Del surgimiento de esto surge aquello.  
Al no ser esto, no surge aquello,  
Al cesar esto cesa aquello.<sup>1</sup>

Es decir, todo existe mientras las condiciones que lo soportan se mantengan. Al cesar las condiciones, cesa lo que surgía. Cuando

<sup>1</sup> Samyutta Nikaya, *The Connected Discourses of the Buddha. Bikkhu Bodhi*, Simon and Schuster, Nueva York, 2000. [Traducción del autor.]



Muerte de Buda histórico (Nehan-zu), Japón, siglo XIV. British Museum ©

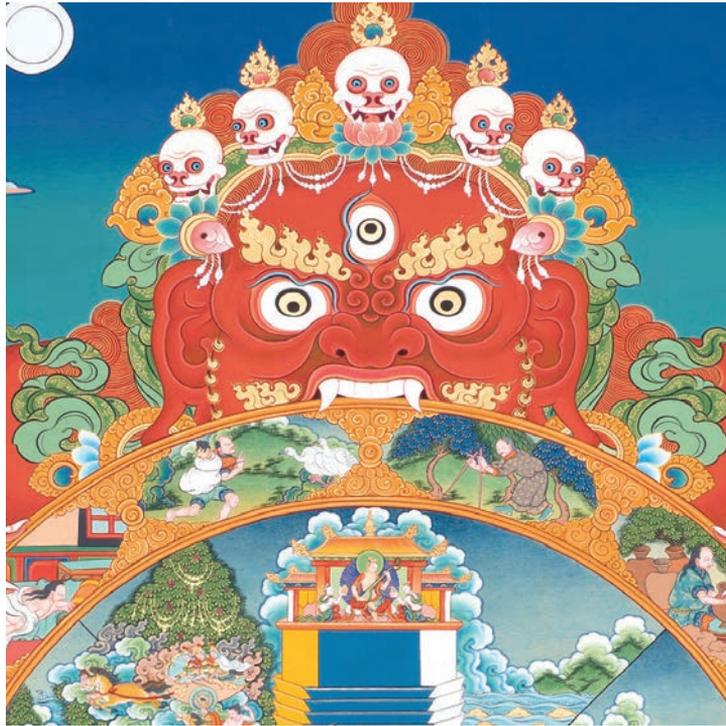
hacemos las paces con la impermanencia y el surgimiento dependiente, entonces tiene lugar una gran ecuanimidad. Esto es algo que se experimenta con gran claridad en la meditación. De pronto, uno se descubre consciente del aquí y ahora por cierto tiempo, en un estado relajado mientras contempla el surgir, cambiar y cesar de las sensaciones, las emociones o los pensamientos, y sin identificarse con ninguna historia ni con el diálogo interno. Esto es algo que puede cambiar profundamente nuestra concepción de las cosas.

Después del accidente experimenté algo parecido. Como si la certeza de la muerte me hubiese plantado en un estado de plena conciencia en el momento presente, desidentificado por algunas horas de la nube de condicionamientos.

El budismo plantea que, cuando dejamos de utilizar la mente para fijar las experiencias y

apegarnos a ellas, se desactivan las fuerzas que nos mantienen engañados, y comenzamos a ver “las cosas como son”. El entrenamiento meditativo nos ayuda a realizar este descubrimiento. Las fuerzas que nos mantienen engañados son tres: el odio, la avidez y la ignorancia. Ellas son la causa del sufrimiento y de un engaño que lo perpetúa. Estas tres fuerzas nos amarran a un mundo de ideas fijas sobre las cosas, las personas, las situaciones y nosotros mismos. Nos engañan sobre lo que es verdadero y nos hacen dañar a otros seres y a nosotros mismos con nuestros actos. En nuestra ignorancia, odiar o sentir avidez hacia algo o alguien implica que pensemos a ese algo o alguien como fijo y desconectado de una red causal. Y en el proceso creamos un yo.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Ver “Self as a product of grasping”, Andrew Olendzki, *Untangling Self: A Buddhist Investigation of Who We Really Are*, Wisdom Publications, Massachusetts, 2016.



Detalle de un delantal ritual tántrico con esqueletos, Tíbet, siglo XVI.  
Metropolitan Museum ©

Según el budismo antiguo, si estas tres fuerzas de condicionamiento continúan teniendo influencia en nosotros al momento de morir, producen una confusión en la conciencia y en nuestra identidad, la cual a su vez genera el renacimiento. Puesto que el renacimiento sucede por la confusión de cómo son las cosas y quiénes somos, lo que renace realmente no es “lo que somos”, sino la inercia de las fuerzas que no se agotó en la vida pasada. Teóricamente, cuando se ha agotado el karma negativo, en esta o en otra vida, ya no tiene uno que volver a nacer. Ahí termina el ciclo del renacimiento y “la vida espiritual se ha vivido”, como decía el Buda, aclarando siempre que no es una postura nihilista ni eternalista, sino algo intermedio.

El budismo antiguo contemplaba como un gran logro espiritual no tener que renacer de nuevo. Pero una escuela posterior, el Mahayana, consideró que esa era una meta dema-

siado pequeña e individualista, por lo cual desarrolló una explicación diferente. Al morir, si hemos practicado y estudiado mucho y cultivado una vida ética, tendremos la opción de regresar al mundo. Para que esto ocurra, primero debes hacer un compromiso total de que el renacimiento sea con el propósito de ayudar a otros seres vivos a superar el sufrimiento y también a iluminarse. Esta opción resulta atractiva para muchos porque elegir volver con sabiduría a ayudar a otros nos puede infundir un profundo sentido de propósito que trasciende las limitaciones de una sola vida.

Para facilitarnos morir con mayores posibilidades de tener un mejor renacimiento, el *Libro tibetano de los muertos* (realmente llamado “Liberación por la audición durante el estado intermedio”) provee instrucciones para los moribundos y los recién muertos. Se cree que, durante este periodo de hasta 49 días, la conciencia del difunto pasa por una serie de

## Nuestros seres queridos viven en nosotros aún después de muertos.

experiencias y estados naturalmente influenciados por el karma acumulado. Uno debe susurrar las instrucciones al oído del moribundo o recién fallecido para ayudarle a que su conciencia pueda navegar por el estadio intermedio de manera sabia, no dejándose seducir por la fuerza de atracción del odio, la avidez y la ignorancia y así avanzar hacia un renacimiento favorable.

En el budismo contemporáneo han surgido algunas otras maneras de entender la vida, la muerte y el renacimiento, de las cuales quisiera destacar una: el concepto de "continuación" desarrollado por el venerado monje vietnamita Thich Nhat Hanh. Y va así: los seres humanos desde siempre hemos sido formados por muchos otros seres. A nivel físico, biológico, emocional, mental, cultural y hasta nuestra personalidad, somos en gran parte la continuidad de las consecuencias de innumerables seres a través del tiempo y del espacio. A tal grado es así que uno no debiera propiamente decir "yo soy". Tendríamos que decir "inter-soy".

Es decir, lo que soy es el resultado de la convergencia y contribución de tantos otros seres humanos y no humanos, así como de condiciones biológicas y elementos físicos, que en realidad debo entenderme como la suma de todo, interconectado con todo, no como una entidad que existe aislada, independiente de los demás. Visto así, no hace falta pensar "a dónde se va" alguien después de muerto, puesto que no se va a ningún lado. Nuestros seres queridos viven en nosotros aún después de muertos. Nosotros también continuaremos de muchas maneras a través de otras personas, otros seres, otras formas de vida, y hasta en los elementos que nos constituyeron.

Estos fragmentos de Thich Nhat Hanh lo describen muy bonito:

Este cuerpo mío se desintegrará, pero mis acciones me continuarán. En mi vida diaria, siempre practico ver mi continuación a mi alrededor. No necesitamos esperar hasta la disolución total de este cuerpo para continuar, continuamos en cada momento.

Si piensas que solo soy este cuerpo, entonces no me has visto realmente. Cuando miras a mis amigos, ves mi continuación. Cuando ves a alguien caminando con atención plena y compasión, ves mi continuación.<sup>3</sup>

Todas estas explicaciones sobre la muerte tienen algo en común: dejar de reforzar las fuerzas del odio, la avidez y la ignorancia nos conviene por muchas razones. Para empezar, cesará o disminuirá mucho nuestro sufrimiento en esta vida, que no es poca cosa y es en sí un gran motivador. En segundo lugar, nos desengañará sobre la naturaleza de las cosas y de nosotros mismos. Y, en tercer lugar, disolverá el temor a la muerte. Esto último ocurre porque al disolverse el apego a una personalidad ficticia desaparece el objeto del miedo.

Si además tenemos una motivación altruista y compasiva que practicamos todos los días, gozaremos de los frutos de la práctica mientras creamos olas de beneficio que ayudarán a muchos otros seres. Y si de alguna manera hay un renacimiento o una continuación, habremos tenido la oportunidad de seguir construyendo un mundo mejor, aún después de haber fallecido. **U**

<sup>3</sup> [Traducción del autor.]



## LA PUERTA GIRATORIA DE LA INMORTALIDAD

*Luigi Amara*

**S**olo en la juventud alcanzamos realmente la inmortalidad. Es entonces cuando somos temerarios como los dioses y nos comportamos con la desfachatez e irresponsabilidad de quien no puede ser rozado siquiera por el peligro. Aun si la muerte está agazapada en los alrededores, con sus ropajes repentinos y cambiantes, aun si no podemos desprendernos de la imagen lívida e incomprensible de algún pariente o amigo entre las paredes acolchadas del féretro, se trata de una edad en que la psique rechaza la idea de la aniquilación definitiva y se comporta como si se tratara de un acontecimiento que no nos incumbe. "Es a otros a quienes visita, no a mí", pensamos con ligereza mientras nos desplazamos por la cornisa, a pesar de que difícilmente nos atreveríamos a enunciarla como máxima, no tanto por su inconsecuencia manifiesta y su cariz embustero, sino porque lo decisivo es sostener la aventura al filo del abismo y luego contarla. Como escribió William Hazlitt: "Ningún hombre joven cree que algún día morirá".

Borges, en "El inmortal", anota que el desconocimiento del fin es "baladí" y lo comparten los animales; en contraste, describe una variante de inmortalidad deforme y atroz: reducidos a la condición de trogloditas, los inmortales lo han olvidado casi todo. Con el horizonte de un plazo infinito, se entregan a la inacción más perfecta y, recostados, dejan incluso que un pájaro anide en su pecho. ¿Es más atractivo el destino de yacer en una cámara criogénica o en animación suspendida a la espera de que la ciencia venza la muerte y suprima el envejecimiento?

La máquina de Morel de la novela de Bioy Casares plantea una visión no menos perturbadora: el cautiverio de repetir hasta el vértigo, convertidos en hologramas, los mismos actos en las mismas semanas exasperantes. Recuerdo que, en la adolescencia, las variedades de la inmortalidad me parecían chapuceras y descorazonadoras: mientras que las religiones del Libro prescinden olímpicamente del cuerpo, las orientales, a través de una rueda sin principio ni fin, confían en la continuidad de la vida, pero no de la conciencia. Incorporeidad y olvido. ¿Quién, a esa edad de primeras veces y revelaciones, puede sentirse cautivado por tales disminuciones y pérdidas? Comparado con esas formas de superar la muerte, un simple beso se me figuraba una porción irresistible del paraíso.

En esa etapa en que "muerte" y "vejez" son palabras huecas o demasiado remotas, me vi envuelto en una atmósfera enrarecida de tras mundo y ganas de creer. Durante años formativos atravesados por las lecturas de poesía, la única religión que profesaba era la de la eternidad del instante — cursilería incluida. Pero crecí en un contexto en que las creencias eran laxas y sincréticas hasta el límite de la paradoja, en que todos coincidían en un vivo interés por los asuntos de ultratumba. La amalgama familiar tenía una base judeocristiana ya irreconocible de tan fofa, atravesada por grumos de budismo Zen y prácticas tántricas, fibras de chamanismo y física cuántica, salpicada por chispas de parapsicología y regresiones hipnóticas. La sobremesa era el sitio predilecto para el revoloteo de ideas sobre el más allá: mientras mi padre contaba las experiencias cercanas a la muerte que transformaron a sus pacientes psiquiátricos, mi abuela y mi madre relataban historias de fantasmas; al



Hieronymus Bosch, *La muerte y la avara*, ca. 1485-1490. National Gallery of Art ©



Hieronymus Bosch, *La Ascensión al Empíreo*, ca. 1505-1515. Gallerie dell'Accademia, Venecia ©

margen, pero sin perderse de nada, mis hermanos jugaban a la ouija. Aunque me atraían los cuentos de vampiros, criaturas de la noche que acumulan siglos de sed y fastidio, no era más que un interés literario, y frente a nociones como el desprendimiento del cuerpo o la transmigración de las almas adoptaba un papel burlón y escéptico, a medio camino entre el aguafiestas y el detective espiritista.

Quizá porque el subterfugio de la fama póstuma o la trascendencia a través del arte me parecían un premio de consolación irrisorio y marrullero, solo menos inaceptable que la posteridad vicaria, alcanzada por la genética y los hijos, mis réplicas y objeciones a la inmortalidad eran guasonas y descarnadas. Si estaba de vena procuraba que la escatología en sentido ultramundano se tocara con la escatología en sentido excrementicio: allí donde otros señalan el polvo y las cenizas, yo invocaba la putrefacción, el abono que seremos. Tras la muerte solo quedan despojos, algo no muy distinto del mojón que expulsamos a diario. Restos malolientes, órganos en descomposición, gases que se escapan por los esfínteres del cadáver. La inmortalidad, insistía, solo existe como festín de gusanos.

El Mojón póstumo y la Cagarruta inmortal eran los personajes principales de mis bufonadas: se soñaban obras maestras que seguirían hablando por mí cuando yaciera bajo tierra. Una de mis bromas favoritas era comparar el célebre cuadro del túnel del Bosco con la tubería del desagüe y fingir que me maravillaba con las dotes visionarias de Hieronymus Bosch, no tanto por haber representado el viaje de las almas a su morada última, sino por anticipar, con tanto sentido del detalle, la apariencia de las cloacas futuras. *La Ascensión al Empíreo* es la tabla final de *Visión del más allá*, un retablo

de cuatro postigos que se conserva en el Palacio Ducal de Venecia. Mi padre admiraba esa obra por sus cualidades pictóricas innegables, pero sobre todo porque plasma el trayecto desde la negrura de la muerte hacia la luz apacible. El pasaje se realiza a través de un túnel en el que se distingue una serie de ruedas que succionan o atraen a las almas desnudas, extrañamente demasiado corpóreas. Además de

se expresara en escarnio y bromas de mal gusto. Sabía de sobra que a los psicoanalistas les fascina todo subtexto relacionado con la mierda, así que no vacilaba en servírselo a mi padre en bandeja a propósito de un fenómeno que lo inquietaba particularmente. Recuerdo la sonrisa sardónica con que él recibía mis chanzas procaces, pero sobre todo la elegancia con la que, para no caer en la provocación, las relacio-

### ***Allí donde otros señalan el polvo y las cenizas, yo invocaba la putrefacción, el abono que seremos.***

que había enmarcado una reproducción sobre la que reclamaba continuamente nuestra atención, sometía la imagen al escrutinio de sus pacientes que sufrieron experiencias próximas a la muerte. Con satisfacción atónita, aseguraba que la mayoría lo identificaba como el sitio donde habían estado tras ser declarados clínicamente muertos, pese a no tener la menor noticia de la pintura ni del autor.

Aunque las ruedas internas del túnel, aquellos aros de oscuridad que, según los testimonios, giran y emiten un ruido lejano de atracción, me remitían al movimiento circular y al mareo que consignan las prácticas iniciáticas, y pese a que el sonido de los giros bien podría coincidir con el siseo que acompaña el ingreso a otro estado de conciencia (siseo que los griegos consideraban sagrado pues correspondía al del Sol y anunciaba la presencia de Apolo), yo prefería una lectura más soez y señalaba la semejanza de esas ruedas con las juntas de cemento del drenaje profundo, y preguntaba si ese sonido llamativo no sería el del escurrimiento de toneladas de mierda...

Como si la única inmortalidad a mi alcance fuera la rebeldía, hacía que mi descreimiento

naba con Mictlantecuhtli y Mictecacíhuatl, consortes del submundo mexicana, dioses de los ríos subterráneos y las sombras, también vinculados a los desechos y el estiércol, pues para los antiguos mexicanos cargamos en el cuerpo un pedazo de muerte en forma de excremento.

Con el tiempo esa estridencia escatológica fue cediendo hasta casi desaparecer, sin que por ello me apartara del sustrato de incredulidad que la animaba. Nunca logré esclarecer si mi padre, tras décadas de estudiar esas experiencias limítrofes y de escribir un libro abultado sobre el tema (*Experiencias cercanas a la muerte*,<sup>1</sup> con el subtítulo comprometedor y quizás excesivo de "Historia, análisis y verificación del contacto con el más allá"), estaba convencido de que la vida y la identidad personal no terminan con el último suspiro. Si lo interrogaba frontalmente, se limitaba a repetir la observación de James Frazer de que apenas si han existido pueblos escépticos o agnósticos que se resignaran a morir para siempre con la muerte. Pero ahora podíamos

<sup>1</sup> Publicamos un fragmento de este libro en la pág. 40. [N. de los E.].

conversar largamente al respecto sin el trasfondo de un tufo fétido, aunque confieso que aún me complacía en provocarlo —o eso pensaba— con acertijos y buscapiés relativos a la naturaleza puramente mental de las experiencias extracorporales. Él mismo me había enseñado que la neurología, al estudiar a profundidad el cerebro, había descubierto que las visiones del paraíso o la fe en dios pueden ser

ciáticos y las experiencias cercanas a la muerte. Los ritos eleusinos, por ejemplo, guardan un parecido asombroso con los trances en el umbral postrero. Plutarco, que se desempeñó como sacerdote en Delfos, subrayó que “morir” (*teleutân*) y “ser iniciado” (*teleisthai*) participan de la misma raíz. Pero ya fuera que aquellas visiones las causara la ingestión del cornezuelo de centeno, como aventuran Gor-

## **El vislumbre de una vida ultraterrena no sería sino un artificio bioquímico, una proyección neuronal.**

estimuladas artificialmente; la consecuencia no podía estar más a la mano: tanto la paz inefable como el abandono del cuerpo, la revisión panorámica de la vida y la luz cautivadora al final del túnel corresponden a estados alterados de conciencia. Hay agencias creativas insospechables en las profundidades de la psique que se tornan especialmente poderosas en los trances de dolor, aflicción o agonía, y nos inducen un efecto analgésico y eufórico. Ya por entonces había probado algunas drogas enteógenas y entendía que la intensidad de esas experiencias extraordinarias se interpretara o traspusiera como atisbos del más allá, y que el pensamiento mágico y la espiritualidad las dotaran de un sentido trascendente de transformación y renacimiento. Pero eso no cancelaba que, tal como se lo resumía a mi padre con un retintín irritante, la inmortalidad solo fuera una gran pachequez autoinducida, el último y más fantástico viaje lisérgico. (Con el tiempo me he dado cuenta de que los desafíos más insolentes albergan preguntas encubiertas.)

Desde la antigüedad clásica se ha subrayado una proximidad entre los misterios ini-

don Wasson y Albert Hofmann, contenido en el ciceón (*kykeon*), la bebida ritual para romper el ayuno sagrado; ya fuera que en la oscuridad de la gruta los sacerdotes revelaran a través del fuego y de una serie de movimientos rituales los secretos de la vida después de la muerte, la semejanza podría sugerir algo totalmente distinto de la pervivencia consciente del alma. Si la experiencia mística se toca en muchos puntos con la experiencia al borde de la muerte, tal vez se deba a que son fruto de procesos cerebrales comunes a todos, de un mecanismo psíquico que conduce a despliegues imaginarios e iluminaciones que guardan un parecido. El vislumbre de una vida ultraterrena no sería sino un artificio bioquímico, una proyección neuronal; la inmortalidad se confunde con una flor psicodélica alimentada por alcaloides fúngicos o por la sobredosis de encefalinas y endorfinas que la biología nos ofrece contra el sufrimiento.

Se suele suponer que el miedo a la muerte es el trasfondo de la cuestión, que el breve vínculo que establecemos con la existencia nos impele a fantasear su prolongación indefinida. Rechazamos que nuestro mundo desaparezca

como un sueño intranquilo. Nos resistimos a la posibilidad de que la vida, con sus placeres y tormentos, nos sea arrebatada de golpe "como una pelota de juglar". Pero tal vez la raíz del más allá tengamos que buscarla en su opuesto: en un miedo inconfesado a la vida. Durante la juventud, en medio del embeleso de existir, atisbamos que toda esta intensidad nos parece exultante porque es efímera e irrecuperable, porque no hay forma de arraigarnos ni de asirnos a nada. La ráfaga inesperada que arranca las hojas de los árboles no tiene en sí un acento grave; puede cargarse del valor de lo transitorio o aceptarse con la maravilla de los ciclos naturales que nos sobrepasan. Parece significativo que el descenso al inframundo de los viajes iniciáticos desemboque en la con-

vicción inefable de que ya estamos muertos, y que las personas que amamos no son sino sombras, meros fantasmas errantes. Pero si lo que subyace es el miedo a la aniquilación, el costo de ese desplazamiento se antoja excesivo: una vez que la muerte se entiende como "la vida verdadera", la existencia cotidiana, la única que conocemos, luce como "caverna" y el cuerpo se torna una "atadura material". Los iniciados no solo terminaban por descreer de la vida sensible, también la despreciaban y desesperaban de ella, por vana y carente de propósito (en griego, *tele* "misterios" es el plural de *telos*, "fin").

La práctica de la filosofía como "un aprendizaje de la muerte" acaso se remonte a aquellas mismas experiencias iniciáticas. Esa concep-



Hieronymus Bosch, *Visión del tondal*, ca. 1484. Museo Lázaro Galdiano ©

ción de la filosofía, según la cual la abstracción nos ejercita para la muerte en cuanto nos mantiene apartados del cuerpo, limitado y corruptible, la encontramos en Montaigne y, antes, en Cicerón y, por supuesto, en Platón, y quizá haya que rastrear su origen en Pitágoras y en el influjo temprano de Oriente en los pensadores griegos. Tal vez lo verdaderamente inmortal sean las creencias escatológicas que aquellos primeros filósofos articularon, a través de las cuales se dio un sentido a la existencia signado por la resignación, el desdén o el abierto recelo.

Ya sea como descenso iniciático o experiencia limítrofe, lo crucial es que esa "otra orilla" que se avizora en las cercanías conjeturales de la muerte siempre nos devuelve aquí, a la vida ordinaria, con sus esplendores y miserias, su presente inescapable y su finitud. A la manera de una puerta giratoria, la psique y sus condicionamientos culturales son el gozne de los vislumbres del más allá (en Occidente, el regreso del alma al cuerpo se vive con la certeza de que "aún no ha llegado la hora", mientras que en Oriente se suele adjudicar a una confusión, a un error cósmico de tipo casi burocrático), y por más que la puerta parezca abrirse a otra dimensión, no deja de ser una experiencia humana, demasiado humana, cuyas implicaciones y significación solo tienen efecto en el arco breve de nuestra existencia.

En sentido contrario a esa concepción ultraterrena y más bien funeral de la filosofía, se diría que lo que buscamos de cara a la muerte es exactamente lo opuesto: un aprendizaje de la vida, en toda su fragilidad y magnificencia. Una reconciliación con el cuerpo, con sus grandezas y estrecheces. La aceptación de que cada acto pueda ser el último. Asimilar el es-

tupor de que todo es fugaz y terminará por extinguirse. De que aun las obras inmortales de De Quincey o Agnès Varda se habrán de borrar como una inscripción en la arena, y que las personas que amamos se difuminarán también, como rostros entrevistados en sueños.

Ahora mi padre está muerto. Las sobremesas metafísicas se han terminado y debo reflexionar a solas sobre la vida después de la muerte. Mis hermanos hace años que tiraron la ouija a la basura y se han vuelto casi fantasmas para mí, mientras que mi madre responde a cualquier intento de comunicación ultraterrena con improperios de que la dejen en paz. Según las disposiciones de la naturaleza, rara vez morimos de súbito, e incluso un paro cardíaco fulminante sorprende a un cuerpo al que la muerte ya trabajaba en silencio y que, como observa Hazlitt, "se estaba convirtiendo en polvo, facultad tras facultad". Sospecho que, en la hora final, mi padre no entendió lo que pasaba. Aunque siempre al acecho, la muerte es el acontecimiento más inclasificable y singular, el rito último, la monstruosidad intransferible, ante la cual nadie puede estar preparado. Eugène Ionesco dejó escrito que "cada uno de nosotros es el primero en morir".

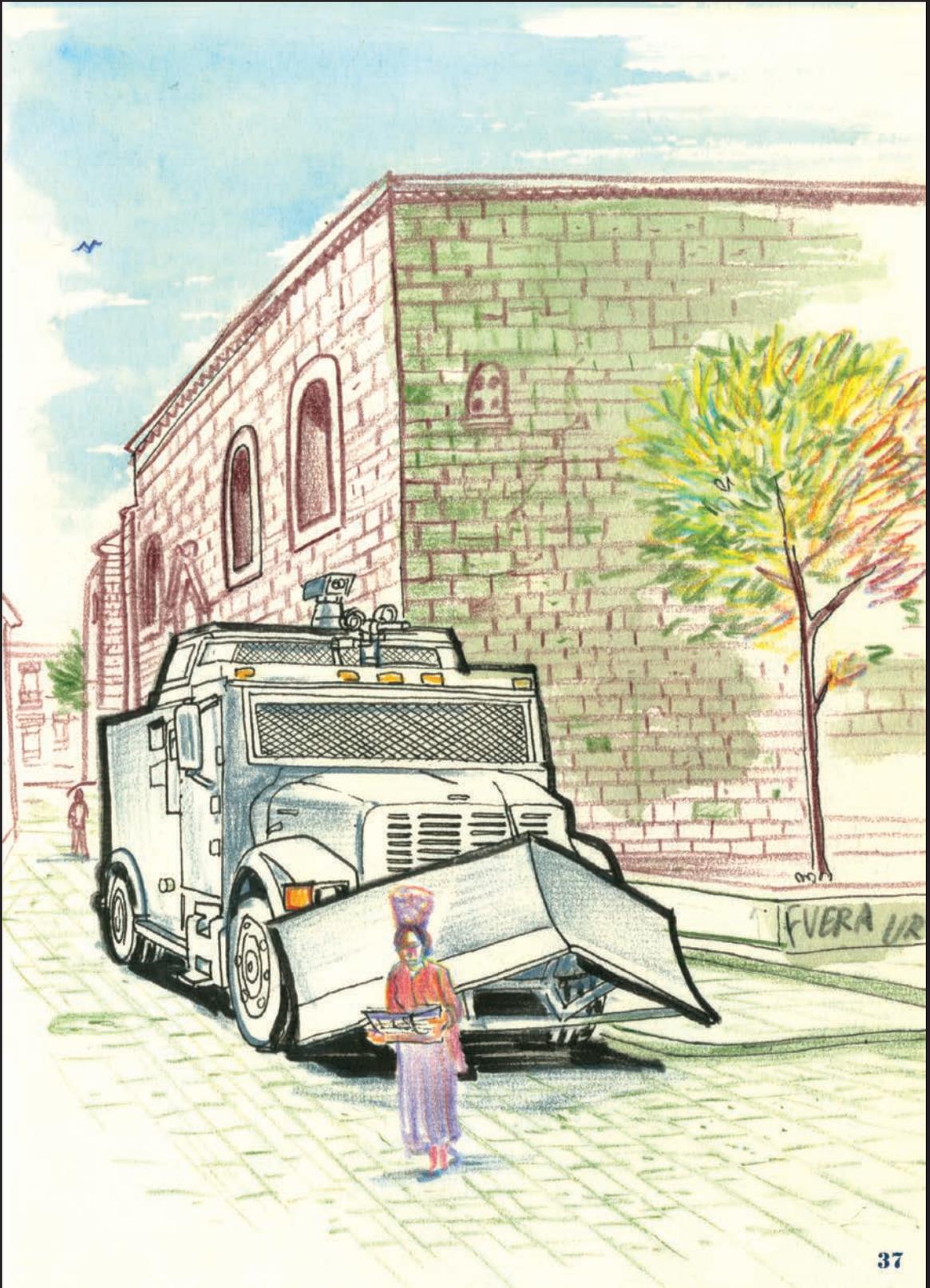
No sé si mi padre atravesó los giros atrayentes del túnel con una sensación de perplejo reconocimiento, como quien recorre un paraje familiar gracias a la iconografía. Y a pesar de que nadie escarmienta en cabeza ajena —menos si se trata de la experiencia final—, descubro que la pregunta por la vida después de la muerte puede tener un acento inmanente si se le da vuelta y se convierte en la pregunta —a la vez espiritual y práctica— por la vida que sigue, por la vida que no se detiene tras la muerte de un ser querido. **U**



# DIARIO DE OAXACA



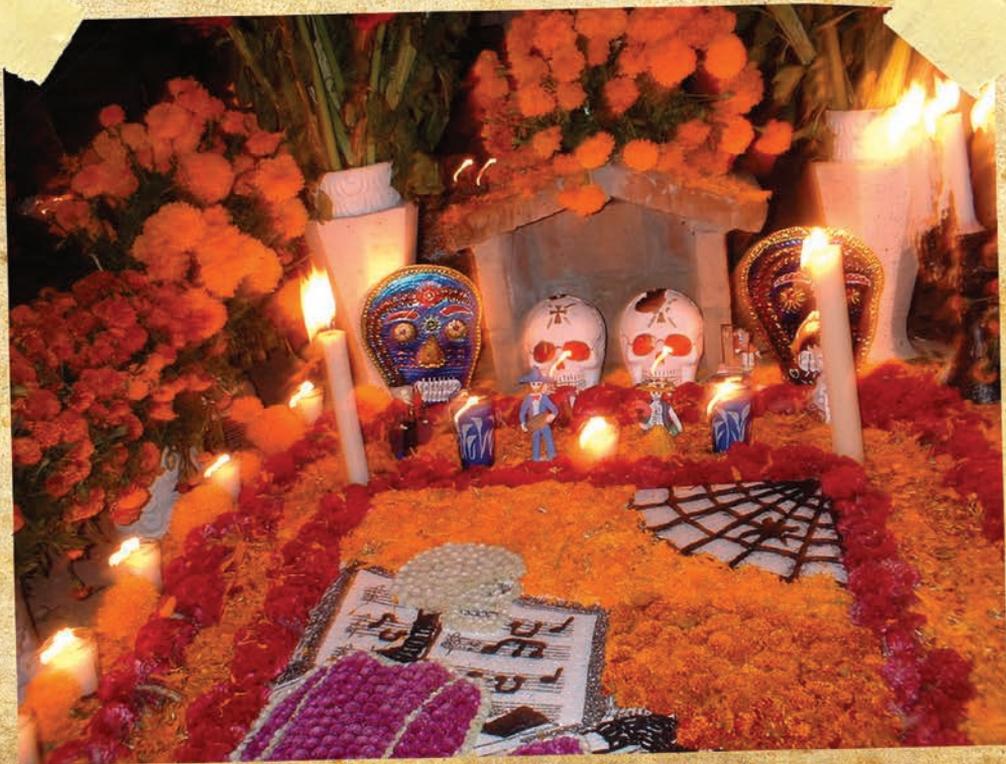
sextopiso



Sculpture commemorating the people who had been killed during the teachers' strike.



Escultura que conmemora a los muertos durante la huelga de los maestros.



Day of the Dead, local cemetery, San Felipe del Agua.  
Día de Muertos, panteón municipal, San Felipe del Agua.



Sand sculpture in front of  
Santo Domingo church.  
Escultura de arena frente a la  
iglesia de Santo Domingo.



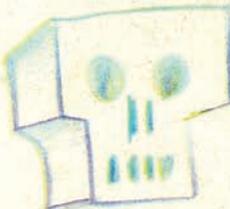
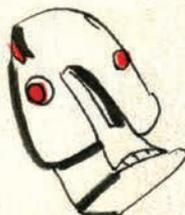
One of the many Day of the Dead  
sculptures seen around town.  
Una de las tantas esculturas del  
Día de Muertos que podían verse a  
lo largo de la ciudad.



Part of a series of mono-prints I made,  
inspired by Mexican art.

Parte de las litografías que son resultado de  
mi inspiración en el arte mexicano.

Feliz de Día de Muertos  
Noviembre



DIA DE  
MUERTOS  
NOVEMBER

01 NOV 2007

Conforme Halloween concluye en Estados Unidos, aquí en México los cementerios apenas calientan motores para el Día de Muertos.

Como norteamericano que creció con una visión de los cementerios como lugares sombríos que eran sinónimo de duelo e incomodidad, es un gran alivio estar en una cultura que transforma ese ambiente lúgubre en un sitio donde se toca música y se canta, se ríe, hay regocijo y se celebra la memoria de los que se fueron antes. Se montan altares con flores y comida, incluidos cráneos hechos de azúcar, incienso, velas y otros objetos que conmemoran a los muertos y los atraen para que regresen del más allá a disfrutar de las festividades.

Como parte de la exposición grupal que curé recientemente en una galería cerca del Zócalo de la ciudad, le pedí a los participantes que crearan autorretratos que entonarían con el espíritu del Día de Muertos.



Peter Kuper



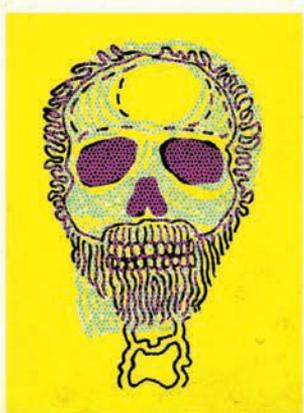
Azágra Rojo



Esther Guizar



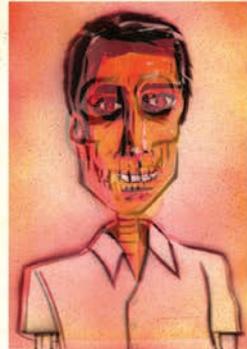
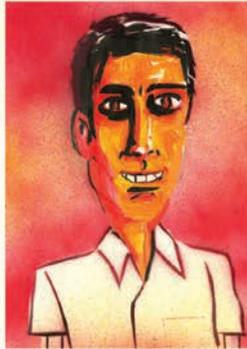
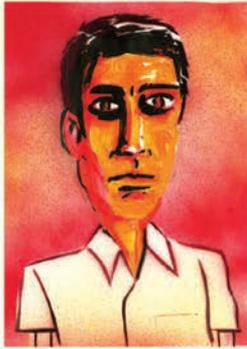
Gina Iturbe



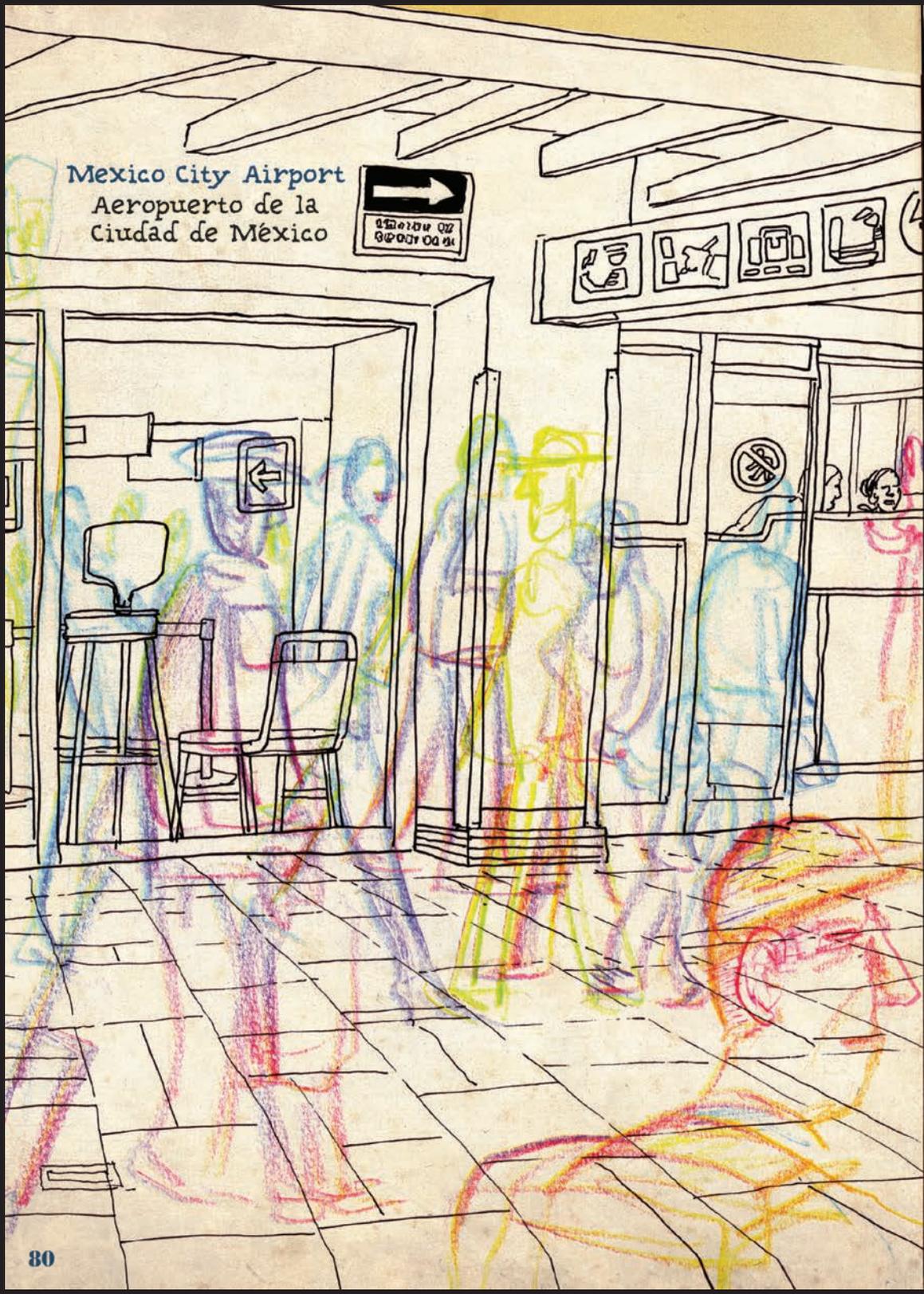
Bernardo Porráz



Fuente Ovejuna









## HABLAR CON LOS MUERTOS

Lola Ancira

*Al palpar la cercanía de la muerte, vuelves los ojos a tu interior  
y no encuentras más que banalidad, porque los vivos,  
comparados con los muertos, resultamos insoportablemente banales.*  
Miguel Delibes

Nuestros muertos, nuestros vacíos, nos conforman. Llevamos de la mano a uno o varios fantasmas a los que no queremos soltar para no sentirnos del todo deshabitados. Nos acompañan de día y de noche, en la risa y el llanto. O eso queremos pensar para resarcir el abandono en el que nos deja la partida de los que queremos. Incluso hablamos con ellos, imaginamos sus voces, ésas que, de a poco, se van diluyendo entre los días de nosotros, los vivos. Los que permanecemos. ¿Qué le preguntaríamos a quienes ya no están? ¿Por qué creemos que ellos, en esa otra dimensión o plano, tendrán respuestas para lo que muy probablemente no habrían podido responder en vida?

La muerte es uno de los grandes enigmas para el ser humano, ese inconcebible hecho de dejar de ser o existir; representación física de la soledad más absoluta. Las tradiciones funerarias que expresan la diversidad cultural reflejan el interés milenario por comprender este proceso natural. De acuerdo con *La muerte* (1966), del filósofo francés Vladimir Jankélévitch, nos quedan dos opciones al no poder pensar la muerte: "o bien pensar sobre la muerte, acerca de la muerte, a propósito de la muerte; o bien pensar en algo distinto a la muerte; por ejemplo, en la vida".

La filosofía y religión se han referido al *alma* como la esencia del ser humano. Aunque sus características varían, según la tradición y perspectiva, coinciden en que es el espíritu o "soplo animador" del cuerpo humano. En culturas como la egipcia y la tibetana, existen el *Libro de los muertos*<sup>1</sup> y el *Bardo thodol*,<sup>2</sup> guías para que las almas de los difuntos superen cualquier dificultad y logren llegar a un lugar paradisiaco y a la iluminación, respectivamente.

El halo de misterio que envuelve a la muerte se ha intentado desgarrar, hacer girones,

desde la antigüedad. La nigromancia o necromancia ("muerte" y "adivinación", según su etimología), práctica remota de diversas culturas relacionada con la magia o hechicería, es un método de adivinación que busca revelar el futuro invocando a los espíritus. Incluso se ha tratado de contactar con los difuntos a través de sus despojos, en especial las vísceras y los huesos, y más comúnmente a través de algún ritual. Relacionadas también con la magia negra, se realizaban ceremonias usualmente en cuevas con restos humanos, usados estos como vínculos para atraer a los espíritus y, al establecer comunicación, pedir favores o venganzas. Esto hizo que que la práctica se asociara con procedimientos macabros y que

<sup>1</sup> Texto funerario utilizado aproximadamente desde el año 1540 a. C.

<sup>2</sup> Texto adjudicado al gurú budista del siglo VIII, Padmasambhava.



Georges de la Tour, *El adivino*, ca. 1630. Metropolitan Museum ©

la iglesia cristiana la condenara, al igual que a la magia y la hechicería, como una forma de brujería.<sup>3</sup>

La Biblia representa, en la adivina de Endor,<sup>4</sup> a una nigromante que debe ser repudiada: la iglesia cristiana alega que, cuando uno de sus fieles admite haber logrado el cometido de contactar con un espíritu, en realidad entró en comunicación con un “demonio”, invalidando y condenando cualquier supuesta información o contacto establecido.

Antecedentes de esta figura están presentes en la *Odisea*,<sup>5</sup> de Homero, donde Odiseo visita el inframundo para obtener información

<sup>3</sup> Deuteronomio 18:9-13; Jeremías 29:8-9.

<sup>4</sup> I Samuel 28:3-25.

<sup>5</sup> Compuesta entre los siglos VII y VIII a. C.



Anónimo, *El fantasma en el estetoscopio*, 1856.  
London Stereoscopic Company ©

crucial del espíritu del adivino Tiresias y así poder volver a su hogar en Ítaca. Pero la encarnación más popular de un nigromante se dio en el mítico personaje de Merlín, consejero del rey Arturo, quien supuestamente nació de la unión de una mujer con un demonio. Los primeros datos sobre Merlín son del siglo XII, en la crónica pseudohistórica de Gran Bretaña titulada *Historia Regum Britanniae*, y en *Prophetiae Merlini*, cuyo autor, Godofredo de Monmouth, lo describe como un profeta y lo vincula directamente con el ciclo artúrico. Posteriormente, Monmouth escribe *Vita Merlini*, donde son claras las alusiones a Myrddin Wyllt, quien, según las leyendas galesas medievales, era un hombre salvaje con el don de la profecía que vivía en los bosques: el arquetipo del mago.

Durante la época victoriana, resaltan dos términos y dos nombres relacionados con la comunicación con los muertos: el espiritismo y los médiums; Maria B. Hayden y Allan Kardec.<sup>6</sup>

El espiritismo es una doctrina basada en la existencia de seres inmateriales capaces de comunicarse, a través de un médium —persona con habilidades psíquicas que actúa como intermediaria en la comunicación con los espíritus y en fenómenos paranormales—, con los seres vivos. Surgió en Francia, durante el siglo XIX, y recurre a la invocación de los espíritus de los muertos para conversar con ellos.

El principal exponente del espiritismo fue Allan Kardec, profesor, escritor y filósofo francés que, tras estudiar el fenómeno de las llamadas mesas parlantes<sup>7</sup> o danzantes y la escritura

<sup>6</sup> Seudónimo de Hippolyte Léon Denizard Rivail (1804-1869).

<sup>7</sup> Técnica para contactar con espíritus que consistía en reunirse en torno a una mesa sobre la que ponían las manos y, mediante un ritual, convocaban espíritus que movían la mesa y establecían una comunicación básica por medio de golpes en la superficie de ésta.

automática,<sup>8</sup> entrevistar a diversos médiums y descartar los casos de fraude, publicó *El libro de los espíritus* (1857).<sup>9</sup> Tras el éxito de esta primera obra, fundó la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas y la Revista *Espírita*, ambas esenciales para la difusión del espiritismo en el resto del mundo. En el prólogo de su obra *Qué es el espiritismo* (1859), definió

En la época del apogeo del positivismo y el materialismo, cuando la visión del mundo y la realidad se configuraron gracias a las obras de Karl Marx y Charles Darwin, Kardec abo-  
nó al “espíritu positivista del siglo”, aludiendo a la “clase ilustrada” de todos los países. Su principal detractora fue la iglesia católica, que, en 1861, quemó cientos de libros espiritistas en

## **Maria Hayden, mujer de clase alta, fue la primera médium norteamericana en visitar Inglaterra durante el inicio del espiritismo.**

así la propuesta de su doctrina: “El espiritismo es a la vez una ciencia de observación y una doctrina filosófica. Como ciencia práctica, consiste en relaciones que pueden establecerse con los espíritus; como doctrina filosófica, comprende todas las consecuencias morales que se desprenden de semejantes relaciones. (...) es la ciencia que trata de la naturaleza, origen y destino de los espíritus y de sus relaciones con el mundo corporal”. Además, a lo largo de su obra hace énfasis en que hay distintos tipos de espíritus con los que se puede entrar en contacto, los superiores (nobles, sabios, benevolentes) y los inferiores (ignorantes, malévolos, groseros), y recomienda siempre el respeto al contactarlos: “Si se guarda respeto a los restos mortales, más se debe guardar aún al espíritu”.

Barcelona, y para 1863, incluyó sus obras en el *Index librorum prohibitorum*<sup>10</sup> de la Inquisición española.

Maria Hayden, mujer de clase alta, fue la primera médium norteamericana en visitar Inglaterra durante el inicio del espiritismo, e influyó de manera considerable en el desarrollo de este movimiento. Fue duramente criticada por la prensa de la época, pero también recibió apoyo de quienes atestiguaron hechos inexplicables en sus sesiones. Su logro más importante fue haber convertido al matemático Augustus De Morgan, cuyas experiencias quedaron plasmadas en el libro *From Matter to Spirit: the Result of Ten Years' Experience in Spirit Manifestations. Intended as a Guide to Enquirers*, publicado en 1863 de forma anónima por Sophia Elizabeth De Morgan, su esposa, y cuyo prefacio fue escrito por el mismo Augustus. Luego de su muerte, la viuda De Morgan publicó las memorias de Augustus, en las que incluyó más notas respecto a las experiencias paranormales con Hayden. Robert Owen, veterano socialista, también se volvió asiduo a las sesiones espiritistas de Hayden, y procla-

<sup>8</sup> También conocida como *psicografía*, es la habilidad psíquica de escribir letras o frases de forma inconsciente, mismas que supuestamente dicta un espíritu.

<sup>9</sup> Ese mismo año, en España, circuló un mes antes el opúsculo *Luz y verdad del espiritualismo*, especie de instructivo para contactar espíritus, bajo el seudónimo de Jotino y Ademar: “Colócase una mano sobre la parte superior del trípode, evócase el espíritu, y cuando se levanta un pie, es la ocasión para dirigirle las preguntas”. Esta publicación fue prohibida después por el gobierno.

<sup>10</sup> *Índice de libros prohibidos*.

mó su conversión formal al espiritismo como fe en la revista *Rational Quarterly*. Después de esto, en 1853, Hayden y su esposo publicaron el primer periódico espiritista, *The Spirit World*, que constó de un número. Luego regresaron a Estados Unidos, donde ella fue una de las primeras mujeres en graduarse como doctora en medicina y ejerció durante varios años, mostrando grandes habilidades y una aptitud asombrosa para diagnosticar; se proclamó “médica clarividente”. También fue médium para el doctor Robert Hare, quien inventó en 1855 el Espiritoscopio, un instrumento para ayudar en la comunicación con los espíritus. Publicó los resultados de dichas sesiones ese mismo año en el libro *Experimental Investigation of the Spirit Manifestations, Demonstrating the Existence of Spirits and Their Communion with Mortals*.

La época victoriana vivió el apogeo de las *séances*, sesiones espiritistas. Sin embargo, ya en el siglo XX, tras descubrirse diversos fraudes y luego de que surgieran otras corrientes teóricas del espiritismo, la fiebre por esta práctica disminuyó. Arthur Conan Doyle publicó, en 1926, el libro *Historia del espiritismo*, en el que habla sobre el trabajo de Hayden y otro médium reconocido, D. D. Home, quien realizó una de sus primeras sesiones públicas de espiritismo en casa del matrimonio Hayden en marzo de 1851.

En México, el espiritismo kardeciano está documentado desde 1868, y en el siglo XIX resultó clave en nuestra historia. Francisco Ignacio Madero, siendo muy joven, leyó las obras de Kardec en un viaje a Europa y se inició en el espiritismo. Descubrió su habilidad como médium escribiendo transcribiendo lo que los espíritus le dictaban. Al regresar a Coahuila, reunió una biblioteca sobre el tema y escribió, en

1909, *Manual Espírita*, con el seudónimo de Bhima, para divulgar la doctrina entre los mexicanos librepensadores. En la dedicatoria se lee:

El autor dedica este modesto trabajo a los nobles y grandes espíritus que lo han sacado de las tinieblas de la ignorancia, han abierto ante sus ojos esplendorosos y vastos horizontes; y han hecho que su corazón, antes frío por el egoísmo, palpite ante las miserias de la humanidad.

En sus diarios espiritistas (o espíritas) consta que, en 1907, cuando dominaba ya la escritura automática, un espíritu llamado José le reveló la gran contienda que debía emprender y le pidió dominar sus pasiones. En 1908, el espíritu de Pedro le aseguró que podía y debía dirigir al resto para salvar a su patria. Guiado por estas creencias, convocó en 1910 a la lucha armada para derrocar al dictador Porfirio Díaz.

Al no existir pruebas tangibles de las experiencias ya mencionadas, estas resultan poco confiables, en especial porque están ligadas al sentido auditivo, facultad que se altera tanto por elementos internos como externos. El término *clariaudiencia* se refiere a la capacidad de una persona para escuchar voces o sonidos que no pueden ser advertidos por el oído común. La psiquiatría y la ciencia muestran gran interés en este fenómeno mental para tratar de determinar si en realidad es resultado de una experiencia sobrenatural o si está vinculado a algún trastorno o una capacidad psíquica inusual.

En 2021, la revista *Mental Health, Religion and Culture* publicó los resultados de un estudio realizado por profesionales de la salud mental de la Universidad de Durham tras entrevistar a diversos médiums de la Unión Na-

cional de Espiritistas (organización benéfica religiosa) y a personas de la población general. El estudio demostró que los médiums son mucho más propensos a vivir experiencias auditivas inusuales o alucinaciones. Otro porcentaje importante de ellos afirmó poder ver a los espíritus y estar en contacto de forma cotidiana con ellos. Más de la mitad de los médiums afirmó escuchar las voces dentro de su cabeza, mientras que el resto también podía escucharlas en el exterior. La clariaudiencia se ha interpretado como un don en el ámbito del espiritismo, pero se traduce en angustia cuando representa un diagnóstico de esquizofrenia o trastorno mental.

Tratar de hablar con nuestros muertos se convierte en un rito, una ceremonia que nos vincula con la muerte y podría ayudarnos en la transición del duelo y la búsqueda por volver más cognoscible el fenómeno biológico de la muerte. ¿No somos un poco nigromantes cuando soñamos a nuestros muertos? Cuando, más que pedirles, les exigimos contactar-

nos, hablarnos, hacerse presentes de cualquier manera; cuando queremos comunicarnos con quien ya no está, con quien ya no es.

El duelo podría compararse con un anhelo obcecado por realizar lo aparentemente imposible. La muerte, entonces, se presenta como una condición determinante de la imaginación, de la creatividad. La Inteligencia Artificial permite, actualmente, acceder a duplicados de nuestros seres queridos que han fallecido, con quienes podemos mantener una conversación virtual, ya sea a través de texto o video, gracias a un banco de archivos de audio e imágenes, lo que brinda la ilusión de estar en contacto con esa persona de nuevo. Imposible no vincularlo con lo que sucede en la novela *La invención de Morel*, de Adolfo Bioy Casares, publicada en 1940: una reproducción continua de hologramas que representan a seres humanos.

Espejismos, fantasías. Situaciones ambiguas, confusas. Religión y escepticismo. Elegir creer siempre será, finalmente, una decisión subjetiva. **U**



Utagawa Kuniyoshi, *Takiyasha la bruja y el espectro del esqueleto*, siglo XIX. Victoria and Albert Museum ©





## UN TOUR POR EL INFRAMUNDO

*Jorge Volpi*

**C**uando despiertas, te descubres en una pavorosa oscuridad. Distingues a tu lado un bulto enrollado en vendajes de lino con la cabeza cubierta por una máscara de papel maché, el vientre decorado con escarabajos de cerámica y un ajuar de amuletos de oro. Como si dieras un salto, atraviesas los muros de aquella caja estrechísima: te descubres capaz de sobrevolarla. Solo entonces te das cuenta de que has abandonado un sarcófago y que la momia depositada en su interior es la tuya. Te deslizas hacia una cámara más amplia; en su interior atisbas un sinfín de dibujos y jeroglíficos en las paredes y en el techo, así como un conjunto de urnas donde reposan los restos de tu hígado, tu páncreas y tu cerebro. Una conserva tu corazón, donde te han dicho que residen la inteligencia y la memoria. Más allá, un conjunto de pequeñas estatuillas preside tu mausoleo.

Comprendes que eres algo así como una esencia o un espíritu volátil; te estremece una sensación que te recuerda a la sed y al hambre. Por fortuna tus familiares te dejaron una jofaina donde quedan unas gotas de cerveza y numerosas vasijas con ofrendas comestibles. Te basta con saber que son tuyas. Saciada, te deslizas por cada ángulo del mausoleo, pero no consigues recordar tu nombre. ¿Quién eres, qué haces allí, qué salida te queda ahora? Tal vez las respuestas se hallen en alguno de los papiros depositados junto a tu cuerpo. Te acercas al primero y miras su encabezado:

◀ Luxor, 2020. Fotografía de Calin Stan. Unsplash ©

Aquí empiezan los conjuros que relatan la salida del alma hacia la plena luz del día, su resurrección en el espíritu, su entrada y sus viajes en las regiones del más allá.

Te basta con leerlo para rememorar las lecciones aprendidas tiempo atrás. Tu alma se halla dividida: *ka* es la fuerza que te mantiene con vida; con sus diminutas alas, *ba* revolotea en el interior del mausoleo; tu sombra, *shut*, solo calla; y *aj* se encarga de iniciar el diálogo con los dioses. Vuelves a los papiros y proclamas:

—¡Oh, tú, que irradian en las soledades nocturnas, dios del disco Lunar! ¡También yo te acompaño entre los habitantes del Cielo que te rodean! Yo, difunto Osiris, penetro a mi capricho ora en la región de los muertos, ora en la de los vivos sobre la Tierra, a todas partes donde mi deseo me conduce.

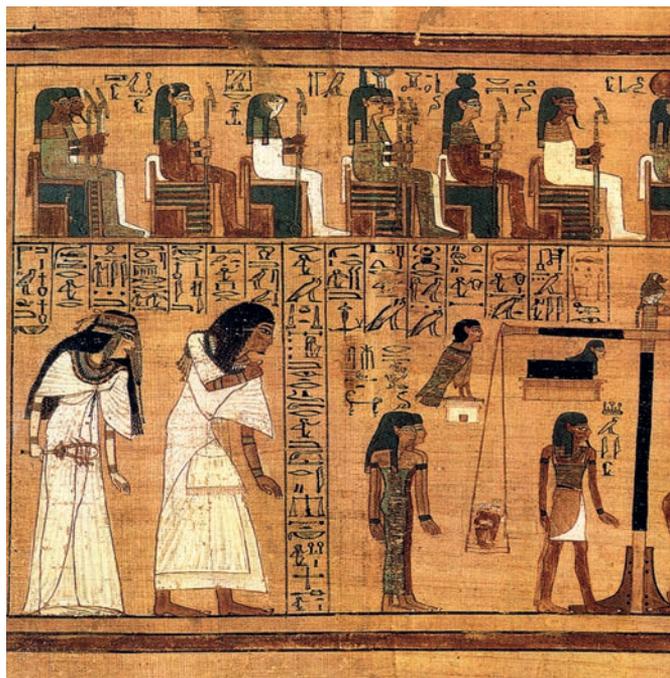
Solo un poco más tarde, al leer y recitar en voz alta otro de los conjuros plasmados en los papiros, descubres quién eres:

—¡Que mi nombre me sea devuelto en el templo del más allá! ¡Que pueda guardar recuerdo de mi nombre en medio de las murallas abrasadas del mundo inferior durante la noche en que serán contados los años y los meses!

Tu nombre es Akila, la astuta. Reconoces tu misión y repites los cantos indicados en el papiro —esta especie de guía de turistas por el submundo— para que los dioses te permitan emprender el viaje:

—¡Pueda yo llegar a ser vigorosa en la Tierra, junto a Ra! ¡Pueda llegar en paz hacia mi puerto de amarre, junto a Osiris! ¡Pueda, oh, dioses, encontrar intactas en vuestros altares las ofrendas que me son dedicadas!

Auxiliada por Osiris, quien coloca una corona sobre tu frente para concederte la vida



*El pesaje del corazón del Libro de los Muertos de Ani,*

eterna, te abres paso entre las rocas. Abandonas el mundo material y te internas en el Duat, el universo subterráneo donde moran los dioses y los muertos. Atraviesas cavernas y promontorios, colinas y ensenadas; te topas con bestias espeluznantes, mitad humanas, mitad animales, que se abalanzan sobre ti blandiendo espadas y cuchillos. Ante cada uno de estos monstruos —el espíritu con cabeza de cocodrilo, el demonio-serpiente, el demonio que danza en sangre—, recitas un nuevo conjuro:

—¡Atrás! ¡Vete, demonio de las abiertas fauces! Pues yo soy Jum, señor de Psehenú. Yo traigo a Ra las palabras de los dioses, un mensaje al Amo de esta casa.

Una vez que los has vencido, te transformas en distintos animales —el Fénix Real, el Halcón de Oro— y, gracias a la benevolencia de los dioses, te encaramas en una barcaza para surcar las aguas subterráneas y acceder por fin al santuario de Maat, en cuya entrada exclamas:



ca. 1300 a.C. British Museum ©

—En verdad yo soy Osiris. Llego aquí para contemplar a los dioses, los grandes, y para entrar en posesión de la Vida Eterna comulgando con pan celestial.

Te recibe Anubis, con su cabeza de perro y, luego de hacerte repetir los nombres mágicos, te permite ingresar a la doble sala de la Verdad-Justicia donde se llevará a cabo la ceremonia de la Confesión Negativa. Allí juras que no has cometido ninguna de las cuarenta y dos faltas prohibidas por los dioses:

—No he causado sufrimiento a los hombres. No he empleado violencia contra mis parientes. No he sustituido con la Injusticia a la Justicia. No he frecuentado a los malvados. No he cometido crímenes. No he hecho trabajar en mi provecho con exceso. No he intrigado por ambición. No he maltratado a mis sirvientes. No he blasfemado de los dioses...

Entonces los corazones de los dioses te preguntan:

—¿Quién eres?

—Akira es mi nombre —respondes.

—¡Pasa!

Una voz te interroga:

—¿Qué has encontrado en tu camino?

—Un Pie y una Pierna.

—¿Qué les has dicho?

—Alegría y serenidad.

—¿Qué te han dado?

—Una antorcha encendida y una tablilla de cristal.

—¿Qué has hecho con esos dones?

—Al alba, cerca del lago —contestas—, los he enterrado en medio de los canales.

—¿Qué has encontrado allí?

—Un cetro de piedra.

—¿Cuál es el nombre de ese cetro?

—Su nombre es Libertad-como-el-Viento.

—Cuando has enterrado la antorcha encendida y la tablilla de cristal, ¿qué has hecho?

—He pronunciado palabras de potencia, desenterrado la tablilla, apagado la antorcha, roto la tablilla de cristal, he excavado en el lago...

El diálogo continúa hasta que revelas tu nombre secreto y se inicia la ceremonia del Peso del Corazón. Si, al colocar el tuyo en la balanza, se revela que tus buenas acciones son más densas que tus fallas, se te concederá la luz:

—Mi ascensión al Cielo —proclamas—, se asemeja a la de un dios.

Anubis te conduce de la mano hacia Osiris y te conviertes en un *maa-jeru*, uno de los vindicados, una verdadera voz; al mismo tiempo, contemplas como otras de las almas que te han acompañado en el camino, y cuyos corazones han perdido en la balanza, terminan devorados por Ammit, el dios que es parte hipopótamo, parte león, parte cocodrilo. En agradecimiento, le cantas a Osiris:

—¡Salve, oh, Osiris, ser bueno, triunfador, hijo de Nut, primogénito de Keb, dios antiguo, dueño del Sopro de la Vida, gran príncipe del Occidente y del Oriente, Señor de los Misterios que siembran el espanto!

Y ocupas un sitio a su lado.

\*\*\*

Otra vez le debemos al siglo XIX y a la competencia por la inmortalidad entre doctos aventureros de Francia, Gran Bretaña y Alemania la nueva vida alcanzada por los libros sobre la muerte hallados en el interior de las antiguas tumbas egipcias. Alumno de Jean Letronne, a su vez discípulo de Jean-François Champollion —el orientalista que logró descifrar los

jeroglíficos gracias a la piedra Rosetta—, el prusiano Karl Richard Lepsius se dedicó a catalogar pirámides y tumbas y, en 1842, publicó *Das Todtenbuch*: la primera traducción de un manuscrito ptolemaico integrado por 165 conjuros donde quedaba ya fijado ese hermoso título de su invención: *El libro de los muertos*.

Entre 1875 y 1886, el suizo Édouard Naville realizó una edición crítica de 167 conjuros de diversas fuentes. Entretanto, en el Museo Británico, sus dos curadores, Samuel Birch y su sucesor, E.A. Wallis Budge, realizaron las traducciones pioneras al inglés de otros tantos manuscritos; a este último le debemos el llamado *Papiro de Ani* —hoy una traducción un tanto desdeñada por los egiptólogos por sus excesivas florituras—, convertido hasta estos días en un *best-seller* con el emblemático nombre de *Libro egipcio de los muertos* (1895), y cuya circulación se mantiene entre los lectores comunes y los seguidores del ocultismo.

La muerte es una de nuestras mayores ficciones: acaso porque no existe en tanto que nadie puede narrarla, ha desatado una avalancha de fantasías desde el paleolítico. Algunos filósofos insisten en que la conciencia de la muerte nos torna humanos: a diferencia de otras de nuestras conductas máspreciadas —del uso de herramientas a la contemplación estética—, las cuales aparecen de manera embrionaria en los animales, no se conoce ninguna otra especie que entierre a sus muertos. Como la muerte pende sobre nosotros con una regularidad ineluctable, necesitamos imaginar formas de vencerla. Al contemplar los ciclos del universo o de las plantas, nuestros antepasados coligieron que animales y humanos también dispondríamos de la facultad de renacer. En esta concepción circular del tiempo, el alma se desprende de la materia para



Sudario pintado, ca. 395, época romana. Musée du Louvre ©

transitar hacia lugares inaccesibles para los vivos. *El fin no puede ser el fin*: nada confirma esta ficción que aún tranquiliza a millones. Como si la vida fuera una adictiva novela que nos resistimos a cerrar, escribimos cientos de continuaciones posibles, ubicándolas en los lugares más desorbitados. Si sumerios y asirios ya habían narrado esos mundos después del

la mera boca del infierno. Muy pronto se topa con Abundio, uno de los hijos ilegítimos de su padre y el primero de sus guías; luego, confrontará a otros moradores de la región. En este descenso, atiborrado de voces entrecortadas y silencios ominosos, poco a poco arma el rompecabezas que le revela las historias de su padre, ese tal Pedro Páramo, sus querellas

### ***La muerte es una de nuestras mayores ficciones: acaso porque no existe en tanto que nadie puede narrarla.***

mundo —y puesto en práctica los rituales para encaminarse hacia ellos—, los egipcios nos legaron su vívida imaginación mortuoria en miles de papiros atiborrados de conjuros —o instrucciones— que los difuntos debían recitar para no perderse en el trayecto. De ellos se desprenderán, de Orfeo a Jesús, otros tantos descensos a los arcanos de la muerte.

Hay quienes insisten en sumergirse en el *Libro egipcio de los muertos* no como en un manual para los difuntos, sino para los vivos. En esta versión, la muerte, el llamado, el reconocimiento de uno mismo, el trayecto a través de las tinieblas, las pruebas y los monstruos, la confesión negativa, la ceremonia del peso del corazón y el ascenso hacia la luz serían solo pasos simbólicos o místicos. Los conjuros se transforman en recetas para un autoexamen en el que no se requieren jueces divinos: basta con tu propia conciencia. ¿Creían los egipcios en esta interpretación casi psicoanalítica de sus conjuros?

“Ve a Comala porque allá vive tu padre [...] estoy segura de que le dará gusto conocerte”. A partir de ese exhorto, Juan Preciado emprende el camino hacia ese pueblo que se halla en

y amoríos y, a fin de cuentas, la espinosa trama que lo une con él. Solo al final del trayecto, Juan Preciado acabará por discernir que cada uno de los personajes con quienes se ha topado está tan muertos como él mismo.

*Pedro Páramo* (1955) es nuestro *Libro mexicano de los muertos*: una senda iniciática en la cual, tras recibir la llamada a la aventura en voz de una potencia femenina —su madre—, Juan Preciado se embarca en un descenso a los infiernos disfrazado de cuento de fantasmas rural. Lo más escalofriante es que, como el difunto egipcio que despierta momificado en un sarcófago —una escena que también se evoca en *El corazón delator* de Poe (1843)—, tardará mucho en darse cuenta de que él también está muerto. El camino en busca de su padre, escoltado por Abundio (y cuyo nombre suena tan parecido al de Anubis), lo llevará a este encuentro consigo mismo. Por su parte, Pedro Páramo también ansía la luz —“con tal de que no sea una nueva noche”, se dice— y añora a su propia Isis: Susana San Juan.

Al menos en la parte final de la novela de Rulfo, Pedro Páramo adquiere un temple semejante al de Osiris: un dios que se desmorona como un montón de piedras. **U**



## UN VIAJE AL INFIERNO

### ENTREVISTA CON MARCELA TURATI

Diego Salazar

**E**n 2010, 72 migrantes fueron asesinados en San Fernando, Tamaulipas. Esta masacre reveló una cotidianidad espantosa. En aquellos meses, autobuses de pasajeros con migrantes o ciudadanos mexicanos que pasaban por la ciudad eran detenidos por miembros del crimen organizado. Bajaban a muchos de sus pasajeros para saquearlos y después asesinarlos. La periodista Marcela Turati comenzó a cubrir el hallazgo de las fosas con los cadáveres desde 2011. Realizó centenares de entrevistas que convirtió en un coro de voces con el cual explora los mecanismos y la lógica criminal que gobiernan México, un país donde "la política de Estado es la impunidad, la simulación, el ocultamiento". Esta investigación mereció el Premio de Periodismo Javier Valdéz Cárdenas 2021.

Durante los más de diez años que tardó en escribir *San Fernando: Última parada*. Viaje al crimen autorizado en Tamaulipas (Aguilar, 2023), Turati permaneció en un estado mental a medio camino entre el miedo y la obsesión. Cuenta que durante sus investigaciones, una madrugada salió a caminar por la carretera que recorrieron aquellos autobuses para reconstruir el trayecto mortal que tantas víctimas se había cobrado.

**¿Por qué decides contar la historia de forma coral, con todas estas voces, en muchos casos no identificadas, que terminan construyendo una especie de historia hablada del infierno mexicano?**

Cuando escucho de viva voz los relatos, me cala mucho; hay una cosa extraordinaria en esas voces, en todos estos supervivientes. Son hombres y mujeres que han recorrido y recorren un laberinto burocrático lleno de puertas falsas en busca de verdad y justicia —una verdad y una justicia que se les niega por sistema—, y que aún así siguen adelante. Son capaces incluso de sobreponerse al horror de lo sucedido para contar su historia y las de sus familiares desaparecidos. Yo quería que, de cierta forma, el lector pudiera escuchar esas voces en primera persona.

**¿Cómo hace uno como periodista para seguir adelante en esta espiral descendente que es la investigación de este libro, en donde cada nuevo**

**caso, cada nuevo hecho, cada nuevo documento te va abriendo una puerta más espantosa que la anterior?**

Yo creo que por eso tardé tanto. Pasé por muchas etapas. Durante la primera, cuando empiezan a sacar los cuerpos en la morgue, me quedé sin palabras. Recuerdo que iba por la revista *Proceso* sin poder hablar, como loquita, sin poder decir nada durante mucho tiempo. De ahí surgió una de mis mejores crónicas, creo, porque la escribí con un enojo, una indignación brutales. Después empecé a tener sueños de los cadáveres, no muy frecuentes, pero cada tanto los veía en sueños como pidiendo ayuda.



Rancho y bodega donde fueron encontrados 72 migrantes asesinados en San Fernando, Tamaulipas. Fotografía de © Duilio Rodríguez (2019)

**Además de la evidente dificultad de lidiar tú misma con información tan dura como la que tienes entre manos, ¿te preocupaba cómo iba a recibir el lector o lectora la violencia que se narra en estas páginas? Al final del libro dices: “Defender la verdad es una lucha por la vida. En las zonas de silencio están desapareciendo a las personas, se ven obligadas a abandonar todo y a salir, o tienen que buscar a sus familiares en fosas, como en San Fernando. Por eso hay que echar luz sobre estas historias, para que no se repitan”. ¿Cómo hace uno para que el lector o la lectora se enfrente a todo esto sin cerrar el libro?**

Mucha gente me dice que no ha podido terminar de leer mi libro anterior [Fuego cruzado: Las víctimas atrapadas en la guerra del narco, Grijalbo, 2011]. Que se quedó

en el segundo o tercer capítulo, que lloró mucho y tuvo que parar. Para mí eso fue un gran fracaso. Durante años me he preguntado por qué no pude encontrar algo esperanzador que lo hiciera más digerible, cómo es que no pude contarlos de otra forma. Creo, por otro lado, que eso también me detenía mucho a la hora de escribir sobre San Fernando, porque pensaba que tenía que hallar un cierre que no fuera: “Nos van a matar a todos”, “aquí todos nos vamos a morir”. Eso demoró mucho. Mi gran desafío era, por un lado, que la gente no sintiera un horror tal que la hiciera abandonar la lectura, pero por otro lado ser capaz de narrar lo acontecido siendo fiel a la realidad y la memoria de los muertos. El reto era que el texto no resultara parali-



La bodega actualmente está abandonada e intervenida. Fotografía de © Duilio Rodríguez (2019)

## ¿Por qué mencioné a tal persona? ¿Habré puesto en peligro a esta otra que me contó su historia?

zante, y que a la vez el libro no solo relatará las muertes, sino que ofreciera una explicación de la historia, las causas de esta crisis y su contexto; tenía que lograr que se entendiera que nuestro destino no es el horror, que hay cosas que podemos y debemos cambiar.

**En el prólogo dices que te preguntaste “si hay cosas que no deben escribirse”. Y dices también: “Todavía ahora, a más de una década de que empecé mi investigación, cuando escribo sobre los hechos ocurridos en San Fernando, enfrente el mismo dilema: ¿Qué puedo publicar y qué debo quitar? ¿Cuánta dosis de mentira tiene cada documento que conseguí? ¿De qué forma se puede mencionar algo, o a alguien, sin ponerlo en riesgo?”.**

Tengo algunas culpas acumuladas a propósito de esta investigación sobre San Fernando, porque tiene una serie de características que hacen que el dilema ético sea aún más difícil de dirimir. Los crímenes siguen sin ser castigados y, de hecho, continúan ocurriendo. Muchas de las personas protagonistas y víctimas de estos sucesos espeluznantes son vecinas; siguen viviendo unas al lado de otras. En esas circunstancias, decidir qué escribir y qué no, qué dejar fuera y qué contar, tiene costos mucho más altos. Como digo en el libro, todavía hoy no estoy segura de que las decisiones que tomé, tanto en el texto como en los reportajes que fui escribiendo a lo largo de los años, hayan sido siempre las correctas.

**Y dices también, a propósito de eso, que has aprendido que “los mecanismos de la impunidad**

**se sirven de esas culpas y miedos paralizantes para impedir que sigas buscando verdades”.**

Llevo años haciéndome esas preguntas. ¿Por qué publiqué esto? ¿Por qué no busqué más? ¿Por qué mencioné a tal persona? ¿Habré puesto en peligro a esta otra que me contó su historia? ¿Esa señora habrá leído la descripción que hice del cuerpo de su hijo? Esos dilemas producen una tensión particular en quien los vive. Cuando una lidia con material tan sensible y tiene que tomar decisiones así continuamente, esa angustia muchas veces se desborda. A lo largo de los años he dejado de ver gente con la que estaba trabajando o amigos, porque no podía procesar todo lo que tenía delante. Ahora, con el libro en la mano y luego de leerlo, algunos de ellos me han dicho: “Ya entendí por qué no nos tomabas las llamadas; ya entendí las historias que te habitaron todos estos años”. Otra culpa que todavía padezco es que yo creo que, de haber podido, habría estado tres años más con el libro. Porque yo siento que todavía me faltó: hubo cosas que dejé fuera y que podría haber seguido buscando. Tengo la sensación de que requería más información, de que necesitaba meterme a una cárcel; por todo eso, para mí todavía está incompleto.

**¿Y eso también te paralizó?**

Así es. Eso también me hacía imposible avanzar. Porque cuando debía estar escribiendo, yo seguía acumulando documen-

tos y testimonios, persiguiendo historias. Pero me di cuenta de que en realidad la impunidad hace algo similar: fragmenta expedientes, inventa mentiras, crea versiones contradictorias, oculta información, te lleva a dudar de todo. Cuando me di cuenta de eso, de sus mecanismos y operaciones, decidí que tenía que seguir adelante y contar lo que sabía de la mejor manera posible: siendo honesta conmigo misma y con los lectores, sabiendo que no se trata de una verdad completa, que hay piezas que faltan y que en algunos casos incluso pude haberme equivocado. Elegí ser transparente, porque es necesario que sepamos esto que cuento en el libro, aun cuando el relato sea incompleto y fragmentado.

**¿Tienes algún ejemplo de algo que quedó fuera o está incompleto y te obsesiona aún?**

Por supuesto: el autobús que la gente dice que está enterrado con todo y pasajeros. Yo creo que eso es cierto, que existe y debe estar ahí. Ese autobús es una obsesión para mí. Sigo pensando que tuve que indagar más hasta dar con él y con las víctimas que, según cuentan, están enterradas. Yo iba prácticamente sola, nunca llevé escolta, y siempre iba muy asustada. Ese miedo también me da culpa, porque a veces pienso que ir tan asustada quizá hizo que no buscara más, que no fuera más, y por eso no lo encontré. Y me arrepiento.

***Pero, según relatas en el libro —y según las voces de los testimonios que reproduces—, prácticamente todos te dijeron que salieras corriendo, que era muy peligroso lo que estabas haciendo.***

Sí, eso es verdad; mucha gente ahí en San Fernando quiso protegerme.

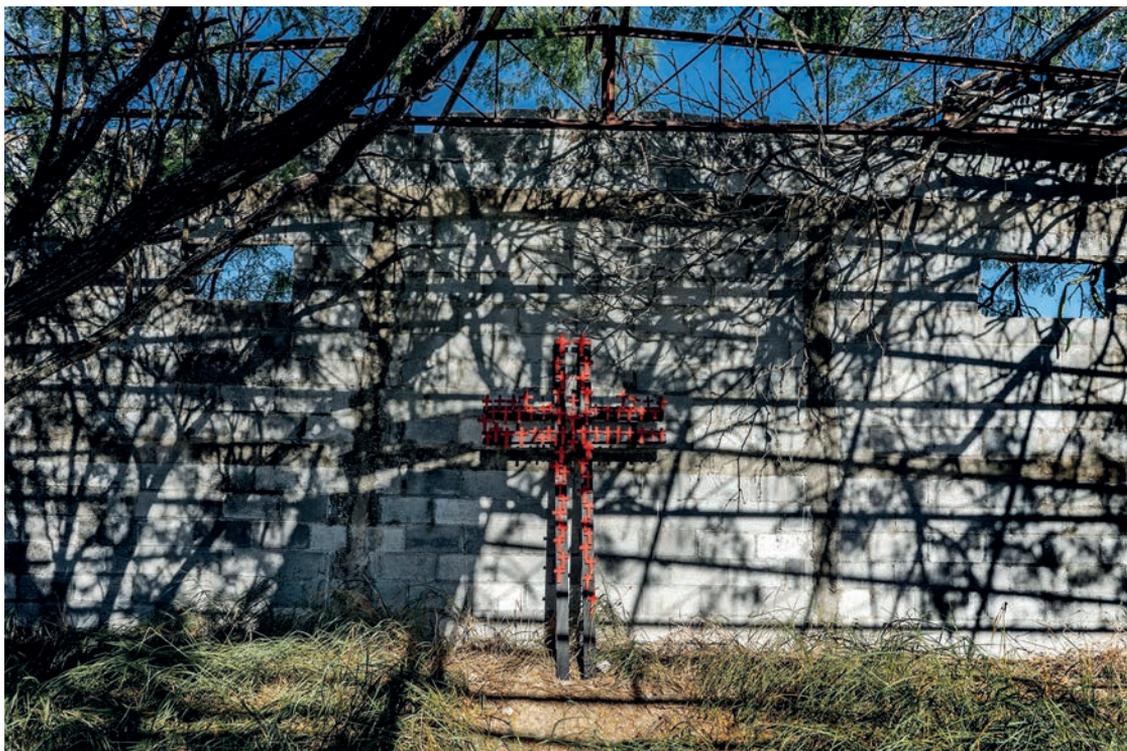
**¿Y cómo te protegías tú misma?**

La primera vez entré con dos amigos, reporteros de Nuevo León; fuimos en su carro. Yo pasé toda la noche angustiada, en vela, pensando que iban a ir por nosotros al hotel. Las siguientes ocasiones fui sola y entraba con los sacerdotes en las misas de conmemoración de los 72 migrantes. Me mezclaba con la gente que iba a la ceremonia, y ya dentro me subía a otro carro. Ya tenía amigos ahí con los que me quedaba y me llevaban a entrevistar gente. Sin embargo, en varias oportunidades fui sola, porque en San Fernando todo el mundo desconfía de los demás. Yo dormía en casas distintas y en algún momento alguien me dijo: "¿Sabe bien dónde se está quedando? Porque esa casa es de tal..."

**¿Cuál fue la experiencia que más te asustó?**

Una noche, en San Fernando, sin decirle a nadie, salí a caminar por la carretera de madrugada rumbo a la terminal siguiendo el recorrido de los autobuses en los que viajaban los desaparecidos. De pronto dije: "¿Qué estoy haciendo? ¿Quiero desaparecer? ¿Que me desaparezcan a mí también para saber qué les pasó?". Me entró un miedo terrible y le llamé a unos amigos que fueron a buscarme y me llevaron a Monterrey.

***En un momento del libro te preguntas si es posible asomarse a una oscuridad como esta "sin quedar atrapada o ser succionada por ella".***



Antimonumento por los 72 migrantes asesinados. Fotografía de © Duilio Rodríguez (2019)

Todo el tiempo una está pensando que puede ser succionada. Hubo muchos periodos fuertes, emocionalmente duros, a lo largo de los años. El peligro de quedar atrapada en esta oscuridad siempre está presente. Porque en realidad no es solo este libro; es toda una cobertura de desapariciones y asesinatos de periodistas, una cobertura intensiva que he realizado, por lo menos, desde 2008. Siempre digo que me agarré a un cable de alta tensión y se me derritieron las huellas dactilares; se me quemaron tanto que ha habido periodos largos en los que no podía escribir nada. En otros momentos sentía que había perdido la sensibilidad ante lo que estaba viendo y escuchando, periodos en los que yo misma era tan brutal que tenía que decirles a mis editores: "Ojo, yo ya no mido qué puede aguantar el lector".

***¿Cómo crees que hace la gente en San Fernando, quienes literalmente han quedado atrapados en esa oscuridad, para seguir con sus vidas?***

Eso es algo que me sorprendió en su momento. En San Fernando vi mucha normalización. Tantas personas sencillamente se habían acostumbrado a esa situación. Podían estar contándote las cosas más espantosas como si se tratara de una anécdota más. Hasta cierto punto es comprensible porque son personas que llevan años conviviendo con la muerte, y de alguna manera tienen que sobrevivir. Es el caso de una chica de la secundaria, por ejemplo, que cuando iba a la escuela todos los días veía cómo bajaban a los migrantes de los autobuses. Doce o trece años después hablé con ella y con su papá. El señor me contaba muchas cosas y en un momento le dice:



Manifestación por el asesinato de Javier Valdez Cárdenas, 2017. Fotografía de ProtoplasmaKid ©

“Mija, cuéntale cómo era cuando ibas a la escuela”. Y ella me cuenta y empieza a llorar desconsolada. El papá nunca la había visto así, no sabía que ella tenía ese trauma. Mientras me contaba, se le veía el miedo que tenía todavía en la piel. Al final le dijo a su papá que ella tenía miedo de que se lo llevaran a él. Nunca habían tenido esa charla entre ellos. Llevaban años hablando de que ahí “bajaban gente” como una anécdota más, pero no habían procesado la experiencia hasta ese día.

***Imagino que esa normalización no ocurre entre quienes han sido víctimas directamente, en los familiares de los desaparecidos o asesinados.***

Es distinto en esos casos, sí. Ahí tienes casos como el del señor Román, el papá peregrino — como lo llamo en el libro —; per-

sonas que vienen de otro lado y a las que se les mete en el cuerpo esa urgencia y la obsesión por buscar y encontrar a sus familiares desaparecidos. El señor Román buscaba a sus dos hijos. Ha recorrido ya cuarenta o cincuenta veces el trayecto buscándolos y sigue. Pero hay otras personas que se desconectan. Su manera de sobrevivir es dejar atrás lo ocurrido. Una mujer con la que hablé, que vio unos cinco años atrás cómo bajaban a su esposo, me dijo que no le preguntara más, que había tratado de olvidar. Me dio todos los recortes de periódico, toda la información que tenía, las entrevistas que había dado y me dijo que por favor ya no la buscara nunca más. Y también hay gente que incluso cuando ya tiene el cuerpo de su familiar, continúa. En un inicio buscaban la verdad, conocer qué le pasó a su hijo, a su marido.

Los que han podido saber algo, entonces dicen: "Bueno, ahora quiero justicia". Y siguen adelante. Quieren que se deslinden responsabilidades. También hay quienes, al enterarse de lo que pasó, cuando ven esos expedientes, las fotos espantosas, cuando leen los testimonios de los Zetas, se enferman y se van para abajo. Doña Bertila, una madre salvadoreña, me dijo que ella quería ponerse una bomba y hacerse explotar en la embajada de México. Lo pensó el Día de la Madre. Sintió que enloquecía, y cuando me lo contó lloraba y lloraba. Así se sentía hasta que vio y entendió que había madres mexicanas que estaban sufriendo como ella. Para los centroamericanos esto resultaba muy fuerte: ver que en México tampoco cuidan a los mexicanos.

***Porque, como dices, "la política de Estado es la impunidad, la simulación, el ocultamiento".***

Así es. El libro en realidad podría tener otro título, porque esto no pasa solo en San Fernando. Esta historia ha pasado en muchos lugares del país. Lo diferente es la Comisión Forense, la intervención del Equipo Argentino de Antropología Forense y las organizaciones. Pero todo lo demás es lo mismo. No hay ninguna prevención, ninguna protección. La gente está completamente desprotegida ante las autoridades. Nadie te dice que circular por una carretera o pasar por un lugar es muy peligroso. Luego aparecen las fosas. Y entonces viene el ocultamiento de las fosas. Y más adelante inventan una verdad histórica. Presentan chivos expiatorios, confesiones de torturados. Lo último que les interesa es devolver los cuerpos e investigar.

Esta historia se ha repetido muchas veces en distintos lugares del país.

***Hay algo que te dice una madre, refiriéndose a las autoridades: "No hacen más porque saben que, si buscan, ellos mismos se encuentran".***

Por eso hablo de "crimen autorizado" en el subtítulo del libro, porque se trata de diferentes capas de criminalidad, al punto que de que ya no hay frontera entre el crimen organizado, con uniforme o sin uniforme. En efecto, como decía esa madre, en las fosas las autoridades no buscan porque saben que sus huellas dactilares están ahí. Si siguiéramos los papeles que firmaron sabríamos quién mandó a cremar a diez migrantes porque se le dio la gana, quién no revisó las maletas abandonadas para identificar a esas personas que se llevaron, quién le dijo a una señora que habían encontrado a su hijo y que luego lo perdieron. Eso lo vemos en todos los casos. Resulta muy difícil, por no decir imposible, distinguir quiénes son los criminales y quiénes "los buenos" cuando, como está relatado en el libro por la gente del lugar y por gente que estuvo en las exhumaciones, hay fosas que evidentemente no son de los Zetas. Hay fosas que son de la Marina o del Ejército, y está claro que hubo muchas ejecuciones extrajudiciales. Por todo esto, en el caso de San Fernando, no hay ningún sentenciado, no hay nadie procesado ni pagando por lo ocurrido. No hay ningún funcionario público en la cárcel. Lo que hay son mandos militares o policiales reciclados y en plena actividad. Y eso da terror. **U**



Henri Rousseau, *El león hambriento se arroja sobre el antilope*, 1905. Fondation Bayeler ©



## EL HAMBRE DE NUESTROS DIOSSES

*Bernardo Esquinca*

**L**a hora de la fogata era el momento preferido para contar historias en el campamento del Parque Nacional Kruger. El ritual más antiguo de la humanidad tenía un escenario inmejorable en esa reserva de 20 mil kilómetros de sabana, ubicada en Sudáfrica, entre las provincias de Mpumalanga y Limpopo. Milton había llegado allí procedente de la Ciudad de México con el encargo de realizar una crónica sobre el safari para ver a los llamados "cinco grandes": elefantes, leopardos, búfalos, leones y rinocerontes. Su editor en jefe quería una nota atractiva para la página de ocio del periódico; sin embargo, lo que le interesaba a Milton era escribir un reportaje sobre el lado oscuro del Kruger: la caza furtiva, en especial el asesinato de elefantes y rinocerontes, codiciados por sus colmillos y sus cuernos. Tenía en mente incluir dicho texto en un libro que preparaba sobre el absurdo mundo del turismo de animales, algo que le había tocado atestiguar a lo largo de su carrera como periodista de viajes.

Samuel, el guía sudafricano, les había contado ya algunas historias truculentas en los dos días anteriores, relacionadas con el parque, y ahora que se había sentado junto a la fogata para asar unas salchichas, con su ropa de camuflaje y el clásico sombrero redondo de safari, Milton sospechaba que se había guardado la mejor para esa última noche, antes de que el campamento concluyera. Entre las anécdotas, había una que llamó su atención, pues le serviría para su libro: la de un cazador furtivo que había sido arrollado por un elefante; algo que el guía calificó como un acto de justicia poética. La cabeza del sujeto quedó aplastada

como una fruta podrida —palabras textuales de Samuel. Al lado del cuerpo se encontró un teléfono celular que las autoridades utilizaron para dar con sus cómplices. Los funcionarios del parque se encargaron de que la noticia recibiera una importante cobertura en los diarios locales, y aprovecharon para lanzar una advertencia: en el Kruger los cazadores ilegales podían perder la libertad; también la vida.

—¿Qué estás esperando, Sammy? —dijo Lula, una norteamericana que estaba de luna de miel junto con Andrew, su esposo—. Quiero que cuentes la historia antes de que me emborrache...

Milton había aborrecido a la pareja de gringos desde el momento en que los conoció. Eran altaneros, vulgares; creían que lo merecían todo por venir del primer mundo. Representaban la clase de turistas que Milton buscaba criticar en su libro: tras haber observado una buena cantidad de especies durante el primer día del safari, y de mencionar de manera constante lo mucho que amaban a los animales, regresaron al restaurante del campamento para devorar albóndigas, carne seca y filete de avestruz. Le recordaban a la misma clase de personas que había visto en Tepic o en Los Cabos, que tras regresar de un tour para admirar ballenas, se daban un atracón en las marisquerías.

—Pero esta vez debes sorprendernos —exigió Andrew—. O presentaré mi queja en la gerencia.

Samuel permaneció impassible. Estaba acostumbrado a tratar con todo tipo de gente: el parque Kruger recibía un millón de visitantes cada año. El guía masticó lentamente su salchicha, lamió la grasa que le escurría por los dedos, y luego dijo con tono complaciente:

—Está bien, les hablaré del guardabosques mutilado.

Milton sintió una punzada en el estómago. La noche anterior había soñado con un hombre al que le faltaba una pierna.

Había algo más en la pareja de gringos que irritaba a Milton, y que tenía que ver con esa mezcla de euforia e inocencia que emanaban los recién casados. Con dos divorcios a cuestas y en vísperas de cumplir cuarenta, el periodista había aprendido que esa felicidad era pasajera, que más temprano que tarde la rutina y los pleitos se encargaban de convertir a dos personas enamoradas en enemigos. Sin embargo, Lula y Andrew estaban en el comienzo de la vida matrimonial, y por lo tanto en su apogeo: ese momento donde el futuro no importa porque el presente carece de bordes. Lula y Andrew se hacían arrumacos, hablándose con una ternura empalagosa, pero también se besaban de manera apasionada, mordiendo sus labios y succionando sus lenguas, con esa mezcla de cursilería y erotismo que resulta insoportable para quienes están condenados al papel de espectadores. En el fondo, Milton sabía que los envidiaba, y eso era lo que terminaba de fastidiarlo: el haber viajado miles de kilómetros para descubrir que sus fracasos amorosos seguían pesándole.

Durante el primer día de excursión, la camioneta Toyota en la que el periodista viajaba con otros turistas se detuvo en un tramo del sendero para observar a unos leones que descansaban a la sombra de un árbol. Samuel les había advertido que cada vez que hicieran un alto para observar animales debían permanecer en silencio —especialmente si se trataba de felinos—, para no asustarlos y poder mirarlos por más tiempo, pero también por la seguridad de todos. Desobedeciendo al guía, Lula había lanzado un “¡Acá, gatitos!” mien-

tras levantaba un brazo para llamar su atención y obtener una mejor fotografía, lo que provocó que el macho se alzara sobre sus cuatro patas con una velocidad escalofriante. Samuel se vio obligado a pisar el acelerador para evitar un ataque.

Tras el incidente, Lula y Andrew se habían puesto a reír y a hacer bromas, motivando al guía a contar la primera de sus historias: la de un turista que había rentado un carro —en el Kruger se podían contratar guías o ir por cuenta propia— y que, en algún punto de su recorrido, sacó de manera imprudente el brazo para tomar la fotografía de un leopardo. En segundos, el felino se precipitó sobre él, arrancándole la extremidad de una mordida. Antes de llegar al puesto de socorro, el turista había muerto desangrado: las autoridades del parque encontraron el auto detenido en medio del camino, rodeado de buitres y hienas.

Esa misma noche, cuando terminó la cena y los huéspedes se retiraron a sus habitaciones, ubicadas dentro del campamento, Milton descubrió que sus vecinos eran los recién casados. Por la madrugada, los escuchó gemir durante largos minutos, mientras la cabecera de la cama golpeaba de manera exasperante contra la pared. Andrew soltaba bufidos de animal salvaje, pero Lula hablaba: “Qué rico me coges. Me voy a venir, no pares”, a lo que siguió el sonido de unas nalgadas. Milton pensó en masturbarse, pero se sintió patético. Decidió salir a dar un paseo por los alrededores del campamento, a pesar de que estaba prohibido hacerlo por la noche. Vio algunos babuinos que merodeaban por la terraza del restaurante, y luego distinguió, a lo lejos, la luz de una fogata.

Mientras se aproximaba, comprendió que asistía a algo a lo que no estaba invitado, así



A.C. Gomes & Son, *Hombres cargando un colmillo de marfil*, ca. 1890. Northwestern University ©



Paul Gauguin, *El final real*, 1892. Getty Museum ©

que se escondió detrás de un árbol. En torno al fuego había cinco figuras, cuyas cabezas estaban cubiertas por cestos tejidos con la raíz de alguna planta; en el cuerpo llevaban una pechera y una falda, confeccionadas con algo similar a la paja. Lo más inquietante era que los cestos tenían agujeros a la altura de los ojos; la luz de las llamas sacaba destellos a las pupilas, lo que confirmaba que detrás de esos espantapájaros había seres humanos. Una sexta figura, ataviada de igual manera pero más alta que las otras, se les unió, sosteniendo un cuchillo. Milton pensó que se trataba de un chamán y que el resto eran niños. De manera inesperada, el chamán se inclinó ante uno de ellos; le abrió la falda, sujetó el pene con una mano, y con la otra procedió a cortar el prepucio, mientras un chorro de sangre se proyectaba hacia su máscara. Milton no pudo seguir mirando; sintió una arcada y un mareo. Se dio la media vuelta, y corrió hacia el hotel, espantando a su paso a los babuinos, que se dispersaron rompiendo el silencio de la noche con sus chillidos.

Minutos después, Milton soñó con el hombre mutilado. Pensó que no podría dormir después de lo que había atestiguado; sin embargo, el cansancio ocasionado por el largo viaje desde México lo sumió en un sueño inquieto. El hombre mutilado estaba en un cruce de caminos del parque Kruger, rodeado de penumbra. Era de piel oscura, labios gruesos y nariz ancha. Vestía el uniforme verde de los guardabosques de la reserva; incluida una gorra con el logotipo del parque. Todo en él parecía normal, salvo por un detalle: le faltaba la pierna izquierda, que había sido cercenada por encima de la rodilla. Extrañamente, el hombre mutilado se mantenía en pie, sin apoyarse en nada. Sonreía, mostrando una dentadura muy blanca, pero su mirada estaba perdida: parecía no darse cuenta de la presencia del periodista. Milton se aproximó, con la intención de escrutar su rostro. Los labios del hombre mutilado temblaban, su quijada estaba tensa. Milton comprendió que no sonreía, sino que intentaba hablar, haciendo un gran esfuerzo: tenía las venas de las sienes inflamadas y unas lágrimas escurrían por su rostro. El hombre mu-

tilado permanecía en un trance. Al final, pudo decir una sola palabra. Milton la escuchó con claridad antes de despertarse: *zimwi*.

—Les contaré la historia del hombre mutilado —repitió Samuel, y dio otra mordida a su salchicha.

Lula se levantó, le arrebató la comida y regresó a su lugar junto a la fogata. Había bebido demasiada cerveza y estaba ebria, al igual que Andrew. El desplante que acababa de cometer era acorde con su personalidad: le exigía al guía, de manera infantil, que empezara su relato. Samuel miró con condescendencia a la turista y asintió. No era sometimiento, sino paciencia. Milton reflexionó: aquellos que están acostumbrados a convivir con animales aprenden a tolerar a los humanos.

—En este parque suelen desaparecer personas —inició por fin Samuel—. La más conocida fue la de Pat Mashego, un guardabosques que se perdió hace diez años, mientras rastreaba a un grupo de turistas que se habían salido de la ruta. Los turistas regresaron, pero Pat no. Durante meses las autoridades lo buscaron, sin resultados. Su familia llegó a quejarse de que no se estaba haciendo lo suficiente para encontrarlo. Pat tenía tres hijos, y cinco nietos, y era el sostén económico de todos ellos. Ante la presión, el portavoz del parque anunció que se le había hecho una oferta a la esposa de Pat para que trabajara en el parque, pero ella se negó. El caso nunca se resolvió y el guardabosques se convirtió en una presencia ubicua en la reserva, no solo por el escándalo que rodeó el caso, sino porque, literalmente, hay personas que afirman que se lo han encontrado en distintos sitios...

—¿Han visto su fantasma? —preguntó Andrew, con un brillo de excitación en los ojos.

—No exactamen... —Samuel no pudo continuar, porque Lula lo interrumpió:

—Obvio que a su fantasma, tonto —dijo, dirigiéndose a su marido, mientras le arrebató la cerveza. Luego le preguntó al guía—: ¿Cómo es? ¿Anda por aquí?

—Quienes lo han visto dicen que le falta una pierna —respondió Samuel—. Pero no es un fantasma.

—¿Entonces qué es? —preguntó Andrew, que había recuperado su cerveza y le daba tragos ansiosos.

Samuel se levantó y les lanzó una mirada a Lula y a Andrew carente de bondad. Milton pensó que el guía no estaba molesto: le daba pereza seguir conversando con gente ordinaria.

—No lo entenderían —respondió Samuel.

Y luego se alejó de la fogata, con rumbo a su cabaña.

Milton encontró al guía en la terraza, bebiendo amarula, un licor de crema demasiado azucarado para su gusto. Sin embargo, tuvo que aceptar un vaso por cortesía cuando Samuel se lo extendió. El periodista estaba interesado en la historia de Pat Mashego porque había soñado con él, pero también porque intuía que aquella anécdota era necesaria para su libro: el lado oscuro del turismo en Sudáfrica no podría explicarse sin ahondar en las supersticiones locales.

El matrimonio gringo no había hecho las preguntas correctas, pero él era periodista. Tras darle un trago a su vaso con amarula, Milton dijo:

—¿Quiénes han visto al guardabosques desaparecido?

—Distintos trabajadores del parque —respondió Samuel—: recamareras, meseros, gente de limpieza, incluso otros guardabosques.

## Siempre que alguien busca a otra persona, se pierde. Es la historia de los exploradores, de los obsesos, de los románticos.

Milton los había observado: la mayoría eran nativos. Y debían de ser bantúes, el término que agrupaba a cuatrocientas etnias. Leer sobre el sitio al que viajaba era parte de su trabajo.

—La historia de Pat podría tener una explicación lógica —dijo Milton—: fue devorado por un predador o víctima de cazadores furtivos. Pero es evidente que hay otra, relacionada al folklore...

Samuel se sirvió otro vaso con amarula y lo vació de un trago.

—La tradición dice que los muertos siguen en el mundo de los vivos. Y que estos no desaparecen mientras exista alguien que los recuerde. La memoria de Pat sigue muy presente aquí en el Kruger.

—¿Por qué dijiste que no es un fantasma?

—Porque no es la palabra correcta. En el idioma zulu es un *umkovu*.

—¿Qué quiere decir?

Samuel miró su vaso vacío, mientras meditaba si debía servirse más licor. Finalmente lo dejó sobre la mesa, antes de responder:

—Zombie.

Los ruidos de los babuinos inundaron la terraza. A veces parecían ladridos, otras chillidos; Milton pensó que sería difícil describirlos cuando regresara a México y llegara el momento de redactar su nota. Para un hombre de la ciudad, la inmersión en la vida salvaje representaba el contacto con la otredad; quizá por eso había visto a muchos turistas sentir hambre después de contemplar animales: era su manera de asimilar aquello que no podían entender. Se acordó del segundo día de excursión, cuando el vehículo se detuvo junto a un riachuelo en el que unas hienas despeda-

zaban el cadáver de un búfalo. En medio del festín, una leona se había aproximado, ahuyentando a sus rivales y quedándose con el premio. Lula y Andrew grababan entusiasmados la escena con sus celulares, mientras Milton, perplejo, no dejaba de ver en aquel episodio una metáfora de las relaciones humanas.

Bebió más amarula, que lo tenía sumido en una embriaguez meditativa, y le confesó a Samuel:

—La otra noche soñé con Pat. Lo vi parado en una sola pierna. Parecía reír y sufrir al mismo tiempo.

Samuel asintió. Si estaba sorprendido, no lo demostró.

—¿Te habló? —preguntó.

—Sí. Le costó trabajo porque parecía paralizado.

—Eso describe a un *umkovu*. ¿Qué te dijo?

—Una sola palabra: *zimwi*. ¿Sabes lo que significa?

Samuel se quedó pensativo, mientras escogía con cuidado sus palabras.

—Hace referencia a un monstruo de la mitología bantú —dijo al fin—. Literalmente, quiere decir ogro.

—Supongo que no es amigable...

Samuel negó con la cabeza.

—Es un devorador de humanos. Si yo perteneciera a la cultura bantú, te diría que la invocación de un *zimwi* hecha por un *umkovu*, significa algo muy concreto...

—¿Qué?

—Hay una historia que nunca cuento en las fogatas —respondió Samuel, como si cambiara de tema—, porque ahuyentaría a los turistas. Hace unos años, una camioneta se perdió durante una excursión a la reserva. Nunca se encontró ni al vehículo ni a sus tripulantes. No dejaron rastro y hasta la fecha no hay ex-

plicación a lo sucedido. Lo único que sé es que, una noche antes, uno de los turistas soñó con un *umkovu*...

Milton sintió una sed apremiante, como si tuviera resaca.

—¿Qué significa entonces mi sueño? —preguntó.

—Un presagio.

El periodista recordó la escena que había visto en la fogata con los niños enmascarados y el chamán, y se la relató a Samuel.

—Es un ritual de circuncisión bantú —respondió el guía—. Pero no lo hacen en el campamento: perderían su trabajo. Quizá lo soñaste...

—Y si lo soñé, ¿qué significa? ¿También un presagio?

En ese momento, un grito sacudió la quietud del campamento.

Milton y Samuel corrieron hacia la zona de la fogata. Quien había gritado era uno de los guardabosques: acababan de despojarlo de su

vehículo. El hombre estaba muy alterado, pero una vez que logró calmarse, les relató que dos turistas ebrios —Lula y Andrew, Milton no tenía duda—, lo habían hecho bajar del jeep con engaños, y que luego se lo robaron. Antes de alejarse, los gringos le habían gritado que iban en busca de “un fantasma”.

Samuel le dio instrucciones al guardabosques para que avisara sobre el incidente a las autoridades, y luego subió a otro jeep. Milton no le preguntó si podía acompañarlo; brincó al asiento del copiloto, mientras el guía arrancaba en busca de los recién casados.

—Se tomaron muy en serio lo de Pat —dijo Samuel, preocupado—. Debería tener cuidado con las cosas que cuento...

—No es tu culpa —Milton quiso tranquilizarlo—. Son imprudentes y estaban borrachos.

El guía no dijo nada más. Condujo el jeep por el sendero de la reserva con una lentitud desesperante: las reglas no permitían rebasar los



Anónimo, *León muerto con fila de africanos*, ca. 1900-1920. Northwestern University ©

40 kilómetros por hora, pues los animales cruzaban libremente. Los faros iluminaban el camino de terracería, pero el resto del paisaje era inescrutable.

—Si los gringos atropellan a algún animal —dijo Samuel, al cabo de unos minutos—, no me lo perdonaré.

El guía estaba más preocupado por la fauna que por los turistas. Milton no lo juzgó.

Media hora después, encontraron el jeep volteado a un lado del camino. Samuel y Milton bajaron del vehículo, pero el matrimonio no se veía por ningún lado. El guía sacó una linterna de la guantera y se puso a revisar el pastizal y las ramas de los arbustos cercanos. Tras unos minutos, localizó un rastro que se internaba en la sabana y le hizo una seña al periodista para que lo siguiera.

Puedo morir aquí, pensó Milton. Puedo pisar la cola de una serpiente o cruzarme en el camino de un predador. Podría convertirme en una más de las leyendas que se cuentan en la fogata del parque Kruger: la del periodista que murió intentando rescatar a unos turistas borrachos. Siempre que alguien busca a otra persona, se pierde. Es la historia de los exploradores, de los obsesos, de los románticos. Y, sin embargo, no tengo miedo, porque todo lo que he hecho en mi vida me condujo aquí, a este momento, por alguna razón...

Samuel se detuvo de manera abrupta, sacando a Milton de sus reflexiones. A unos metros había un árbol, y una serie de figuras que lo rodeaban. El guía apagó la linterna, para no delatarse. A la luz de la luna, el periodista pudo distinguir algo que lo perturbó: las mismas figuras con máscaras y vestimenta de paja que había visto la otra noche en la fogata. Los niños estaban acompañados por el chamán y su inseparable cuchillo. Pero Milton

vio otra cosa, que lo inquietó aún más: Lula y Andrew estaban amarrados al árbol.

El guía permaneció impassible.

—¿No vamos a hacer nada? —preguntó Milton.

—Es más complejo de lo que parece —respondió el guía.

El chamán pronunció unas palabras en bantú. Samuel tradujo: *el hambre de nuestros dioses, que no están muertos...*

Después, en una coreografía que parecía ensayada, los niños y el chamán comenzaron a retroceder, hasta perderse en la negrura de la sabana. Milton aprovechó para dar un paso al frente, pero Samuel lo sujetó de un brazo. Luego le señaló con la cabeza hacia un punto a la derecha.

Una figura antropomorfa, de gran tamaño, avanzaba hacia el árbol. Lo hacía en dos patas, de manera amenazante, igual que los cuadrúpedos cuando se yerguen. Parecía un oso, pero Milton sabía que en la reserva no había osos.

—Zimwi —dijo Samuel—. Corre y no mires atrás.

Milton obedeció. Corrió lo más fuerte que pudo, sintiendo una mezcla de vergüenza y frustración: era consciente de que jamás podría escribir sobre todo aquello, sobre las leyes de un mundo que no era para turistas pero que los necesitaba, sobre su cobarde huida, sobre los gritos de Lula y Andrew mientras eran sacrificados para mantener el equilibrio en el reino atroz del parque Kruger. **U**

Kikyz1313, *Simbionte*, 2020.  
Cortesía de la artista ▶



**ARTE**

# POR VER NO SE COBRA

César González-Aguirre

*Lo que siempre me ha fascinado es cómo le gusta a la gente detenerse  
y observar las consecuencias de los accidentes.*

Enrique Metinides

Desde su infancia, Enrique Metinides (Ciudad de México, 1934-2022) fotografió los infortunios del azar. En una de sus primeras tomas, de 1948, un niño de su edad observa las consecuencias de un accidente entre un coche y un tren que dejó dos muertos. La imagen documenta un hecho trágico y a la vez a su testigo. En futuras fotografías, los mirones se convertirán en uno de sus motivos para indagar en los efectos sociales del dolor, el miedo y el duelo que habitan en esta megalópolis.

La psique de nuestra sociedad, marcada por el deseo de sobrevivir a pesar de todo, se despliega en las imágenes de *El Niño* Metinides, como lo apodaron sus colegas adultos al inicio de su carrera. Y aquel deseo se manifiesta en la mirada de cientos de personas que acompañan la escena de uno y múltiples crímenes retratados por el autor. Por ver no se cobra, pero sí se participa en actos, pactos y rituales que proceden de un contexto situado y, a su vez, de un tiempo de larga duración cultural.

La presencia de la observación colectiva en la fotografía de Metinides es prueba de una catástrofe que se vive de forma cotidiana y compartida en nuestro tiempo. El autor encontró en los mirones una manifestación de las pulsiones simbólicas y afectivas de grupos socialmente marginados. A través de la gestualidad de algunos de sus retratados, es posible entender que la mirada que circunda los sucesos documentados no actúa únicamente con morbo o atracción por el sufrimiento ajeno, sino también como un reflejo de la vulnerabilidad propia y, por tanto, representa un acto de reconocimiento en el dolor del otro.



Enrique Metinides, sin título, ca. 1964. Cortesía Archivo Enrique Metinides



Enrique Metinides, sin título, Ciudad de México, ca. 1964. Cortesía Archivo Enrique Metinides



Enrique Metinides, sin título, Ciudad de México ca. 1962. Cortesía Archivo Enrique Metinides

“Cuando cruzaba avenida Chapultepec a la altura de la calle Monterrey, alrededor de las 14:00 horas del domingo 29 de abril de 1979, la señorita Adela Legarreta Rivas fue arrollada por un automóvil Datsun color blanco. Su cuerpo quedó prensado contra un semáforo”.

Enrique Metinides



Enrique Metinides,  
Adela Legarreta Rivas es  
arrollada por un automóvil  
Datsun color blanco.  
Avenida Chapultepec,  
Ciudad de México, 1979.  
Cortesía Archivo  
Enrique Metinides





Enrique Metinides, sin título, Ciudad de México, ca. 1967. Cortesía Archivo Enrique Metinides



Enrique Metinides, sin título, Ciudad de México, ca. 1969. Cortesía Archivo Enrique Metinides

“Cuatro hermanos miran cómo su padre pelea con su madre. Él le dispara y después se suicida. Preferí fotografiar los efectos en la familia, la tristeza de los niños, en lugar del horror y el drama del asesinato, no como las fotografías que vemos hoy en día”.

Enrique Metinides



Enrique Metinides, sin título, Ciudad de México, 20 de noviembre de 1964. Cortesía Archivo Enrique Metinides

Kikyz1313, *Safe Spaces*, 2020.  
Cortesía de la artista ►



**PANÓPTICO**

## UNA EXTRANJERA EN EL IDIOMA PROPIO

ENTREVISTA CON  
CLARA OBLIGADO

*Pablo Berthely Araiza*

*"Nada de lo que recordamos es verdad. Nada de lo que imaginamos es mentira", escribió Clara Obligado (Buenos Aires, 1950), seguramente, en su casa de Madrid, recargada en el viejo escritorio con una cubierta de cuero desgastada que heredó de su padre, como él lo hizo de su propio padre y éste del bisabuelo. Una mesa de trabajo que cruzó, como Clara, el océano Atlántico.*

Clara es la cuarta generación de escritores que llevan el apellido de un viajero que a finales del siglo XVII decidió dejar la comodidad económica del pueblo de Calañas, en Huelva, para instalarse en las orillas del río Paraná, en Argentina.

Dicen que la historia no se repite, pero sí rima. En la biografía de Clara Obligado es fácil encontrar reflejos simétricos con su línea genealógica. Sin embargo, en esta familia literaria, que tiene su origen en España y su destino en Argentina (o viceversa), hay una característica que Clara mantiene en exclusiva: escribir desde el exilio.

En 1976 llegó a Madrid huyendo de la dictadura argentina. Ahí escribió y publicó desde la periferia, construyó una casa lejos de casa, fue madre y abuela. Desde ahí, configura una obra literaria que se sostiene en los pilares de la memoria y la imaginación, en la verdad y la mentira, en el norte y, sobre todo, en el sur.

**Tienes apellido literario ¿Pesa más de lo que beneficia?**

No creo que mi apellido me haya beneficiado. No puedo negar que crecer con una biblioteca grande

Clara Obligado. Fotografía de © Manuel Yllera.

◀ Cortesía de la editorial Páginas de Espuma



en casa fue un regalo, pero cuando yo vivía en Argentina asociaba el oficio de escribir con ser hombre, poeta y de derechas, como lo eran en mi familia. Tardé mucho en asumirme como escritora.

Una vez, ya en España, estaba haciendo un trámite y me dijeron: "Ah, Obligado, la escritora". Y yo contesté con toda naturalidad: "No, no, el escritor era mi bisabuelo". En aquel entonces yo ya tenía quince libros publicados.

***Entonces, tú no querías ser escritora. La escritura te resultaba pomposa por el registro masculino que encontrabas en ella, ¿qué pasó?***

Sigo pensando que ser escritora es una desgracia. No entiendo a la gente que se vanagloria de serlo. Yo nunca quise ser escritora y cada vez que termino un libro pienso que es el último. Me digo: basta, esto se acabó, no más. Pero nunca lo cumplo. Soy escritora, sí, pero lo sigo diciendo con la boca pequeña. No me parece algo presumible. Cuando a la gente le llama la atención que soy escritora, a mí me llama la atención que eso les resulte interesante.

***Al llegar a España optaste por enseñar a escribir, antes incluso que escribir tu propia obra.***

Eso es lo que ha hecho que mi vida sea feliz: sentarme cotidianamente en una mesa con personas a las que les gusta leer y les gusta debatir sobre lo que leen y lo que escriben. Es un trabajo que no me regalaron, pero que considero un regalo. Es lo que más disfruto: leer y conversar.

***¿Escribir es reciclar lecturas? ¿Hacer con las palabras materia orgánica?***

Partiendo de que me considero lectora más que escritora, yo utilizo la lectura como solución a la escritura: cuando no sé sobre qué escribir, leo; cuando no sé cómo escribir, leo. Escribo por admiración, escribo desde lo que los demás han escrito. Escribo desde la tradición. Entonces, sí, escribo reciclando materia orgánica.

***Antes de las palabras, escribiste en uno de tus libros recientes, están los sentidos...***

La literatura, desde la aparición del cine, ha tendido a recargarse prioritariamente en la vista. A mí me gusta hacer un ejercicio en el taller: narrar como si fuéramos ciegos. En la literatura es tan importante lo que decimos como lo que no decimos. Desapegarnos de la vista, y trabajar con el resto de los sentidos, ayuda a narrar sin perder el control de lo que no decimos. No es fácil. El camino sencillo es contar solo con la vista, pero eso a mí nunca me ha interesado. Me gusta que los textos tengan olor y textura.

***Que significa ser extranjera en el idioma propio.***

Es una idea de la que fui cobrando conciencia poco a poco. Cuando yo llegué a España tenía pocas expectativas de generar un sentido de pertenencia; llegué queriendo volver a Argentina, esperando cada minuto a que se reinstalara la democracia en mi país. El tiempo hizo otras cosas conmigo, pero me permitió entender, entonces, que jamás de los jamases, en el

## **Si las escritoras jóvenes nos olvidan a las escritoras anteriores, nos estamos equivocando.**

país de la Real Academia, mi castellano iba a ser aceptado como un castellano de primera. Siempre iba a ser cuestionada. Recuerdo que una de las primeras cosas que sentí como bestial al llegar a España fue descubrir que una editorial cambiaba palabras de *Pedro Páramo*, para que supuestamente se entendiera mejor. Yo me sentía perdida en un país que se permitía corregir a Rulfo. Estábamos perdidos.

**Había entonces una pulsión de hegemonía española por dominar todo el idioma. ¿Han cambiado las cosas?**

Siempre se avanza. Yo soy optimista, pero hoy en día reto a que alguien encuentre una palabra que sea considerada un "españolismo" en el diccionario de la Real Academia; no la hay. La entelequia del idioma es España, todavía. Un país en el que no se hablan las cosas problemáticas. Un país de silencios ante esta clase de debates.

También me importa resaltar que existe un movimiento bastante crítico conformado por las nuevas escritoras latinoamericanas, que vienen golpeando muy fuerte porque son muy buenas. Hay gente que quiere discutir y problematizar estos temas. Qué bueno. Pero este avance, que de a poco ha ido sumando, no debe olvidar sobre qué está sumando. Si estamos creando el mundo en cada nuevo libro, nos estamos equivocando. Si las escritoras jóvenes nos olvidan a las escritoras de generaciones previas, nos estamos equivocando. De la misma manera, mi generación no debe

olvidar a las escritoras que nos trajeron aquí. No debemos caer en esa idea masculina de tener que cortar con lo que había atrás y con lo que viene adelante. Me preocupa porque creo que no está sucediendo con tanta claridad: ¿cuántas escritoras latinoamericanas de mi generación están publicadas en España? ¿No basta con ser mujer y latinoamericana? ¿Hay que ser novedad?

**Has escrito cuento y novela, pero la ficción no fue el terreno más cómodo para reflexionar sobre la escritura extranjera.**

Mis textos siempre han tendido a lo ensayístico. Incluso los que se dice que son de ficción. Pero creo que no se entendieron en su momento. Hace años tomé la decisión de incluir un prólogo en mis libros para sugerir caminos de lectura; esto lo hice porque me di cuenta de que no se entendían.

En cambio, los ensayos me fueron muy fáciles de escribir y creo que se han entendido muy bien, pero es lo mismo que he dicho durante cuarenta años. Insisto, me demoré dos meses en escribir *Una casa lejos de casa* y otros dos meses en *Todo lo que crece*. Este tipo de ensayo me resulta una escritura muy sencilla. Lo difícil para mí es escribir ficción: establecer un mundo y no solo escribir los razonamientos de una persona.

**Estos dos títulos parecen ser el lado A y el lado B del mismo libro.**

Sí, yo siempre escribo las cosas de a dos. Me parece que un solo libro no alcanza para

hacer lo que a mí me interesa: decir una cosa y decir también su contradicción.

Es el caso de este par de libros. El primero es sobre perder la tierra, perder la identidad nacional. Y el segundo es sobre ganar el planeta, ganar la posibilidad de modificar nuestro espacio, es la caída de las fronteras.

***La literatura erótica, esa etiqueta que durante años clasificó a las autoras de tu generación, es para ti una cara de la literatura política, ¿cierto?***

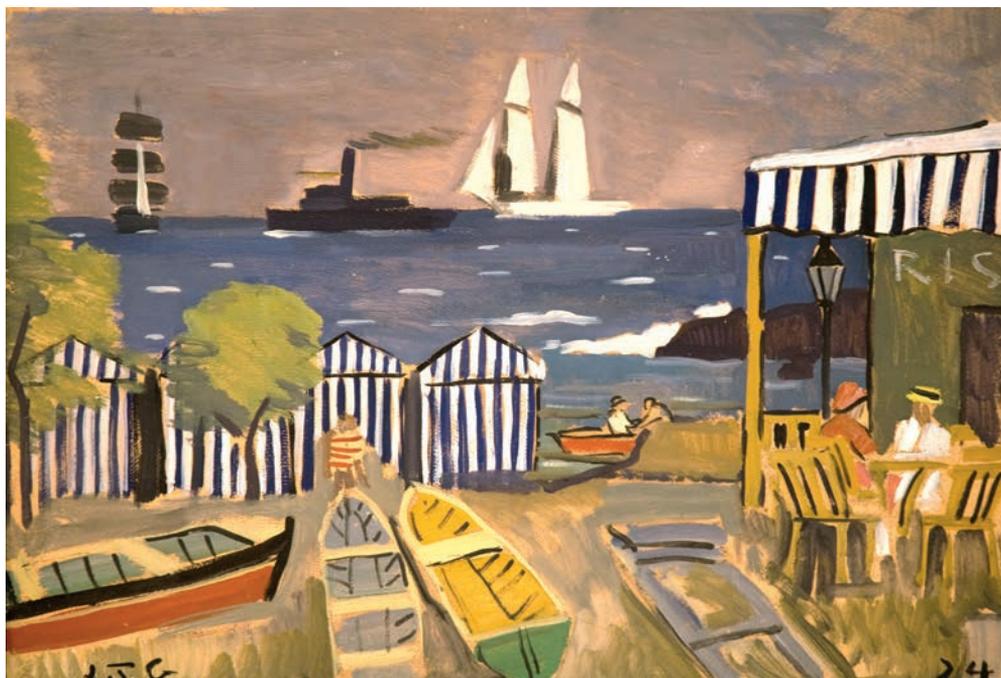
En mi novela *La hija de Marx* destaco la idea de que la revolución de las mujeres se hace en el cuerpo. Las mujeres de mi generación militamos, fuimos torturadas y morimos igual que los hombres y, sin embargo, fuimos borradas de la efeméride.

Al llegar a España me di cuenta de que los hombres escribían sobre los grandes hechos de cierta manera, y las mujeres escribíamos sobre esos mismos momentos a través del cuerpo.

Nosotros perdimos, por eso nos tuvimos que ir, por eso nos exiliamos. Pero nosotras, las mujeres de mi generación, en esa derrota ganamos algo: la libertad del cuerpo. A eso alguien le llamó literatura erótica.

***Escribiste que sueles vivir en lugares de los que siempre puedas huir. ¿Se puede huir de la literatura?***

No, porque la literatura es la huida. Quien vive en los libros siempre está lejos. Un libro, dice Emily Dickinson, es la mejor



Joaquín Torres García, *Paisajes de playa*, 1924. Museo Nacional de Artes Visuales de Uruguay ©

nave para viajar lejos. No hay tirano, ni siquiera el más terrible, que nos pueda quitar la imaginación. Lectura e imaginación, eso nos hace libres.

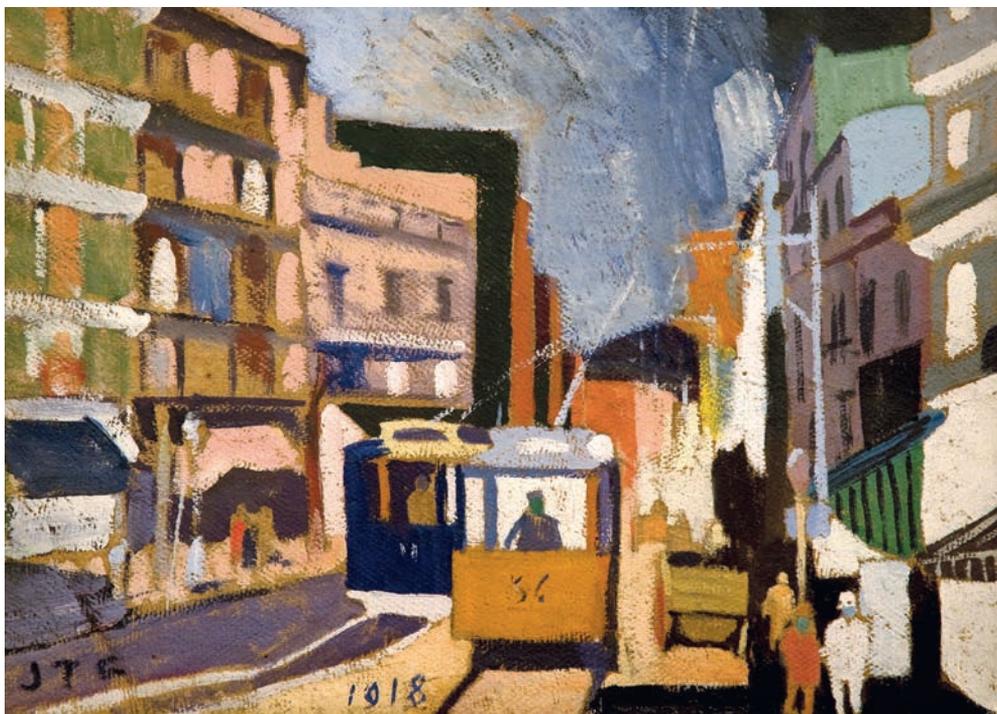
***Tus libros invariablemente concluyen con un apartado de agradecimientos. Para el lector curioso, estos sirven como pistas para trazar el detrás de cámaras de tus obras.***

Tengo muy buenos amigos y me gusta cultivar la amistad. He escrito gracias a lo que generosamente me han dado otros y a las ideas que les he robado. Hay un montón de gente que, de manera totalmente desinteresada, me ha regalado conocimiento para mis libros. Lo mínimo que puedo hacer es darles las gracias a esos coautores.

Y por otro lado está mi familia, que me aguanta cosas que son inenarrables y que en cada libro merecen un sello de gratitud.

***Has vivido más tiempo en España que en Argentina, ¿algún día podrías renunciar a la nostalgia de tu tierra?***

No. Hay algo en Latinoamérica que no hay en Europa, se llama pasión. Esa pasión a veces nos lleva a cosas espantosas. Es un caos nuestro continente, lo sé, pero a mí me enriquece como nada y creo que merece la atención de los que estamos afuera. España ofrece mucha tranquilidad y muchas ventajas, pero hay debates que solo se pueden tener en América Latina. **U**



Joaquín Torres García, *Paisajes de ciudad*, 1918. Museo Nacional de Artes Visuales de Uruguay ©

## MIGRACIÓN: DIEZ AÑOS DESPUÉS Y UN RECONOCIMIENTO A LA PERSEVERANCIA

Claudia Amaro

Hace unas semanas, cuando llegaba a un evento donde recibiría un reconocimiento como emprendedora en mi comunidad de Wichita, Kansas, vi con sorpresa un gran rótulo con mi fotografía y la palabra PERSEVERANCIA. En ese instante me di cuenta de que exactamente diez años atrás me arrestaban en la frontera entre Nogales, México y la ciudad de Nogales en Estados Unidos, por formar parte de una desobediencia civil llamada *Bring Them Home*. Se trató de una campaña organizada por la NIYA (National Immigrant Youth Alliance), una coalición de grupos activistas que luchan desde hace años por los derechos de los inmigrantes en los Estados Unidos, especialmente por los *Dreamers*. Esta acción se llevó a cabo para llamar la atención sobre las injustas deportaciones y la separación de las familias.

Cada año, cuando llega esa fecha, recuerdo todo el camino que he recorrido. Mi padre fue asesinado en México a finales de la década de 1982 y mi madre, sola y con cuatro hijas, decidió migrar, con el sueño de sacarnos adelante y dejar atrás un doloroso pasado. Fue una etapa difícil para mí. Afortunadamente tenía doce años y no tardé en aprender inglés ni en acostumbrarme a la forma de vivir en ese nuevo país. Sin embargo, había un problema: nuestra visa de turista había vencido y ya no calificábamos para la última amnistía que el gobierno estadounidense otorgó a las personas migrantes. Yo quería ser periodista, pero ninguna

Campo, California, 2023.  
Fotografía de Greg Bulla. Unsplash © ▶



## ***En mi experiencia, a México le gusta atender y servir a los extranjeros, pero no perdonan a los mexicanos o sus descendientes que regresan.***

institución educativa me aceptaba sin un documento de residencia legal en el país. Con el paso de los años nos mudamos a California, donde pude estudiar un curso de comunicaciones en una escuela privada. Después llegamos al que considero mi hogar, al estado de Kansas. Tenía dieciocho años. Mis hermanas y yo creamos un grupo de jóvenes en una iglesia local y ahí empecé a involucrarme en la comunidad. Nació en mí una devoción por la comunidad latina, que me parecía vulnerable, con necesidad de ayuda y de que se les mostrara cómo funcionan los sistemas en Estados Unidos. Muchos miembros de la comunidad eran víctimas de abuso ya que la información y los recursos legales y jurídicos en español escasean.

### **EL SUEÑO AMERICANO CONVERTIDO EN PESADILLA**

A finales de los noventa conocí a mi esposo en Wichita. Nos casamos y en el año 2000 nació nuestro único hijo. Mi esposo tampoco tenía documentos; él llegó a Kansas en 1989, también siendo muy joven. Llevábamos una vida tranquila y feliz, pero la situación cambió para nosotros, los inmigrantes, después del 11 de septiembre de 2001. En Kansas, como en otros estados, endurecieron las leyes para los inmigrantes, entre ellas el acceso a licencias de conducir. Mi esposo fue arrestado a mediados de 2005: lo detuvo la policía mientras conducía a su trabajo. Como no traía licencia fue entregado a las autoridades migratorias. Ambos fuimos detenidos ese mismo día. Mi hijo se quedó esperándonos a la salida del preescolar, hasta que un familiar pasó a recogerlo.

Nunca en mi vida me imaginé estar en una celda. Creo que nadie está preparado para eso. Esa primera vez fue escalofriante. Logré salir al día siguiente con una fianza que pagó mi familia, pero el caso de mi esposo parecía más complicado y tardó más tiempo en ser liberado. Estuvimos litigando durante casi un año hasta que fue deportado a México en enero de 2006. Mi hijo y yo lo alcanzamos allá un mes después.

### **UNA SOCIEDAD NO PREPARADA PARA LA IDENTIDAD BICULTURAL**

En 2006, el gobierno de turno en México no aceptaba nuestras identificaciones estadounidenses como documentos válidos. Los documentos mexicanos con fotografía más recientes que mi esposo y yo teníamos eran apenas los de la secundaria, con nuestras fotos de cuando éramos adolescentes. Así estuvimos casi un año: indocumentados en nuestro propio país. Fue un tiempo muy difícil. En mi experiencia, a México le gusta atender y servir a los extranjeros, pero no perdonan a los mexicanos o sus descendientes que regresan. Mi hijo sufrió mucho acoso escolar por haber nacido en Estados Unidos y nos enfrentamos a un elitismo muy marcado. Además, la violencia derramaba cada día más y más sangre en el país. Nos tocó vivirla en carne propia: una noche de 2012, dos policías secuestraron a mi esposo. Fue una noche muy larga. A cambio de dinero, lo liberaron a las afueras de la ciudad esa misma noche.

La experiencia del secuestro de mi esposo y el acoso escolar que sufrió mi hijo, entre otras cosas, me hicieron ansiar volver a lo que considero mi hogar. En ese momento enfrenté una lucha conmigo misma por definir mi identidad, pues amo ser mexicana



Tecate, Baja California, 2021. Fotografía de Greg Bulla. Unsplash ©

pero simplemente yo ya no encajaba en la sociedad mexicana. No sé si las sociedades monoculturales de los dos países no estaban preparadas para el surgimiento de una nueva identidad bicultural, o si yo me había convertido en un Frankenstein con partes de aquí y de allá. Sentía que estaba en una isla, que ya no era aceptada por ninguna de las dos culturas que influyeron en mí. Si volteaba hacia atrás no había un pasado y si trataba de ver hacia adelante no veía futuro. Ahí inició mi búsqueda afanosa por volver a casa, para estar cerca de mi mamá, de mis hermanas y por recuperar la vida que había dejado en Kansas.

## EL CAMINO DE REGRESO A CASA

En el verano de 2013 impartía clases en la Universidad Autónoma de La Laguna. Los fines de semana me la pasaba frente a mi computadora, escribiendo y compartiendo mis experiencias y reflexiones con otras personas que buscaban lo mismo que yo: encontrar la manera de regresar de una manera legal.

Una tarde, cuando regresaba de la Universidad, recibí la llamada que cambió mi vida y la de mi familia. Uno de los líderes de NIYA me invitó a participar en un acto de

desobediencia civil en la frontera. Conocían mi historia por medio de los grupos en las redes sociales donde yo participaba con frecuencia. Un grupo de jóvenes ya estaba en la frontera preparándose para la acción cuando me llamaron, así solo tuve unas horas para decidir. Irme a la frontera de Nogales sin conocer a nadie parecía una locura, pero también era la única opción que tenía para regresar a casa.

Esa noche lo platicué con mi esposo. Decidimos que iríamos nuestro hijo y yo y él nos alcanzaría después. Al día siguiente salí con una mochila, y acompañada de mi hijo. Las horas del viaje parecían eternas. Yo no sabía muchos detalles sobre la desobediencia civil, solo que estaríamos asesorados por abogados y que era incierto cuánto tiempo permaneceríamos detenidos.

No pude pegar el ojo durante la noche previa a la mañana del 22 de julio de 2013. Estábamos listos desde temprano para la conferencia de prensa antes de la acción que me regresaría a casa. Éramos ocho personas, hasta ese entonces desconocidas entre nosotras, que crecimos en Estados Unidos y que por diversas circunstancias habíamos

salido del país y ahora buscábamos regresar a casa. Nos tocaba usar nuestras voces para denunciar la injusticia de la separación de familias provocada por las deportaciones. Después de la conferencia de prensa, marchamos por las calles de Nogales, Sonora; ocho personas vestidas con nuestros atuendos de graduación, un símbolo del movimiento de los *Dreamers*.

Decenas de personas marchaban junto a nosotros, gritando y cantando frases de apoyo. Al otro lado de la valla de alambre, dentro de los Estados Unidos, había otro grupo de personas apoyándonos y sosteniendo carteles con nuestros nombres. Fue una sensación indescriptible de amor, de fortaleza, de justicia.

Al momento de presentarnos ante las autoridades migratorias en la garita, yo fui la primera del grupo en pasar. Una vez dentro, se unió a nosotros un noveno *Dreamer* que, al enterarse de nuestra acción por las noticias, acudió a entregarse solo a las autoridades fronterizas. A partir de ese momento la prensa nos llamó *The Dream 9*. Esa misma noche los nueve fuimos transportados a un centro de detención a 140 millas de la frontera; al día siguiente nos llevaron al Centro de Detención de Eloy, en Arizona, donde permaneceríamos durante el resto del tiempo.

Fueron un total de diecisiete días. Las demás personas bajo custodia tenían prohibido hablar con nosotros. Tenían miedo, pero estaban impactados por lo que escuchaban en las noticias. Nos pasaban servilletas por debajo de la mesa durante las comidas con notas de apoyo o pidiendo ayuda. Cuando escucharon por las noticias que nuestro grupo de mujeres se había declarado en huelga de hambre, al menos otras setenta mujeres detenidas se unieron en solidaridad con

nuestra acción. La experiencia vivida dentro del centro de detención aún me causa sentimientos encontrados. Fueron días difíciles, llenos de angustia e incertidumbre. Al mismo tiempo, fueron días en los que experimenté los límites del amor y la solidaridad humana al escuchar las historias de otras mujeres retenidas ahí.

Una vez que salí, empezó mi lucha por traer a mi esposo a casa. El 22 de septiembre de 2013 mi esposo se entregó a las autoridades fronterizas acompañado de un equipo legal. Al igual que yo, fue transportado a Eloy Arizona, solo que esta vez tuvimos que esperar dos años y tres meses para que recuperara su libertad. En diciembre de 2015, un par de días antes de Nochebuena, él fue nuestro regalo de Navidad. Después de una larga lucha legal, salió bajo fianza y pudo regresar a nuestro hogar en Kansas.

Es trillado decir que el sistema migratorio de Estados Unidos está roto, pero sí lo está. Ya son diez años desde *Bring Them Home*, aquella acción de *The Dream 9*, y aún no hay señales de una reforma migratoria y ni mi esposo ni yo hemos podido conseguir estabilidad legal en este país. Nos tomó casi diez años recuperar apenas un poco de lo material que perdimos en aquel lejano 2006 con la deportación de mi esposo. Ambos hemos obtenido el prestigio, el respeto y el cariño de una comunidad, pero no hemos podido conquistar al sistema migratorio de este Estados Unidos, que nos sigue negando la oportunidad de vivir con la tranquilidad de no repetir la pesadilla de una deportación. Mientras tanto, seguiremos viviendo en la perseverancia hasta que las legislaciones de este país entiendan que la mayoría de los migrantes venimos a sumar y no a quitarle nada a nadie. **U**

## 28 800 PATITOS DE HULE EN MIS VENAS

Agustín B. Ávila Casanueva

*Del mar adentro en la sangre  
Que persigo  
Santa Sabina*

El buque *Ever Laurel* se acercaba a la línea internacional de cambio de fecha —de su lado aún era 10 de enero de 1992— en el norte del océano Pacífico cuando la tormenta en la que se encontraba arreció. La tripulación observaba impotente cómo algunos de los contenedores que transportaban caían al mar. En total, perdieron a doce de ellos.

Uno de los contenedores naufragados desparramó 28 800 *Friendly Floatees* en las corrientes del océano Pacífico. Los *Floatees* son una colección de juguetes de baño para niños: castores rojos, ranas verdes, tortugas azules y, obviamente, patitos amarillos. Estos muñecos venían embalados en empaques de cartón que se degradaron rápidamente con el agua marina y, a partir de ese momento, hicieron aquello para lo que fueron diseñados: flotar. La merma para una tripulación es el tesoro de otro hombre.

En 1992, Curtis Ebbesmeyer ya era un recolector experto de naufragos flotantes. Ebbesmeyer obtuvo su doctorado en oceanografía en la Universidad de Washington en 1973, y después de casi veinte años de estudiar y mapear las corrientes oceánicas, la fortuna —que, según Louis Pasteur, favorece a las mentes preparadas— tocó a su puerta en la forma de una nota en un

Botellas de plástico en las playas de Mare aux Vacoas, Mauricio, 2018. Fotografía de Julia Joppien. Unsplash © ▶



## Los microplásticos recorren nuestro cuerpo, avanzan con las mareas hématicas que con cada latido genera nuestro corazón.

periódico de Seattle en mayo de 1991. Miles de tenis *Nike* estaban encallando en las costas de Washington debido a un naufragio parecido al de los *Floatees*. En aquella ocasión cayeron por la borda cinco contenedores —aunque al analizar los números de serie de los tenis recuperados, se dieron cuenta de que solo cuatro se abrieron— con un total de 61 280 tenis vertidos en la misma zona del océano Pacífico.

Ebbesmeyer y sus colaboradores estaban acostumbrados a soltar objetos en puntos estratégicos en medio del mar e intentar recuperarlos en las costas algunos meses después. El primero de los grandes experimentos fue a lo largo de los últimos cuatro años de la década de 1950, cuando liberaron 33 869 botellas de vidrio en el norte del Pacífico. En la década de 1970 soltaron 21 615 cerca de la costa de Oregon, y entre 1955 y 1971 fueron un total de 148 384 botellas en los alrededores de las costas del noroeste de México y California. Las botellas son herramientas muy sencillas: están hechas de vidrio, con un tapón hermético y una nota dentro que contiene un identificador para cada botella y las instrucciones para contactar a los investigadores. Ebbesmeyer y su equipo de trabajo saben exactamente dónde y cuándo liberaron cada botella, así que, cuando reciben un mensaje sobre una que llegó a alguna costa, lo incluyen dentro del modelo de las corrientes del Pacífico que llevan décadas construyendo.

La liberación accidental de 61 280 tenis en un solo momento era una oportunidad que no se podía dejar pasar. Ebbesmeyer y sus colegas rápidamente se pusieron en contacto con

los salvavidas y los grupos de voluntarios encargados de supervisar y limpiar las playas para que les avisaran de cualquier avistamiento de un cúmulo de tenis en las costas. Como era difícil distinguir cuáles eran parte del naufragio de los contenedores y cuáles provenían de cualquier otro origen oceánico, los investigadores decidieron anotar aquellos reportes de más de cien tenis varados en las playas al mismo tiempo. Con esta estrategia, lograron identificar 1600 unidades de los 61 280. Tal vez una tasa de recuperación de 2.6 por ciento suene desalentador, pero no está lejos de lo que lograban con las botellas, con las que obtenían reportes del 2.8 por ciento. Ebbesmeyer y su equipo vertieron los datos obtenidos del calzado en un programa de su creación llamado OSCURS —las siglas en inglés de Simulaciones de las Corrientes Superficiales Oceánicas—, que predijo que los tenis llegarían a Hawái a mediados de 1992 —un poco más de dos años después de que los tenis naufragaran—, y a Japón un par de años más tarde.

Los patitos de hule comenzaron a llegar a tierra firme el 16 de noviembre de 1992, diez meses después de su naufragio. Los encontraron cerca del golfo de Alaska. Desde ese momento, y hasta agosto del siguiente año, se recuperaron cuatrocientos juguetes flotantes, algunos de ellos deslavados por el agua y el sol: patos y castores blancos, y ranas y tortugas que mantenían sus tonos verdes y azules. Esta información fue alimentada a OSCURS, que predijo que, a partir de ese momento, los juguetes que continuaban naufragos girarían en contra de las manecillas del reloj, alejándose del golfo de Alaska y, en enero de 1994, entrarían al mar de Bering, donde quedarían atrapados por el hielo



Hong Kong, 2020. Fotografía de Rostyslav Savchyn. Unsplash ©

estacional. Mediante ciclos de congelamiento y deshielo, arrastrados por las corrientes árticas, los patos, castores, tortugas y ranas lograron llegar a Islandia e Inglaterra entre 2000 y 2003, así como a la costa oeste de Estados Unidos, y a Francia en 2007.

Estudiar el plástico a la deriva en las décadas de 1980 y 1990 era algo útil y positivo para la ciencia, al igual que valioso y entretenido para la prensa. En la actualidad es también una de nuestras más grandes preocupaciones. Hemos encontrado bolsas de plástico de supermercado a más de diez mil metros de profundidad en la Fosa de las Marianas. La Gran Mancha de Basura del Pacífico, también llamado el Continente de Plástico, es una isla hecha de desechos plásticos tres veces más grande que Francia que flota en el norte del Pacífico, cerca de donde naufragaron los contenedores de los tenis y patitos.

Nuestra relación con el plástico nunca había sido tan íntima. Los microplásticos —partículas de menos de cinco milímetros

de diámetro— han navegado hasta encontrar otras mareas y otros latidos, otro mar adentro en la sangre: se encuentran dentro de nuestras venas. Los imagino flotando junto con el resto de las células: eritrocitos rojos, glóbulos blancos, plaquetas café y, obviamente, minúsculos patitos amarillos recorriendo mi cuerpo. ¿Qué me pueden contar estos patitos sobre mi sangre, sobre mis corrientes y mis mareas? ¿Dónde pre-decimos que puedan encallar?

En noviembre de 2022, investigadores de la UNAM y el IPN, coordinados por Shruti Venkata y Gurusamy Kutralam del Instituto de Geología de la UNAM, publicaron un estudio sobre los microplásticos de la Ciudad de México. El equipo de investigación colocó recolectores en siete puntos distribuidos a lo largo de la ciudad —entre diez y quince metros sobre la superficie—, en regiones tanto residenciales como industriales y, durante 2020, recolectaron 215 muestras de material particulado, es decir, los sólidos suspendidos en la atmósfera.



Botellas de plástico. Imagen de Freepik ©

Los resultados muestran que un adulto promedio respira cerca de 2.4 microplásticos al día. La que alguna vez fue la región más transparente del aire sufre una concentración mayor de microplásticos en las zonas de Tlalnepantla, La Merced y la Central de Abastos. En otro cálculo, que incluye también a los microplásticos que ingerimos con cada comida y bebida de nuestra elección, Marina Robles, titular de la Secretaría del Medio Ambiente en la Ciudad de México, declaró en noviembre de 2021 que cada habitante de la Ciudad de México ingiere en promedio el equivalente a una tarjeta del metro en microplásticos a la semana.

Los microplásticos que respiramos —dos de cada tres de color azul, dos de cada tres hechos de celofán y tres de cada cuatro con forma de fibra—, pasan por nuestra nariz, nuestra tráquea, entran a nuestros pulmones y encallan en los alveolos más profundos. En un reportaje realizado por Iván Ortiz y sus colaboradores para *Corriente Alterna*, la doctora Patricia Medina, investigadora del Instituto Nacional de Enfermedades Res-

piratorias, explica que esto puede generar desde una deficiencia de oxígeno hasta aumentar significativamente las probabilidades de desarrollar cáncer de pulmón.

Los microplásticos recorren nuestro cuerpo, avanzan con las mareas hemáticas que con cada latido genera nuestro corazón y se detienen en el hígado y en el riñón. Los microplásticos están presentes en las primeras excreciones de los recién nacidos; conquistaron sus entrañas aún antes de que vieran la primera luz. También habitan nuestro cerebro, donde suelen hacer puerto en el hipocampo, región donde se forman nuestras memorias a largo plazo, como si quisieran tapar y oscurecer el faro que nos regresa a casa y nos da identidad.

El plástico, además, es bastante durable: cruzará océanos de tiempo. Es momento de dejar de ser los participantes pasivos que lo monitorean y lo dejan flotar a la deriva. Hagámonos responsables. ¿Bajo qué corriente flotará, en quinientos años, el plástico que ahora tienes en la mano? ¿Navegará por el mar, por el aire o por la sangre? **U**

## EL SILENCIO DE LOS DISIDENTES

Ari Volovich

*En las mazmorras, un simple parpadeo  
puede significar un guiño de insurrección.*

La primera vez que fui testigo de un verdadero acto de disidencia fue en marzo de 1994, cuando fui parte, aunque brevemente, de las filas del Ejército de Defensa Israelí (EDI). Mi pelotón estaba formado, al rayar el alba, en la explanada gris de nuestra base militar, ubicada en un lugar indeterminado del desierto del Néguev, esperando las órdenes del sargento que se paseaba frente a nosotros con los brazos entrelazados detrás de la espalda, oteándonos con una mirada severa que apenas se asomaba por debajo de su gorro. Se paró en seco y dio medio giro para vernos de frente. "Esta mitad se va a la cocina", aseveró, señalando a mi grupo. "El resto reúnan su equipo, salen a Gaza en media hora." Antes siquiera de lograr asimilar las implicaciones directas de sus palabras, uno de mis compañeros de armas (le llamaré Nimrod) ya había dado un paso al frente para exponer los motivos ideológicos que le impedían servir fuera de las fronteras de su país y de formar parte de la Ocupación. Lo observé con asombro y admiración por encima de la hilera de hombros: su silueta y su semblante indomables, a la espera de las reprimendas protocolarias, son la personificación misma de la gallardía. La objeción de conciencia, la de Nimrod en este caso, era una temida anomalía de la maquinaria militar e hizo

Tel Aviv, 2023. Fotografía de © Papús von Saenger ▶



sonar las alarmas y llamó la atención de los altos mandos, quienes lo asediaron para intentar intimidarlo mediante amenazas altisonantes que, de paso, servirían para amedrentar a otros *insurrectos* potenciales. No obstante, él se mostraba inalterable y decidido, y así se mantuvo hasta las últimas consecuencias, con plena conciencia de que tendría que pasar un buen tiempo en la prisión militar, además de cargar con las secuelas sociales y laborales que implica el estigma de *traidor* en una sociedad que concibe al servicio militar como una obligación cívica imprescindible. Sin embargo, para quienes vemos más allá del discurso oficialista, nos queda claro que los objetores de conciencia

figuran como los únicos héroes de guerra.

Sobra decir que el sacrificio de mi compañero de armas no fue en vano, al menos no del todo. Me obligó a un ejercicio de introspección inmediato. Si bien yo venía de una familia de izquierda y contaba con el criterio necesario para poder detectar la inmoralidad e injusticia que yacían detrás de la Ocupación, también era un hecho que, en términos reales, formaba parte de un pelotón de tanques del EDI. Hasta ese momento no había un conflicto de intereses tangible, pero la repentina (para mí) y cercana probabilidad de formar parte de la Ocupación exponía, aún más, la incoherencia entre mis posturas ideológicas y mis acciones. Algo tenía que cambiar... Y así



Tel Aviv, 2023. Fotografía de © Papús von Saenger

fue: me deslindé de las filas del EDI, aunque de un modo menos confrontativo y valiente que el de Nimrod.

Cabe señalar que mis dudas hacia el proyecto de Nación sionista surgieron mucho antes de ser reclutado por el EDI. Pero, como gran parte de la población, me había dejado llevar por el lavado de cerebro sistémico y por

recha y la disidencia se esfumó casi por completo del espectro político tras la denominada “fuga de mentes” de intelectuales y académicos quienes asumieron su derrota y decidieron cultivar su pensamiento en terrenos fértiles.

Netanyahu, la mano negra detrás del asesinato de Isaac Rabin y el orquestador del nuevo oscurantismo israelí, ha conseguido

## *En la conciencia del judío israelí, los palestinos no son más que un factor circunstancial.*

la inercia de una negación generalizada, sostenida por la *hasbará*, la propaganda oficialista, y pregonada por la inmensa mayoría de la sociedad.

Un año más tarde, en 1995, después de que el psiquiatra en jefe del ejército sellara el documento donde me declaraban no apto para el servicio, la Nación entera experimentaría una dosis de realidad que mermaría su cómodo delirio colectivo. El asesinato a Isaac Rabin dejó conmocionado a un país que se jactaba de su supuesta solidez democrática, justo en un momento en el que, por primera vez, la paz figuraba como la prioridad de la agenda política israelí y de sus enemigos históricos, como la OLP (Organización para la Liberación de Palestina) y Jordania. No obstante, las lecciones de ese acto de barbarie, como a menudo suele suceder, fueron las equivocadas y corroboraron una verdad universal irrefutable: siempre se puede caer más bajo. La sonrisa insana del magnicida que acaparó los titulares de los diarios a escala mundial tenía sus motivos; después de todo, se cumplieron todas sus fantasías catastróficas: el proceso de paz quedó soterrado y en el olvido, el frágil equilibrio del mapa ideológico terminó volcándose de lleno a la de-

perpetuarse en el poder a lo largo de dos décadas gracias a una retórica alarmista varada en el genocidio nazi y basada en el discurso de la supervivencia, la fibra más sensible de un pueblo vulnerado. También lo ha logrado gracias a las alianzas turbias con las facciones políticas más oscuras —ultranacionalistas y ortodoxas— que han sepultado a las voces críticas, reduciéndolas a una partícula subatómica sujeta al capricho del viento. Hoy por hoy, Israel es una teocracia, una antítesis a los orígenes del sionismo que, dicho sea de paso, era un movimiento esencialmente secular, al menos en un principio.

Para hundir otro clavo en la madera carcomida de este ataúd, unos meses atrás, Netanyahu y su pandilla de zelotes,<sup>1</sup> al mejor estilo de los regímenes autoritarios con-temporáneos, han hecho de las suyas para limitar el poder de la Corte Suprema con el descarado y evidente objetivo de otorgarle un blindaje judicial al vasto catálogo de crímenes que acarrea el primer ministro. Estas limitaciones le han permitido, además, expan-

<sup>1</sup> En la Biblia, se conoce como zelotes a los miembros pertenecientes a un grupo religioso del pueblo judío caracterizado por la vehemencia y rigidez de su integrismo religioso.

dir el alcance del ejecutivo y del legislativo, lo que significa la estocada final a la endeble noción de democracia con la que flirteaba el país. En consecuencia, las aspiraciones de libertad tan anheladas por el pueblo palestino ahora pertenecen al género de la fantasía.

Asimismo, el revuelo de la sociedad israelí que ha tomado las calles en protesta contra la denominada "reforma judicial", tiene un ofensivo tufo a hipocresía, porque pone en evidencia, una vez más, el hecho de que el israelí solo se indigna cuando la injusticia trasgrede y limita sus propios derechos. En la conciencia del judío israelí, los palestinos no son más que un factor circunstancial, un *ricochet*, un inconveniente que nace y fallece cada día como un ocaso en otra galaxia.

Así de lejos yace también el recuerdo de Nimrod. Su contorno ha perdido nitidez y fuerza con el transcurso de los años. Aún así, y a modo de alegoría burda, los ladridos de los sargentos siguen retumbando exponencialmente en esta cámara de eco perpetua.

"[...] el más sensacional invento de las dictaduras modernas consiste en haber creado la mentira estridente, basándose en la hipótesis, acertada desde el punto de vista psicológico, de que al que hace ruido se le concede el crédito que se niega a quien habla sin levantar la voz".

Esto escribió Joseph Roth refiriéndose a Goebbels y a la maquinaria propagandística del Tercer Reich, aunque bien podría aplicarse a la *hasbará* actual de la ultraderecha israelí.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Joseph Roth, *Una filial del infierno en la Tierra*, Acantilado, Barcelona, 2013, p. 44.

Es cierto que la falla es de origen: no se puede edificar un país democrático sostenible si se favorece a una etnia determinada por antonomasia, de ahí que el sionismo estaba destinado a fracasar desde su concepción. No obstante, el panorama y los actores actuales hacen ver a los antiguos protagonistas y antagonistas de la política israelí como pacifistas abducidos por el infantilismo. Hubo una rendija en la historia de Israel cuando el anhelo de paz era considerado un sentimiento positivo, no una muestra de debilidad. Desafortunadamente, los desenlaces que siguieron al asesinato de Rabin fueron determinantes. No hay vuelta atrás, ya que no existe una oposición interna que pueda o quiera desplazar a los fanáticos ultranacionalistas del poder. Cualquier opinión disidente en el Israel de hoy equivale a una anomalía sintomática cuando no a un error del espíritu.

Esa misma sensación de impotencia me ha obligado a tomar una distancia prudente del tenebroso ambiente político interno y del conflicto palestino-israelí en los últimos años.

Desconozco el paradero de Nimrod. A veces sospecho que es un producto de mi imaginación, un sesgo fantasioso de la memoria. Una y otra vez intento volver a aquella lejana mañana de 1994, a esa explanada desdibujada por la arena para poder ver a mi compañero de armas, recuperar la vitalidad de su esencia y restaurar esas palabras insufladas por su convicción. Pero su voz, al igual que la de quien escribe estas líneas, no son más que lamentos fantasmales que pertenecen a otro tiempo. La disidencia es un rumor, y Nimrod nada más que un recuerdo vago atenuado hasta la inexistencia por la marcha fúnebre de los adalides de la estridencia. **U**

## MÁS ALLÁ DE OPPENHEIMER: LA GRAN FAMILIA DE LA BOMBA ATÓMICA

Dario Alemán

El área inmediata al punto donde cayó la bomba atómica lanzada sobre la ciudad japonesa de Hiroshima alcanzó, por unos instantes, los 4000 °C, es decir, 1000 °C por encima de la temperatura necesaria para vaporizar el hierro. Según algunos cálculos, en cuestión de minutos murieron unas 100 mil personas. Eso representa el doble de las que murieron durante las diez horas que demoró la batalla de Waterloo, en la que cinco ejércitos guerrearon por el futuro de Europa. En Hiroshima, sin embargo, las víctimas fueron civiles inocentes. La intención de demostrar su poderío militar fue lo que motivó a Estados Unidos a lanzar esta bomba, y también la que habría de caer apenas tres días después, el 9 de agosto de 1945, en Nagasaki.

Para bien y para mal, el mérito por la invención de esta arma se lo llevaría el famoso Proyecto Manhattan, y en especial su director, Robert Oppenheimer. Aunque nunca obtuvo un Nobel, Oppenheimer fue reconocido como el "padre de la bomba atómica" y se convirtió en un héroe nacional (aunque después cayó en desgracia en tiempos del macartismo). Fue portada de la revista *Time* en dos ocasiones (otro de los participantes del Proyecto Manhattan, Edward Teller, "padre de la bomba de hidrógeno", lo lograría en una ocasión) y recibió en su tiempo una atención mediática sin precedentes para un científico que no fuese Albert Einstein. Su figura, además, fue realzada a mediados de 2023 por el director

Fotograma de la película *Oppenheimer*,  
de Christopher Nolan, 2023 ▶





Un avión B-29 sobrevuela Osaka el 1 de junio de 1945. Fotografía de la U.S. Air Force. USGOV-PD ©

Christopher Nolan en lo que ya es uno de los taquillazos cinematográficos del año. Sin embargo, la bomba atómica no tuvo “un padre”, sino varios; y hasta podría decirse que cuenta con un árbol genealógico que cubre dos generaciones conformadas por algunas de las mentes más brillantes de todos los tiempos.

Más allá de Einstein, los orígenes del Proyecto pueden rastrearse hasta los estudios del químico alemán Otto Hahn, quien había dado por su cuenta con la posibilidad de la fisión nuclear, aunque no estaba muy seguro de su descubrimiento. Fue la física Lise Meitner y su sobrino, Otto R. Frisch, quienes interpretaron correctamente los resultados de estos experimentos una vez que huyeron de la Alemania nazi, en 1938. Este hecho fue de suma importancia, pues permitió que la noticia de

la fisión nuclear llegara primero a los países que conformarían el bando de los Aliados una vez comenzada la Segunda Guerra Mundial. Meitner no llegó a participar en la fabricación de la bomba, y ni siquiera recibió un Nobel por su trabajo sobre la obra de Hahn: una de las grandes injusticias de la historia de la ciencia moderna. No obstante, su nombre fue inmortalizado en la tabla periódica al servir de inspiración para bautizar al elemento 109, el meitnerio.

Frisch, por su parte, sí trabajó en el Proyecto Manhattan, donde coincidió con su maestro, el danés Niels Bohr, uno de los científicos más prominentes de la época, y quizás el único capaz de poner en jaque las ideas de Einstein sobre la mecánica cuántica. Bohr fue el creador de un modelo esencial para entender

## La bomba atómica no tuvo “un padre”, sino varios; y hasta podría decirse que cuenta con un árbol genealógico.

la estructura del átomo (lo que le valió el Nobel de Física en 1922) y un profesor de fama mundial. Además de Frisch —y, en cierta medida, de un joven Oppenheimer—, el danés tuvo por alumno nada menos que a Werner Heisenberg, que para entonces ya había enunciado el famoso “principio de incertidumbre” y luego sería el líder del proyecto que buscaba darle el arma definitiva a Hitler. Niels Bohr huyó de su natal Copenhague a Suecia debido al avance de las tropas alemanas. Sin embargo, en Estocolmo los nazis intentaron asesinarlo, por lo que escapó a Londres y de ahí a Estados Unidos. Su fuga a Inglaterra la realizó escondido en el compartimento de bombas de un avión Mosquito de combate.

Frisch llegó a Estados Unidos convencido de que una pequeña masa crítica de Uranio-235 podía causar una gran explosión mediante la fisión nuclear. Para su sorpresa, encontró a otros científicos que creían lo mismo. Uno de ellos fue Leó Szilárd, quien apostaba por el potencial de una reacción en cadena, en parte basado en los descubrimientos de Meitner y Frisch, y en parte inspirado en la novela de ciencia ficción *The World Set Free* (H. G. Wells, 1913), en la que se describe un “explosivo continuo” tan poderoso que podía lo mismo ganar cualquier guerra que destruir el mundo. Szilárd estaba obsesionado con la posibilidad del arma definitiva, y conforme la ciencia avanzaba y la volvía más factible, mayores eran sus temores de que cayera en manos nazis. Esa preocupación lo llevó a redactar una carta dirigida al presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt para convencerle de destinar todos los recursos necesarios a la creación de la bomba atómica. Según este científico húngaro, debía tratarse de un megaproyecto que lograra su objetivo en tiempo récord, de lo con-

trario, Hitler podría lanzarse con éxito a la conquista de todas las naciones. Para garantizar la atención de Roosevelt, Szilárd consiguió el apoyo —y la firma como coautor— del físico más importante del mundo: Albert Einstein. La carta fue enviada el 2 de agosto de 1939, exactamente un mes antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial.

En las instalaciones del Proyecto Manhattan Szilárd tuvo como compañero de trabajo al genio italiano Enrico Fermi, considerado el “arquitecto” de la bomba atómica. En 1939, Fermi era ya un consagrado sabio de la ciencia gracias a que, entre otras cosas, había descubierto los “elementos transuránicos”. Sin embargo, los estudios de Meitner y Frisch le hicieron ver que en realidad no se trataba de nuevos elementos, sino de variaciones isotópicas del uranio conseguidas mediante la fisión. Luego de aceptar su error, Fermi se centró en desarrollar los estudios de los esposos Frédéric e Irène Joliot-Curie (hija de Marie y Pierre Curie), y el resultado fue una máquina capaz de conseguir una reacción nuclear autosostenida. Además, fue quien propuso usar un isótopo del carbono tan común como el grafito para hacer de moderador de las reacciones en lugar de agua pesada, otro nombre del óxido de deuterio, lo que le dio al equipo de Oppenheimer una considerable ventaja sobre el de Heisenberg.

Otra de las grandes mentes creadoras de la bomba atómica fue la del estadounidense Ernest Lawrence, un hombre con tanto talento para la física como para los negocios y, si se quiere, para la explotación del trabajo ajeno. Además de inventar el ciclotrón, un acelerador

de partículas, fue quien desarrolló la separación isotópica del uranio en dos tipos, el enriquecido y el empobrecido, eso sí, con la ayuda del australiano Mark Oliphant y del italiano Emilio Gino Segrè. A este último, por cierto, Lawrence no le pagó el salario que le correspondía como asistente de investigación en la Universidad Berkeley, aprovechándose de su condición de refugiado judío que recién había escapado de la Italia de Mussolini. Sin embargo, Segrè lograría separarse de Lawrence y ser reconocido por dos grandes descubrimientos: el tecnecio (primer elemento sintético de la tabla periódica) y el antiprotón. Por este último fue premiado con el Nobel de Física en 1959. Segrè, además, logró hacerse de un valioso y extenso archivo de imágenes de los científicos más prominentes de su época, pues tenía por pasatiempo la fotografía.

No todos los participantes del Proyecto eran químicos y físicos consagrados. De hecho, podría decirse que de Los Álamos —la sede más conocida del Proyecto Manhattan y donde estaba el equipo de físicos teóricos de Oppenheimer— salió también una generación que habría de aportar nuevos descubrimientos al campo de las ciencias. Quizás el caso más paradigmático sea el de Richard Feynman, un polifacético investigador que, para 1942, no era más que una joven promesa. En el Proyecto Manhattan hizo de auxiliar de cálculos y se volvió muy cercano a Oppenheimer, quien lo valoraba no solo por su potencial científico, sino por su carácter afable y jaranero. Podría decirse que las temerarias bromas de Feynman —una vez le hizo creer a todos sus compañeros que había un espía entre ellos, sin saber que su mentira tenía algo de verdad— y su costumbre de tocar los bongós a todas horas fueron claves para disipar las tensiones que

se vivían en Los Álamos. Feynman, a diferencia de la inmensa mayoría de sus compañeros, tenía una personalidad irreverente y no creía mucho en el valor de la jerarquía académica cuando se trataba de defender sus ideas. Ello le trajo algunos enemigos, y también grandes amigos, como el mismo Niels Bohr, quien llegó a decir que solo disfrutaba hablar con Feynman porque era el único capaz de contradecirlo. Al joven científico le quedaba todavía mucho por demostrar para igualar a sus compañeros de Los Álamos. Sin embargo, Oppenheimer supo ver todo su potencial, e incluso movió sus influencias para que lo contrataran en el Departamento de Física de Berkeley. En la carta de recomendación, el líder del Proyecto citó una muy certera frase del científico Eugene Paul Wigner sobre Feynman: “Él es un segundo Dirac, solo que esta vez humano”. El tiempo terminaría por darle la razón a Oppenheimer y a Wigner: el chico de los cálculos ganaría el Nobel de Física veinte años después por sus investigaciones en el campo de la electrodinámica cuántica, y sería el creador del concepto de “nanotecnología”.

La bomba atómica no tuvo uno, sino varios padres y una madre, todos genios temerarios que se aventuraron a descubrir las leyes que conectaban el funcionamiento de las estrellas y galaxias con el del mundo subatómico. Gente que creía posible recrear en un laboratorio las fuerzas que ordenan el cosmos. Unos ganaron el Nobel, otros dieron sus nombres a objetos celestes y nuevos elementos químicos, y otros más fueron medianamente olvidados. Sin embargo, casi todos coincidieron en una misma coordenada espacio temporal, Los Álamos, que resultó ser el escenario perfecto para el *crossover* científico más grande de la historia de la humanidad. **U**

## ENDURO

Yael Weiss

Con los pies sobre los pedales como en los estribos de un animal fantástico, con las manos sobre los puños del manillar que mantiene el puño, hacemos cuerpo con la bici. Perdemos altura rápidamente, atravesamos en un soplo el paisaje de magueyes, o el bosque de pinos, o el acantilado que lleva al mar.

Son largas preparaciones para este momento perfecto. La bici debe estar en condiciones para responder a nuestro deseo y hacernos gozar. Damos mantenimiento frecuente a la doble suspensión, cambiamos las balatas y el líquido de frenos, ajustamos los cambios, vigilamos el desgaste de los tacos en los neumáticos, buscamos la falla que provoca los ruiditos. Las bicicletas de descenso tienen un aspecto robusto, de cuadro y llantas gruesas —aunque ligeras—, y de lo más delicado.

Antes de cada rodada engrasamos la cadena y revisamos los ejes: deben estar fijos. El día acordado montamos la bici a los coches, salimos de la ciudad, alcanzamos la montaña y pedaleamos con enorme trabajo hacia la cima.

### ASCENSO

Antes de bajar hay que subir.

Hoy nos dirigimos a la pista “Tres cuartos de Pablos”, en el Desierto de los Leones. En las últimas secciones, que son muy empinadas y que llegan después de hora y media de pedaleo intenso, ya me falta el aire. Siento una enorme presión en las sienas. Dejo de dar vueltas a

Halifax, 2019.  
Fotografía de Tim Foster. Unsplash © ▶



mis problemas de trabajo y familiares, dejo de mirar los árboles, dejo de pensar "qué bonito". Inicio la lucha encarnizada contra el impulso de bajarme de la bici y empujarla, o aventarla, o regresarme. Me entrego a la ciega, sorda y terca voluntad de pedalear un poco más, y luego otro poco más, solo un poquito más, con dolor en las piernas y en la espalda, con el sudor en los ojos, el cuello y la entrepierna, y me pregunto: ¿por qué será que me gusta sufrir tanto?

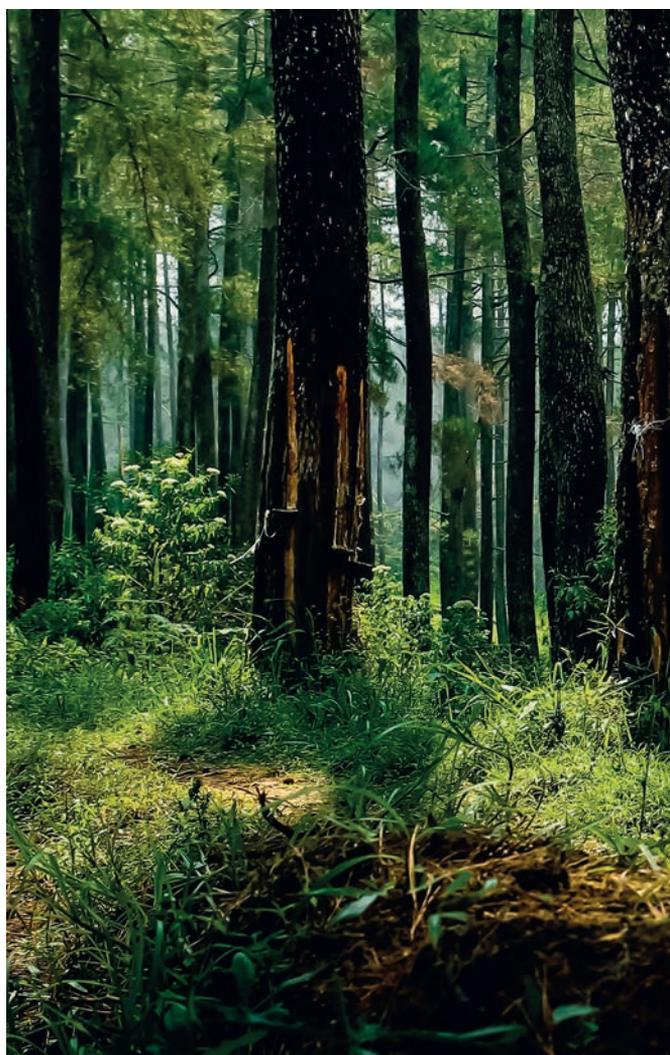
Mi madre describe el parto natural como un dolor insoportable, el más grande de su vida, que desapareció sin dejar rastro en el instante en que fui totalmente expulsada y me puse a llorar. Así es alcanzar la cima. Como el rayo de una tormenta próxima, me atraviesa una poderosa descarga de alegría. No queda memoria del sufrimiento: el cuerpo ríe de su resistencia física y su poder.

El descanso de transición entre la subida y el descenso es breve, pero provechoso. Es el momento de sacar el snack, mirar el paisaje y echar chisme. Los que vienen mejor preparados comen un sándwich, otros comparten cacahuates, yo prefiero darle unas mordidas a mi barrita de cereal y prepararme con calma.

La montaña da placer, pero también miedo. Exige de vez en cuando un sacrificio. Se paga con un hueso roto, una articulación destruida, una hemorragia interna o pedacitos de cuerpo: un dedo, un ojo, los dientes. Existe una pista en Valle de Bravo que se llama La Torera en honor al valiente que dejó una oreja. Mi amiga Victoria perdió los dientes incisivos la primera vez que rodó. Pensar que eso pudo acabar con su incipiente carrera de ciclista MTB (abreviatura de Mountain Biking) sería no comprender nada de esta fiebre. Yo solo me he roto el brazo pero tengo varios dedos

deformados por las caídas, dos lesiones dolorosas en el hombro y un montón de cicatrices que me gustan, porque son como dibujos en la piel.

Dani está rodando de nuevo después de que le quitaron un riñón por una mala caída. Para proteger el torso ahora usa una especie de camisa acolchada con protecciones internas.



Parece un superhéroe. Llega siempre puntual a las citas de las seis o siete de la mañana con un enorme porro encendido entre los labios y unos lentes negros. Cuentan que, desde que estuvo en terapia intensiva, su madre y su novia se arrodillan para suplicarle que deje la bici.

—¿Neta no te asfixia esa cosa— pregunta el Barry, un vato que recién dio el salto del cross al enduro. Es un exalcohólico y exadicto

al crack, que ahora administra un negocio de barras de café. Le va bien, lo suficiente en todo caso para tener su bici cuidada, con llantas nuevas y frenos de gama alta.

Dani responde con una risa de humo por boca y narices.

—Ni a las rodilleras y coderas me acostumbro —continúa el Barry, dándose un breve jalón—, ¡entonces menos a una camisa de esas!



Andika Soreng, 2017. Unsplash ©



St. Louis, EUA, 2017. Fotografía de Jared Weiss. Unsplash ©

—¡Qué necio eres! —espeta el Kid, un niño de casi sesenta años que desciende de lo más imprudente. Una de cada dos rodadas sale chorreando sangre, pero se protege los puntos clave del cuerpo—. Por lo menos ya no usas mallitas de puto—, añade.

Los que hacen ruta y cross eligen vestimenta pegada, los que practicamos enduro y downhill vestimos bermudas o pantalones. Nos creemos más cool.

Charly, el que me gusta, escucha la conversación de Dani, Barry y Kid sin decir nada. Está sentado sobre la bici con los brazos cruzados, las rodilleras puestas, el casco ajustado. Siempre es el primero en estar listo. Se ha

fracturado los dos talones en caídas casi iguales, una hace quince años, otra más reciente. Sobre la bici no se le nota, pero cuando camina, cojea. Tiene una barra metálica en la clavícula izquierda —uno de los huesos que más se rompen en este deporte—, me gusta sentir con los dedos las protuberancias de los tornillos bajo su piel morena.

Algunos sacan aire de sus neumáticos para que se adhieran mejor al terreno, otros limpian las micras de sus gogles. Me doy prisa con el ajuste de mi peto y la quijada de plástico de mi casco *full-face*, coloco las rodilleras sobre mis espinilleras de futbolista. No son muy estéticas, pero prefiero a las heridas que dejan

los pedaleos sobre las tibias. Soy de las que descienden con una armadura casi completa de plástico. Parezco robocop, pero no me importa demasiado.

El otro Charly, que llamamos *Rutas* porque dedica rodadas a encontrar y mapear caminos nuevos, pero sobre todo para diferenciarlo del Charly que me gusta, enciende su GoPro. Al fin estamos listos.

Nos formamos para bajar: el más rápido hasta adelante, pues es quien debe darnos línea.

## DOWNHILL

La grasa, señoras y señores, está en el descenso. A esto vinimos.

La primera pista es fluida, su duración no rebasa los cuatro minutos. Nos reagrupamos a la salida, jadeantes y mareados de felicidad. Nadie se ha caído en este primer tramo. Recargo mi bici contra el tronco de un pino. Una raíz aparente, de escamas cortas y duras, me hace sentir un arraigo infinito al suelo.

pasas por encima de esa piedra, luego te cuelas en el hueco entre esas dos, luego precargas la bici para levantarla y librar, de un pequeño salto, la roquita de más allá... Van apareciendo los bloques de terreno y hay que acomodarse, buscar el camino más eficiente como el agua en su carrera.

Más allá del trabajo de brazos y piernas que responden a las irregularidades del terreno; más allá del cuerpo que se adhiere a la bici como a un pedazo de madera en el centro del océano; encima de los ojos atentos a la aparición de una roca filosa, un hoyo profundo o una raíz traicionera, se yergue el faro de la mente.

Es aquí y ahora.

Hay que resistir a la tentación del paisaje, hacer oídos sordos a los pájaros que llaman desde los árboles, a las motitas de luz que bailan sobre suelo, a las montañas que ondulan en el horizonte y a los abismos que se abren a medio metro de la pista donde podrías desbarrancarte.

## *Hay que resistir a la tentación del paisaje, hacer oídos sordos a los pájaros que llaman desde los árboles.*

No nos cabe duda de que esto es de lo mejor que podremos experimentar en nuestra existencia y que todos los riesgos valen la pena. Deberían ver nuestras sonrisas y la vida que emana de nuestros cuerpos.

Las siguientes pistas son más técnicas, de *rock gardens*, o sea: tramos de piedra complicados y retadores, y descolgones, es decir: pendientes muy pronunciadas donde no se puede frenar.

“Escoger línea” se parece a un rompecabezas que debes armar metro a metro: ahora

Cualquier distracción puede ser fatal. No debes felicitarte a ti mismo de lo bien que libraste el más reciente obstáculo ni recriminarte por lo mal que tomaste una curva —congratularte o lamentarte en plena rodada es peligrosísimo—. No puedes pensar en lo bien que la estás pasando.

Algunos creen que por eso nos volvemos adictos a este deporte: por los instantes de presencia absoluta, sin ego ni juicio, solo acción.

Otros piensan que nuestra obsesión por la bici tiene que ver con el riesgo, con llegar abajo sanos y salvos habiendo burlado a la muerte

gracias a las habilidades del cuerpo y de la mente. Es la adrenalina, dicen, la sustancia que secretamos para vencer al miedo, que nos vuelve por unos momentos más fuertes, rápidos, hábiles, audaces, la que nos saca los superpoderes.

Es la conexión con la naturaleza, dicen los más poéticos. La tierra, el sol, el frío, la lluvia, el lodo, los cactus, las espinas, los bosques. Es volver al tú por tú con los elementos, sin la comodidad de las casas ni su resguardo. Es volver a un pasado remoto.

Otros más aseguran que la bici los liberó del alcohol, de la fiesta, de las drogas. Son muchos los exadictos en busca de su dosis de adrenalina y peligro.

Yo a veces pienso que el encanto radica en no tener acceso a la red móvil del celular por varias horas al hilo. El teléfono está muerto, olvidado en la riñonera junto a las llaves del coche.

Hay quienes gastan todo su dinero en la bici. Hay quienes abandonan su trabajo para rodar todo el día. Hay quienes fueron abandonados a causa de la bici. Ir a la montaña pone en riesgo cualquier compromiso social. Una se puede perder, caer; la bici puede poncharse, romperse. El convivio al final de la rodada puede extenderse de más.

La última pista es la pura gozadera, tiene enormes peraltes donde recargarse para curvar a gran velocidad, drops (pequeñas caídas libres) y saltos —que permiten trazar parábolas con dirección al cielo y en cuyo punto de inflexión, antes de volver a la tierra, te quedas por un momento en suspenso, liberado de la gravedad, como atornillado sobre el aire—.

Así se siente estar fuera del tiempo.

## ABAJO

¿De qué hablamos mientras bebemos unas micheladas frías en vasos untados de chamoy y miguelito que nos saben exquisito? De componentes de bici, de talleres de bici, de amigos de la bici, de rodadas pasadas y futuras, de nuevas pistas. Todas tienen nombre. Serpiente, Amanzalocos, Baby Yoda, Extinción, Espalda de Mujer, Rico y Suave, Covid, Duende, Tres Viejos y Cascabel, por mencionar algunas famosas en la Ciudad de México; Frida, Balam, Sopa Fría, en Hidalgo; Kong, San Mike y Chillona, en la sierra de Puebla; Tarántula, Correcaminos en Taxco; Martínez, Toro, Llano Carreta y Soldado Universal, en Oaxaca, son apenas unos ejemplos de una geografía inmensa de curvas, saltos y piedras.

Barry guarda silencio, aplica hielo a su mano derecha que está al doble de su volumen habitual. Tendrá que sacarse una radiografía. Lo que duele no es el golpe, lo sabemos, sino la *cuasi* certeza de que tendrá que dejar la bici guardada por un tiempo.

Llega a mis oídos la voz de un chico joven sentado en la mesa contigua. Lo reconozco, tiene una bici verde y baja a una velocidad que no sé si algún día alcanzaré. Cuenta a su compañero, uno de bici negra, que prefiere subir por el camino largo en vez de tomar el de “las quecas” porque la flora es más diversa. A veces, añade, hay venados.

Esta es mi banda, pienso. La del pedaleo, la flora, los venados y el *downhill* a tope, el puro atasque. Le doy un beso en el cuello al Charly que me gusta. Sonríe. Somos felices. Ahora que estamos abajo, podemos festejar que hoy no nos caímos. **U**

Kikyz1313, *El niño interno*, 2017.  
Cortesía de la artista ▶

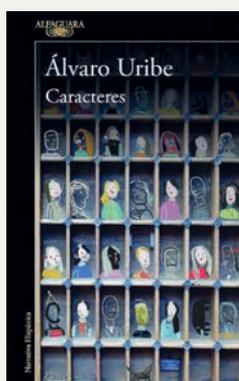


**CRÍTICA**

# HOMENAJE PÓSTUMO A ÁLVARO URIBE

## TEMOR DE DIOS

Pura López Colomé



...me atrevo a titular estas aproximaciones a la obra de Álvaro Uribe porque no acudo al sentimiento bíblico de Abraham, que sería, más bien, *terror*, horror ante la cólera de los poderes superiores e inescrutables. Tampoco estoy pensando en el don del Espíritu Santo; en todo caso, me refiero a una exaltación física ante el verdadero Dios oculto en la Palabra. Hay algo en cada frase, en cada párrafo de este magnífico escritor, en cada escena o intercambio, en cada personaje real o imaginario, que me hace entrar en resonancia con lo que revela, lo que logra, lo que convoca la voz escrita y leída, cuyo tema evidente o subyacente, de principio a fin, es la dualidad vida-muerte. Me parece que es *temor* lo que se siente, algo menos imponente que el pánico y que se reconoce como fuerza casi ajena a quien la produce. Hablo de una mezcla de estupor, pasmo y algo cercano al espanto por aquello que da en el clavo, que lanza tiros a un blanco situado en las profundidades de la emoción, el pudor, la vanidad, los pecados capitales.

Quien ha experimentado el poder de la escritura no puede más que acercarse a ella con una actitud reverencial. Estoy segura que era el caso de Álvaro Uribe. Me lo imagino como alguien que rinde un culto íntimo a la letra significativa con rituales cotidianos y propiciatorios, sin dejar desperdicio alguno en el texto final, ni el menor residuo del ejercicio mismo. En absoluto creo que se le debería considerar un "estilista", el tipo de autor al que se le notan los esfuerzos. Su prosa fluye con la naturalidad propia de un perfeccionista sutil, con un gusto blindado contra cualquier chabacanería, nutrido en las mejores lecturas. Recuerdo haberme reído a carcajadas, aunque conservando un dejo agrí dulce en la boca, al toparme, en su *Autorretrato de familia con perro* (2014), con la carta de una madre que ilusoriamente cree conseguir verse mejor y más joven sin que se noten los buenos oficios de un cirujano plástico. La misiva, dirigida al hijo escritor, dice en su posdata:

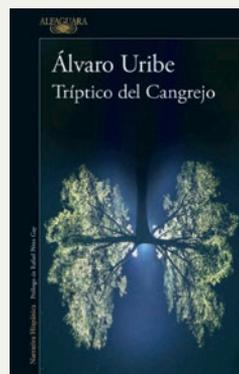
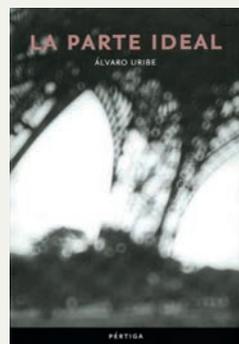
"A lo largo de este mail o carta o lo que sea, he tenido que aguantarme la vergüenza de escribirte a ti, *of all people*, a quien las revistas que me ha dado a leer Malú elogian como un gran 'estilista'. ¿Y por qué no pensar que eso lo heredas de Malú, que es a su manera una estilista? A fin de

cuentas, lo que le importa, cada vez que se presta a la cirugía, es el estilo, mejorar o por lo menos conservar su propio estilo”.

Es increíble todo lo que un solo párrafo da a entender: el artificio cosmético confundido con hermosura y conseguido, además, con dolor (no hay cirugía que no lo implique); el concepto trasnochado y vulgarizado por la modernidad de la búsqueda de un estilo en las apariencias, que nada o poquísimamente tiene ya que ver con el estilo en el arte que, al conferir unicidad, provocará genuino placer estético en el receptor.

Resulta casi imposible que cualquier autor serio no termine proyectando su persona en la obra. Lo más frecuente es que estas señas de identidad estén agazapadas, ocultas. Pero eso aquí no ocurre: la presencia es deliberada, pese a los cambios de nombre, las cronologías, las circunstancias. Álvaro Uribe lleva la voz cantante. Por eso hablar de uno de sus libros es hablar de todos, de la historia de sus particulares “senderos que se bifurcan”, sus desdoblamientos reales, fantasiosos, imaginativos y muy personales. Siempre haz y envés, hasta en los personajes femeninos (incluso su compañera a veces es Tedi; otras, mi mujer), los perros (Canuto, Lupin), sus ciudades o sus barrios, tratados como seres humanos. Todo, entre luces y sombras, es él y es otro ante el espejo y tras él: observador y observado, pensador y pensado, analizador y analizado, describiente y descrito, creador y creado.

Sus amigos-personajes, cercanos o no, lo llevan dentro, en el papel y en carne y hueso, tanto los que sí como los que no. La condición reverberante del positivo y el negativo de cada fragmento encarna la virtud general de la obra: también cada uno de sus libros tiene al otro, al mellizo que lo acompaña, casi pegado a él como los hermanos Chang y Eng. Baste con mirar a *Los que no* (2021) caminando con *Caracteres* (2018); *La otra mitad* (1999) con *La parte ideal* (2006); *Expediente del atentado* con *Recordatorio de Federico Gamboa* o a *Morir más de una vez* (2011) al lado de *Tríptico del cangrejo* (2023). Esta última mancuerna hace eco en más de una ocasión a la atmósfera de un final que es el principio, o viceversa, de la gran novela de Vasili Grossman, *Vida y destino* (1980), que precisamente Tedi y Álvaro me dieron a conocer: “Pero en el frío del bosque la primavera se percibía con más intensidad que en la llanura iluminada por el sol. En el silencio del bosque la tristeza era más honda que en el silencio del otoño. Se oía en su mutismo el lamento por los muertos y la furiosa felicidad de vivir...” Grossman, como lo haría Álvaro, insiste en el misterio del alma



humana implícito en el hado de cada quien, que creemos capaces de desentrañar a sabiendas de que es imposible.

En alguna otra ocasión, observé algo sobre la literatura de Álvaro por lo que sigo respondiendo con igual vehemencia: la profundidad temática, más allá de los muchos alcances psicológicos, se manifiesta gracias a un dominio lingüístico; su homenaje al significado multiabaricante de la palabra, que da a luz realidad e irrealdad en contraste. No obstante, digo ahora, la Realidad con mayúscula se sale con la suya. A consecuencia, mención aparte merece toda aquella zona que este autor dedica al tema de la enfermedad frente a la salud; la *infirmas* o falta de firmeza de la vida misma; a los signos precursores u ominosos que uno desoye por la ebriedad de mundo, lo más/menos previsible. Esta mefistofélica voz circula por un puente invisible: el del *tiempo*. El tic-tac de nuestros propios pasos, que nos hace concebirnos, por un instante elástico, eternos. Para llegar a la deseada otra orilla con el conocimiento del tiempo integrado al cuerpo, Álvaro cruza el río heracliteano brincando de piedra en piedra, peldaños-libros emblemáticos donde abunda en su gran preocupación: el haber ascendido por la cima del placer y el amor para descender a la sima del padecimiento,



Nicolas Toussaint Charlet, *Cabeza de perro*, ca. 1820, Rijksmuseum ©

reconociendo al enemigo-francotirador que llevamos dentro y nos observa, arma de precisión en ristre, listo para disparar directo al corazón por vía del intelecto. Con obvia capacidad de abstracción, afirma quien se reconoce como el gran YO en una obra de 2011: "Se dice que quien está a punto de morir ve pasar frente a los ojos del espíritu, como en una película en cámara rápida, las escenas más importantes de su vida. Yo matizaría: no solo las más importantes y no siempre como en una película, sino también como en una página". En su último libro, terminado en 2022 y publicado en 2023, este mismo YO ve pasar vertiginosamente, supongo, lo escrito en calidad de vivido espiritualmente, y se aparta de esa página: "Hoy en la mañana, por primera vez desde que empecé a escribir en este cuaderno todos los días salvo sábados y domingos, se me olvidó visitarlo. [...] Señal, temo yo, de que mi espíritu no está donde debería estar". Aquí me reconozco incapaz de la menor interpretación. Solo acudo a lo que dice su otra mitad, Tedi, en una de las escenas más conmovedoras que puede haber: "Me dice que ya encontró el famoso túnel y la luz, pero a un lado, no en el centro. [...] Me pregunta si la Tierra sigue dando vueltas; si existen días libres en el paraíso. Luego se duerme. Con los ojos del espíritu, según sus propias palabras". He aquí el jardín de los secretos que se bifurcan.

(mayo de 2023, mes en que habría cumplido 70 años) **U**

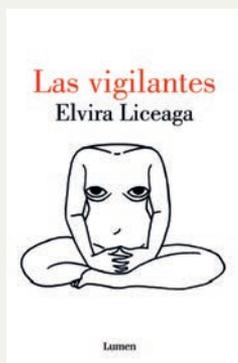
## LAS VIGILANTES

ELVIRA LICEAGA

### LAS INFRANQUEABLES DISTANCIAS

César Tejeda

La historia de *Las vigilantes* puede resumirse de forma breve: Julia es una joven que regresa a la Ciudad de México luego de estudiar en Nueva York. Su plan es instalarse en casa de su madre, Catalina, mientras decide qué hacer con su vida: sus primeras incursiones en el mundo literario, considera, han sido un fracaso. No sabe si volver a la radio, donde antes trabajó como locutora, o pasar los días negando su vocación en espera de un golpe de suerte. Se encuentra perdida y siente la necesidad de regresar al lecho materno para tomar un respiro de la



Lumen, CDMX, 2023

vida adulta. La madre, quien a esas alturas esperaba “haber cortado el cordón umbilical” con su hija mayor, la recibe a regañadientes en el cuarto de azotea. Conforme avanzan las primeras páginas comprendemos que el pasado de estos personajes está surcado por el duelo, que entre ellas habita la ausencia de Celeste, la hermana menor que murió de niña, luego de una larga enfermedad.

Es precisamente en el anhelo de llenar dicha ausencia donde surge la trama de *Las vigilantes*. Catalina, que trabaja como terapeuta voluntaria en un refugio para embarazadas, invita a Julia a dar clases de alfabetización. De esa forma, Julia conoce a Silvia: una joven perspicaz, de carácter afable, que puede hacer a un lado los abusos de los que ha sido víctima para hacer llevaderos sus días de espera, y con quien la protagonista establece una de las relaciones más deslumbrantes y complejas que he leído en años. Una relación que se construye como un universo de posibilidades —ya no digamos infinitas— melancólicas. O, dicho de forma más precisa: una relación en donde todas las posibilidades se dirigen, desbocadas, a la soledad, aunque traten de negarlo. Su amistad, restringida al refugio, será efímera, y mientras Julia trata de imaginar formas de perpetuarla, Silvia espera el momento de dar a luz —y dar en adopción a su hija o hijo— buscando un poco de paz.

Parece difícil discernir si *Las vigilantes* recurre al psicoanálisis desde la crítica, desde el conflicto, desde la ironía o el desasosiego. Es probable que lo haga desde todos esos lugares al mismo tiempo. La teoría psicoanalítica, en este caso, no es el motor de la novela, sino solo una de sus inspiraciones. Entre los conceptos freudianos, Liceaga optó por trabajar con el superyó, y es precisamente en esa elección narrativa donde la novela reclama una inmensa originalidad. Mientras que Catalina y Silvia son personajes que se permiten la espontaneidad, dejarse llevar por la intuición; Julia es un personaje que se contempla a sí misma, a sus anhelos, movimientos y debilidades con una severidad tenaz. Una de sus virtudes es que dicha severidad no resulta paralizante para ella, sino una especie de inspiración. Decide, primero, revivir la herida provocada por la muerte de su hermana menor, entablando largas —y a veces un tanto despiadadas— conversaciones con la madre. De acuerdo con la protagonista, hablar con Catalina debe servir a ambas para terminar con un duelo inconcluso. En el fondo, alberga resentimientos porque la enfermedad de Celeste la desplazó en la niñez. Lo que reclama es el derecho a ser la favorita de la madre a pesar de la memoria.

En segundo lugar, la ternura que Julia siente por Silvia le otorga —o eso considera— el derecho a ejercer de hermana mayor, un lugar que ha perdido para siempre. Hace a un lado la misión de enseñarle a leer y distraerla, y comienza a inmiscuirse en su vida. Julia aún desconoce que las relaciones interpersonales se construyen alrededor de los imponderables, el azar y la suma de voluntades, para enfocarse en cómo deberían construirse a partir de sus propias expectativas. Y, lo que resulta aún más desconcertante, sus expectativas radican en la confusión. Fantasea con que Silvia, en vez de dar en adopción a su hijo o hija tal y como ha decidido, se quede con él o ella, y ese anhelo la lleva a creer que sabe lo mejor para la joven. Julia siente por Silvia un cariño a veces materno, otras fraternal e incluso un sutil enamoramiento platónico. Silvia, por su parte, necesita el cariño y la atención que le son brindados por Julia, por lo que la acepta en todas sus versiones, sin perder de vista lo que considera mejor para sí.

*Las vigilantes* es narrada en tiempo presente y en primera persona: dos elecciones que sirvieron a Liceaga para expresar el misterio de la historia. Julia está desbordada por los pensamientos que le impiden ver más allá, pero el lector, con base en la información proporcionada, puede sacar conclusiones distintas o, lo que resulta de verdad provocador, hacerlo a pesar de Julia.

Liceaga no construyó una “narradora sospechosa” en el sentido de su fiabilidad; sino, más bien, a una protagonista confundida desde una perspectiva moral. No es la sospecha, pues, lo que anima la lectura de *Las vigilantes*, sino la forma en que los lectores se relacionan con un universo inevitablemente moral, con el que pueden verse tentados a disentir. Aunque esta es una historia contemplativa, fue construida con minucia hacia una “vuelta de tuerca”: Silvia —y no Julia— es quien, por medio de una inesperada decisión, reclama finalmente el papel estelar de la historia.

En uno de los mejores capítulos de la novela, Julia y Catalina se encuentran en un restaurante de comida árabe y obser-



Leo Gestel, *Dos mujeres bañándose y una figura de espaldas*, ca. 1929-30, Rijksmuseum ©

van lo que ocurre en el exterior; han pasado algunos minutos en silencio, luego de que la hija hablara sobre la frustración que sintió al enterarse de que uno de sus textos recibiera una crítica negativa. El silencio se quiebra por una mesera que les lleva agua mineral. Catalina le dice a Julia que no piensa compadecerla para “justificar su drama”. Si Julia quiere ser una mejor escritora, no le queda más que “chingarle”. La hija recibe el comentario —“la reseña” de sí misma— con dolor, porque le confirma una “sospecha interna”. Entonces ocurre un nuevo silencio en el que la narradora observa a su madre:

Reparo en las manchas de sol que minan su rostro. El pliegue de sus párpados aflojado por los años. Sus patas de gallo. Las pequeñas arrugas verticales que atraviesan los bordes de sus labios apoyados contra el puño de su mano. Su gesto de médium.

Catalina, entonces, rompe el segundo silencio para decirle a su hija que tal vez no decidió dedicarse a escribir por vocación, sino que lo hizo con el inconsciente anhelo de fracasar.

El presagio de las primeras páginas se confirma cuando Julia abandona su proyecto literario y hace a un lado su misión educativa para persuadir a Silvia de lo que debe hacer. Una decisión, de nuevo, destinada al fracaso, porque Julia, incapaz de asumir su vida, se ha empeñado en involucrarse con la de alguien más. *Las vigilantes* no es una trama sobre los cuidados —aunque abreve de ellos— sino sobre las infranqueables distancias que pueden separar a dos personas que, de forma coyuntural, coinciden en un pequeño espacio por un breve tiempo. Una tragedia pequeña, cotidiana, sobre la imposibilidad de huir de nuestros destinos o incluso sobre nuestro empeño en llevarlos a cabo con algo parecido al tesón. *Las vigilantes* es una novela sobre el fracaso en la más benévola de sus posibilidades: la solidaridad. Puede resultar irónico (o tal vez no —es el trabajo de prestidigitación de los novelistas—) que una novela sobre el fracaso culmine el objetivo que se ha propuesto con nitidez. El artefacto narrativo es ingenioso: la historia termina en el momento preciso donde comienza la transformación, de la que los lectores no seremos testigos. **U**

# ROSARIO CASTELLANOS. MATERIA QUE ARDE

SARA URIBE

VERÓNICA GERBER BICECCI

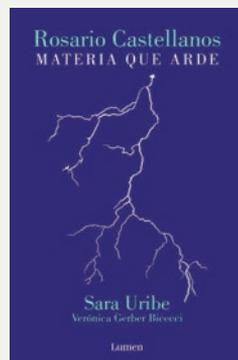
## ESCRIBIR SOBRE ESCRITORES

*Francisco Carrillo*

¿Por qué escribir libros sobre escritores?, ¿por qué no leer a esos autores directamente, sin intermediarios ni instrucciones de uso?, ¿a quién le podría interesar una obra sobre otro autor?, ¿cuál es la necesidad de que yo escriba esto y de que alguien más lo lea?

Siempre me han interesado las preguntas elementales, esas que, de tan básicas, no suelen merecer demasiada atención, aunque sean las que en silencio asedian a cualquier autor. La respuesta no es nada simple, me atrevo a decir que de su formulación y puesta en práctica depende la necesidad del ejercicio o su mera necesidad. Una formulación que, como en cualquier otro relato, establece un juego entre el argumento aparente (aquello de lo que trata la obra) y su argumento subterráneo (aquello de lo que "verdaderamente" trata) y, en el caso que nos ocupa, entre el repaso a la vida y obra de Rosario Castellanos como objeto inmediato y la posibilidad de realizar una biografía literaria desde nuevos supuestos formales e ideológicos como aspiración soterrada. Se podría pensar que la necesidad reside en una biografía crítica que abra nuevos caminos al género.

*Materia que arde*, biografía razonada sobre Rosario Castellanos que publica Lumen y firman Sara Uribe y Verónica Gerber Bicecci, reúne tres nombres mayores de la literatura mexicana, en lo que se advierte como un acto de reconocimiento doble: por una parte, la propuesta editorial de reforzar una tradición literaria (mexicana), hasta ahora dispersa, de mujeres escritoras para la que Lumen anuncia nuevos títulos.<sup>1</sup> Por otra, como se reconoce en la introducción, se trazan genealogías concretas, diálogos creativos entre autoras del presente y del pasado, sin duda una de las especialidades de Gerber y Uribe, quienes pulsan como nadie estas nervaduras de lo literario:



Lumen, CDMX, 2023

<sup>1</sup> Se rumora la próxima salida, en la misma colección, de una biografía sobre Elena Garro y otra sobre Josefina Vicens.

Cuando terminamos de escribir y dibujar, fuimos al Panteón Civil de Dolores de la Ciudad de México. Le llevamos un ramo de flores verdes y moradas, y una piedra volcánica. Las primeras para agradecerle su compañía en tiempos difíciles. La segunda, para decirle que nosotras queremos sumarnos a su genealogía. Es decir, a la de las escritoras que asumen la responsabilidad de narrar el mundo de otra manera.

*Narrar el mundo de otra manera: aprovechar (y digo bien, "aprovechar")* la obra ajena para generar una obra propia, construir una historia original a partir de una historia ya existente, dibujar un mapa preciso de una vida creativa y borrar estratégicamente algunas áreas, prolongar la voz del biógrafo en el vacío que se abre entre el respeto a la figura elegida y la dosis de irreverencia que debe acompañar a cualquier nueva lectura. *Narrar el mundo de otra manera* también es una forma de responder a las preguntas iniciales, así como el origen de los problemas que surgen al escribir sobre la obra de otro autor.

Mientras leía Rosario Castellanos. *Materia que arde* imaginaba los conflictos que afloran en un proyecto tan imposible como el que encaran aquí sus autoras, nada menos que poner en palabras la vida y la obra de Rosario Castellanos. Y recordaba aquel mapa borgeano que, de tan minucioso, ocupaba una extensión equivalente a su territorio, pensan-



Fotograma de *Los adioses*, de Natalia Beristain, 2017

do que el libro incluso podría desplegarse mucho más allá de los límites temporales de la materia que aborda, pues el infinito es la medida verdadera de cualquier vida narrada (asomémonos tan solo a todas sus circunstancias y entrecruces de tiempos, todo lo pensado, imaginado, deseado, declarado y escrito por la persona, sus coetáneos y precursores). Uribe y Gerber deben convertir ese universo en unas decenas de páginas y resolver los problemas inherentes a este ejercicio. Me gustaría detenerme en tres de ellos:

1. *El problema del lector*. La biografía literaria ha sido un género poco ejercitado en los últimos años, y más allá de que algunos trabajos de Margo Glantz y Elena Poniatowska antecedan a *Materia que arde*, o que este se acompañe de iniciativas tan destacadas como las reediciones de la colección Vindictas y sus magníficas introducciones, podría afirmar que se trata de un título pionero, sobre todo si hablamos de biografías con perspectiva feminista. Así que, además de fijar a Rosario Castellanos en el canon literario, el libro se impone la tarea de redescubrir el propio género: cómo manejar la información sobre una escritora conocida pero no sobreexplotada —por más que sea una de las pocas que ha dado nombre a una librería del Fondo de Cultura Económica e inspirado una película biográfica como *Los adioses* (Natalia Beristáin, 2017)—, cómo reinterpretar el canon literario sin salirse de él, cómo ofrecer una perspectiva personal sin olvidar los principios del trabajo biográfico... equilibrios que en ocasiones conspiran contra ese *narrar el mundo de otra manera* y dificultan una propuesta liberada de convenciones que dibuje un lector más cercano a los trabajos anteriores de las autoras.
2. *El problema del autor*, amenazado tanto por la obra que trabaja y la obstinación de esta en contarse a sí misma a través de una escritura con la que hay que saber negociar, como por la bibliografía existente, que mientras expande los ángulos de lectura también limita el espacio de la nueva intervención, a veces perdida entre citas, debates ya fijados y polémicas demasiado específicas. El autor de la biografía enfrenta retos como el de cómo contar una historia propia con una voz reconocible y cómo diferenciarse de la entrada de Wikipedia y el acartonado estilo universitario o, aún peor, de la imitación del escritor que está glosando. En *Materia que arde* destacan las ilustraciones gerberianas que em-

plean los diseños textiles de Chiapas combinados con imágenes de lámparas y rocas volcánicas, así como el trabajo de orfebrería uriberiano con el que se engarzan en el texto fragmentos escritos de otros protagonistas. Además, al final de cada capítulo se incluye una coda (precedida por el dibujo de una llave —una “clave”—) donde las autoras reflexionan y le preguntan al fantasma de Castellanos sobre aspectos del capítulo en cuestión. La ruptura del tono general que implica esta posdata también muestra posibilidades más personales, imaginativas y dinámicas de abordar la narración, a veces demasiado anclada al trabajo de escritorio.

3. *El problema del escritor*. Las vidas de escritores suelen ser mucho más memorables por los detalles de su vida privada, los entresijos de su momento histórico o el entrecruce con otras figuras coetáneas que por sus obras, mientras el lector se descubre un voyerista sin remedio. Diría que las páginas más succulentas de *Materia que arde* son, inevitablemente, las dedicadas a las circunstancias familiares y personales de Castellanos, y las menos, aquellas que repasan su bibliografía. No obstante, el afán bibliográfico aquí tiene trazas de propuesta ideológica, como un modo de reivindicar una obra que pide no ser opacada por la intimidad de su autora, quien batalló con especial ahínco por que su actividad profesional venciera al hogar y sus asfixiantes aventuras. Castellanos hizo de esta pugna uno de sus principales motivos literarios, constantemente interrogada por la escritura de otras mujeres y sus condiciones de posibilidad, precursoras como Sor Juana Inés de la Cruz, Clarice Lispector o Virginia Woolf, que también localizaron en el conflicto entre la vida pública y la privada una de las claves de su escritura.

Como no puede ser diferente para un trabajo que apunta variantes y abre trayectos a otras maneras de entender la biografía literaria de largo aliento, *Rosario Castellanos. Materia que arde* se debate entre formas que descansan en la convención y otras que señalan puntos de fuga; posiciones que afianzan el canon a la vez que aspiran a derribarlo. En sus páginas se advierte un tanteo, un avanzar a oscuras, como ese rayo que atraviesa la portada del libro: mientras alumbra nuevas posibilidades, es consciente de su carácter instantáneo, de representar un momento de transición (un paso del testigo) entre los miles con que se construye una nueva gramática feminista y colectiva. **U**

# HABILITAR EL IMAGINARIO SONORO: EL PÓDCAST EN ESPAÑOL

Mitzi N. Pineda Sánchez

Tres sucesos demuestran que la reflexión en torno a la escucha y la producción sonora es bastante joven, además de extranjera. Primero, apenas en 1993, el canadiense R. Murray Schafer inventó el término *soundscape* para nombrar el entorno sonoro que percibimos. Diez años después, en 2003, PRX, una compañía estadounidense, dijo haber creado el primer *podcast* de la historia. Y por último, el término *podcast*, de pronunciación compleja para el español, fue acuñado hasta 2004 por el periodista británico Ben Hammersley ante la urgencia de ponerle nombre a algo que escuchó y de lo que quería escribir.

Por eso me fascina pensar que un *podcast* en español llamado *En caso de que el mundo se desintegre* comenzó a publicarse por internet en 1999 y pone en jaque la escritura histórica que propone PRX, aunque esto no signifique que mienta o se equivoque. Más bien el “paisaje sonoro” o *soundscape* existe desde antes de que Murray pudiera nombrarlo, y el *podcast* como medio de comunicación y narración sonora precede a Ben y al *iPod*, del que tomó inspiración para bautizarlo. Acaso todo esto nos muestra, sobre todo, que la historia del *podcasting* no se ha construido en un solo idioma.

*En caso de que el mundo se desintegre* registra lo que pasa cada día en el mundo y lo transmite desde una nave en el espacio que tripulan *El Pirata* y *El Señor Lagartija*. Estos protagonistas, que son también los locutores, dejan claro que la ciencia ficción puede ser hispanohablante. Además, este caso nos ayuda a entender las bases del *podcast* como medio: cada proyecto es un concepto y una promesa que debe cumplirse en cada episodio y temporada. Es un ejercicio ingenioso que siempre justifica el uso del audio como el mejor recurso para narrar.

El *podcast* en español, ha tomado su propio rumbo. La primera victoria fue acentuarlo: *pódcast*. Listo, el medio es nuestro. No, mentira. Pero de entrada ha sido mucho más democrático para la creación que los medios tradicionales, gracias a la accesibilidad de las herramientas para producirlo y por la oferta de gran calidad disponible en el idioma. Esto ha abierto un espacio para creadores y proyectos sugestivos, propositivos e íntimos y con un idioma e idiosincrasia compartidos, más que nada con quien escucha.



*Las mujeres valientes:*  
Guiñ Chanáa, Spotify  
Studio, México, 2023

Después de veinte o veinticinco años de desarrollo, el pódcast iberoamericano experimentó un fuerte impulso: el consumo de contenidos digitales se disparó durante la pandemia por COVID-19. México pasó de tener 17 millones de consumidores en 2019, a 34 millones en 2022. Ante esta oportunidad, productoras pioneras fueron compradas por empresas internacionales de contenido bajo demanda como Spotify, Amazon o Apple para diseñar un mercado con capítulos por región.

Con esto, proyectos independientes ya con camino andado se volvieron grandes referentes en España, México, Colombia, Chile, Brasil y Argentina. A la par, sin embargo, surgió el riesgo de la competencia desequilibrada, de los grandes contra los pequeños, del descubrimiento contra el algoritmo, en resumen: de que las grandes empresas dicten lo que escuchamos.

En México, los pódcast producidos por empresas globales se convirtieron muy rápido en un formato o fórmula que atiende las tendencias de consumo: shows de conversaciones o *chatcast*, historias de *true crime* y terror o entrevistas a celebridades en audio (y video). La oportunidad de desarrollar un nuevo imaginario donde el sonido es inmersión asociativa y puede ser archivo, paisaje, narración, experiencia e incluso cosas que todavía no sabemos nombrar, se frenó de golpe. Al mirar las opciones de los Top 10 en español de las plataformas de audio, no es raro que no encontremos “nada que escuchar” en el momento de mayor producción sonora de la historia.

## UN PÓDCAST PARA CONTARLOS A TODOS (O CASI TODOS)

Como en todas las industrias, hay creadores que insisten en contar cosas valiosas. *Los pódcasts que nos formaron* es una serie de entrevistas a las y los creadores más sobresalientes del medio en español hecha por Tristana Producciones y Peces fuera del agua. Este es un recorrido y un homenaje sonoro a los pódcast que nos cambiaron la vida (y que todavía se la pueden cambiar a alguien más). Para quien quiera conocer más del pódcast en español, ahí tiene su mejor guía, que además está por estrenar una segunda temporada.

En esta primera inmersión crítica al pódcast de nuestra región, quiero revisar cuatro propuestas provenientes de diferentes géneros y países, buenos ejemplos para empezar a habilitar nuestro imaginario sonoro.



*Sherpas, El gato y la caja, Argentina*

1. *Las mujeres valientes: Guí Chanáa*, México. Spotify Studios. Narrativo

Aunque el género narrativo tiene grandes exponentes como *Radio Ambulante* de Estados Unidos, *Las Raras* de Chile, los podcasts de *Revista Anfibia* de Argentina y *De eso no se habla* de España, aún hay espacio para explorar y dejar que los micrófonos sean tomados por las protagonistas de las historias. Ese es el caso de *Las mujeres valientes: Guí Chanáa*, el primer podcast bilingüe mexicano disponible en español y en triqui, idioma hablado en San Martín Itunyoso, Oaxaca, de donde es originaria Nayeli López Reyes, la creadora de este proyecto. El podcast cuenta la genealogía de la violencia machista en su pueblo y se enfoca en el caso de la venta de mujeres para matrimonio desde las voces de mujeres de diversas edades que viven en San Martín.

2. *Sherpas, El gato y la caja*, Argentina. Conversación/Entrevista/Chatcast

Ya sabemos que no importa el tema, seguro hay un podcast de conversaciones al respecto, pero esta vez quiero recomendar uno de los últimos que conocí y que ha logrado atraparme. Este podcast de conversaciones "para explorar la realidad compleja de un mundo en transición" es tan agradable de escuchar como interesante. Un formato clásico de un excelente entrevistador en diálogo con una persona experta en temas coyunturales que bien pueden ir de un capitalismo que puede soñar, a los memes y su relación con la derecha. Una gran propuesta que se enfoca en proyectos de ciencia y diseño.

3. *Diles q mi vida fue maravillosa*, Alberto Torres Blandina, España. Cultural/Ensayo/Experimental

Es un collage sonoro que me embrujó desde la primera y afortunada vez que lo escuché. Este proyecto de apenas seis episodios, publicados entre 2021 y 2023, recibió una mención especial en los premios Ondas Globales, en la categoría de Podcast Experimental, en 2022. En cada entrega —con una temática específica como el amor *Ikea* o la concepción pasada del futuro—, participan al menos veinte colaboradores que ensayan sobre el tema en cuestión a partir de sus propios razonamientos, ritmos, voces, ideas estéticas y posturas ideológicas. Este no es



*Diles q mi vida fue maravillosa*, Alberto Torres Blandina, España, 2021-2023



*El estallido de las cosas,*  
Border Podcast,  
Chile, 2020

un podcast para relajarse o para escuchar mientras una trabaja; este podcast te susurra y luego te grita y te exige el esfuerzo de la atención y la complicidad.

4. *El estallido de las cosas*, Border podcast, Chile. Ficción  
Entre grandes éxitos de la ficción en español como *Caso 63*, *Blum*, *Guerra 3*, *Biotopía* o *El gran apagón*, elijo *El estallido de las cosas* por su hibridación entre el documental y la ficción. En estas narraciones, donde los objetos pasan a ser sujetos, se cuenta su participación en el estallido social chileno de 2019. Una propuesta muy interesante para crear archivo y memoria sonora. La producción es impecable y cuenta con la participación de grandes exponentes del podcast chileno como Trinidad Piriz, que dirige junto a María Court, y el diseño sonoro de Martín Cruz. El proyecto está apoyado por la Universidad de Bristol, Invisibles Coop, Goethe Institute y Centro NAVE.

En Iberoamérica, la diversidad para hablar un mismo idioma es deliciosa y con un rápido paneo a su escena del podcast —“poscas”, “poscats” o como salga decirle—, ya se reconoce una identidad propia y con eso, la oportunidad de tener una voz original por primera vez en los medios y no un doblaje en “español latino”. **U**

## **DESCUBRÍ QUE ESTABA MUERTO**

JOÃO PAULO CUENCA

### **HISTORIA OCULTA DE MI OTRX YO**

*Aniela Rodríguez*

“Descubrí que estaba muerto mientras intentaba escribir un libro. Todavía no era este libro”. Así comienza la novela, prácticamente homónima, de João Paulo Cuenca (Río de Janeiro, 1978), quien echa mano de un suceso absurdo de la burocracia en su país para narrar una brillante sátira sobre el desdoblamiento del yo. En 2011, Cuenca recibió una llamada que lo alertaba sobre la existencia de un cadáver con su nombre, cuya fecha de defunción se remontaba a tres años atrás. A partir de esto, el escritor carioca (considerado en 2012 como

uno de los mejores narradores brasileños menores de 40 años por la revista *Granta*) construye una historia que colinda con el humor negro, la crítica social y la filosofía.

Desde una prosa despreocupada y sin pretensiones (que toma elementos de la tradición policíaca y de la novela autoficcional), Cuenca no se limita a narrar la divertida anécdota de la pérdida de su identidad, sino que la utiliza como punto de partida para hablar de las coyunturas que le interesan. El fracaso de las políticas públicas en tiempos preolímpicos, la crisis inmobiliaria, la brutalidad policial o la disparidad de clases en Brasil son tan solo algunos de los pretextos que el autor utiliza para narrarse a sí mismo, a su país y su relación con el proceso creativo.

\*\*\*

—Entonces te moriste en serio.

—Me morí.

—¡La puta que lo parió, João, qué maravilla!

—¿Te parece gracioso?

—Gracioso, no. Es que para un escritor siempre es bueno morir.

Para leer esta novela, imagino que soy declarada muerta. No yo, la que escribe ahora; sino yo, la que se nombra en un carnet y en una homoclave. Pienso en los repliegues de mi otra yo, en la textura de su piel, en su cuerpo, todo él un fantasma para mí, tendido en la plancha de la morgue. Entonces, habito un orden simbólico distinto. Luego, veo a Y. hacer su trámite para obtener la residencia mexicana: toma de fotografía y huellas, trámite de la CURP, registro ante la Secretaría de Hacienda, cuenta bancaria, número telefónico, una dirección en la que pueda ser notificado para cualquier fin que al interesado convenga. Frente a la enrevesada burocracia latinoamericana, reclamar la identidad cuesta mucho más caro que perderla. Así ensaya João Paulo Cuenca (el personaje) su nuevo hábitat existencial, donde incluso comprar un seguro funerario supone la doble negación de su identidad. Con tantos trámites, ¿quién tiene tiempo de morir *en serio*?

\*\*\*

Escribir, como morir, es un acto performático. No hay nada diligente en ello: para morir, lo mismo que para escribir, se necesita el contraste entre ruido y silencio, entre vértigo y vacío. Así lo muestra João Paulo Cuenca en *Descubrí que estaba muerto*. El protagonista, homónimo



Martín Caamaño (trad.),  
Elefanta, CDMX, 2023

del autor, se burla de sí mismo, de sus absurdas circunstancias. Pero eso no basta. En la novela hay una reflexión implícita sobre el proceso creativo, ese que involucra mucho más que el chispazo de inspiración o la genialidad en bruto: uno más cercano a los nuevos tiempos, donde la inmediatez y la inmersión en determinados círculos sociales parecieran ser elementos imprescindibles al momento de crear. ¿Por qué escribimos? ¿Para quién escribimos? Y, finalmente, ¿cuánto del acto egoísta que representa la literatura tiene sentido en una sociedad alienada de sus problemáticas medulares? La viejísima idea del arte por el arte, demasiado preocupada por sobrevivir a sí misma, no deja de latir en este libro. Una especie de comezón se siente cada vez que Cuenca retrata las aburridísimas fiestas de intelectuales, una nueva bohemia que mide sus egos en función de su popularidad o su "entendimiento" de las nuevas corrientes artísticas. Frente a la masificación de la industria del arte y la indolencia de un público adiestrado por los *likes*, el posicionamiento de Cuenca es contundente:

Quiero decir que la literatura muere un poco cada vez que alguien levanta la voz para defenderla en uno de esos escenarios contruados para que todavía crean en su existencia. Dejarla morir me parecería buena idea para salvarla de sí misma.

¿Dejar agonizar a la literatura tal y como la conocemos, así como dejamos agonizar al otrx cada vez con más fruición? El arte no va a salvarnos a nosotrxs mismxs. El arte es, también, un trámite burocrático para la industria del consumo. Igual que la muerte, se alimenta de nuestras flaquezas y nuestros miedos. Para salvar al arte tanto como nos gustaría salvarnos a nosotrxs mismxs habría que empezar por poner en crisis sus principios:

Que los libros no son suplementos alimenticios que contienen dosis de empatía e inteligencia. Que la literatura no es un catalizador moral, no ofrece redención y no tiene sentido ético en sí. Y que debe negar completamente cualquier responsabilidad sobre la formación de los lectores.

No sé si Cuenca quiso decir eso en realidad, pero lo leo pensando que a la literatura le convendría empezar por negarlo todo, dudar de sus débiles cimientos. Crear una nueva identidad con las ruinas recobradas. Nada le ha hecho más daño al arte que la figura del artista. Y por eso continúa burlándose, incendiando todo: si la identidad humana

es tan solo un número de expediente y un acta de defunción, el arte vale lo mismo que la fila para obtener la licencia.

\*\*\*

No basta con leer un relato en clave autobiográfica; más aún, si se trata del ensayo de un hombre declarado muerto ante las autoridades. La cosa comienza así: alguien usurpa la identidad de J.P. Cuenca para acceder a los servicios de salud y morir con dignidad. De ahí en adelante, no hay forma de echar la cabeza hacia atrás: ¿es esto una crónica novelada sobre la existencia humana? ¿Se puede hacer filosofía sin dejar de lado el humor negro? Sí, y sí. Un cuerpo negado a su propio nombre ("el nombre que deja de recordarse hasta que no se dice nunca más") es el quiebre rotundo de la identidad del yo. ¿Hasta dónde existo cuando estoy obligado a ser otrx, a habitar desde el fragmento y la repetición del yo? ¿Quiénes son esxs otrxs yo que existen en el mundo, desperdigados tras grandes legajos de expedientes, partes médicos, carnets con fotografías que no reconocemos?



Tom Barrett, *Sombras*, © Unsplash

No sentir más que estoy haciéndolo todo por última vez. O que hay una fiesta permanente a la que nunca seré invitado. Vivir el fin del presente: todos los recuerdos descartables; la memoria, un artefacto inútil.

Narrarse a sí mismx como manera de construir la memoria, un rascielos cuyas paredes son tan frágiles como el cristal; narrarse desde fuera, como si unx hubiera muerto, ¿nos permitirá habitar otras formas de conocernos? Se lo pregunto al personaje. Pero también lo hago con Cuenca, el escritor: voy hasta su cuenta de Instagram para ponerle un rostro a la anécdota, al narrador, al autor, e incluso al cadáver que robó su nombre para poder morir en paz. En algún momento, si cierro los ojos, parece que logro hacer que estas dos entidades se superpongan y comiencen a existir en una dimensión alterna: la posibilidad de narrarse hasta que los límites de la identidad se borren. Donde yo no solo pueda ser otrx, sino que termine por convertirme en nadie. **U**

## NUESTROS AUTORES



**Darío Alemán**

(La Habana, 1994) es periodista. Reportero de la revista *El Estornudo*. Ha colaborado con varios medios independientes cubanos y algunos medios extranjeros.



**Giuseppe Amara**

(Asmara, 1949- Ciudad de México, 2022) fue médico, psicoanalista, psiquiatra y escritor. Publicó entre otros libros *El hombre imposible* (1987) y *Experiencias cercanas a la muerte* (2007).



**Luigi Amara**

(Ciudad de México, 1971) es escritor, paseante y editor. Fundó el sello Tumbona Ediciones y la librería independiente La Murciélagu. Sus libros más recientes son *El quinto postulado /Dobleces* y *El paraíso de las ratas*, ambos publicados por Sexto Piso en 2018.



**Claudia Amaro**

es periodista y activista. Formó parte del grupo de activistas sin documentos *Dream 9*, que realizaron una acción de protesta en la frontera entre México y Estados Unidos en 2013.



**Lola Ancira**

(Querétaro, 1987) es escritora y editora. Ha publicado en diversas antologías y revistas. Entre sus publicaciones está *Tusitula de óbitos* (2013) y *Tristes sombras* (2021).



**Agustín B. Ávila Casanueva**

es divulgador científico. Ganó el Premio Nacional de Periodismo 2018 en la categoría de periodismo científico. Trabaja en la Unidad de Divulgación del Centro de Ciencias Genómicas.



**Pablo Berthely Araiza**

(Veracruz, 1990) estudió derecho y políticas públicas. Fue becario del programa Jóvenes Creadores del SACPC. Su novela *Enemigos imaginarios* obtuvo el Premio Nacional de Novela Jorge Ibarquengoitia en 2020.



**Bertha Blum**

es psicoanalista y psicoterapeuta. También es profesora de carrera del posgrado en la Facultad de Psicología de la UNAM. Es coordinadora general del programa Espora Psicológica.



**Piedad Bonnett**

(Antioquia, 1951) es poeta, novelista y crítica literaria. Obtuvo el premio Casa América de Poesía Americana en 2011. Publicó el libro *Qué hacer con estos pedazos* en 2021.



**Francisco Carrillo**

(Madrid, 1977) es ensayista y profesor universitario; doctor en literatura latinoamericana por la Universidad de Pensilvania y maestro por la Universidad de Puerto Rico.



**Eunice Cortés Gutiérrez**

es psicoanalista y escritora.



**Bernardo Esquina**

(Jalisco, 1972) es un escritor mexicano inscrito en la temática de la llamada *weird fiction* o “ficción de lo extraño”. Su obra mezcla los géneros policiaco, fantástico y de terror. Es autor, entre otros libros, de *Asesina íntima* (2021) y *Necropolitana* (2022).



**Julieta García González**

(Ciudad de México, 1970) es narradora, periodista y editora. Estudió letras hispánicas en la UNAM. Ha publicado cuento, novela y literatura infantil. Es autora de *Cuando escuches el trueno* (2017).



**César González-Aguirre**

(Ciudad de México) es investigador independiente y cofundador del Archivo Memoria Trans México. Fue curador en jefe del Centro de la Imagen de 2018 a 2021. Ha realizado exhibiciones como “Enrique Metinides: El ojo infinito” (2023).



**Francisco González Crussi**

(Ciudad de México, 1936) es médico y escritor. Profesor emérito de patología en Northwestern University. Entre sus libros están *La enfermedad del amor* (2016) y *Más allá del cuerpo* (2021).



**José Isaac González Huerta**

es profesor del Departamento de Ciencias Sociales del Centro Universitario de Ciencias de la Salud y Clínicas de la Salud Mental de la Universidad de Guadalajara. Además es presidente de la Academia de Bioética y Legislación.



**Kavindu (Alejandro) Velasco**

(Ciudad de México, 1956) es compositor musical y maestro de meditación. Es autor del libro *Mindfulness: La meditación de conciencia plena* (2014).



**Peter Kuper**

es un caricaturista estadounidense. Fue uno de los fundadores de la revista *World War 3 Illustrated* y colabora con publicaciones como *Time Magazine*, *Newsweek* y la revista *MAD*. Entre sus libros en español están *Diario de Oaxaca* (2009), y *Ruinas* (2016).



**Pura López Colomé**

es una poeta y traductora mexicana. Entre otros, ganó el Premio Nacional de Traducción de Poesía 1992 por *Isla de las estaciones*, de Seamus Heaney, y el Premio Bellas Artes de Literatura Inés Arredondo 2019, por el conjunto de su obra.



**María de Jesús Medina Arellano**

es doctora en bioética y jurisprudencia médica por la Universidad de Manchester. Investigadora Nacional Nivel II del SNI, coordinadora académica del Diplomado en Bioética, Salud y Bioderecho del IIJ y miembro del Comité de Ética de la UNAM desde 2019.



**Roberto Martínez**

es arqueólogo e investigador del IIH-UNAM; se ha dedicado al estudio del cuerpo, la persona y la muerte en las cosmovisiones de distintas sociedades del pasado. Su más reciente obra, *La invención de la muerte* (2022), está consagrada a ello.



**Rocío Maza**

es historiadora por la UNAM y realizó estudios de posgrado en la EPHE de París; ha investigado la ritualidad mortuoria maya, centrándose en la actual procesión de la calavera del pueblo itzá de San José Petén, Guatemala.



**Enrique Metinides**

(Ciudad de México, 1934-2022) fue un fotógrafo mexicano. Desde muy pequeño comenzó a trabajar en la prensa y sus fotografías hicieron más profunda y compleja la crónica visual de accidentes, desastres y otros incidentes de nota roja.



**Michel de Montaigne**

(1533-1592) fue filósofo y escritor francés, uno de los pensadores más importantes del renacimiento europeo y autor de los *Los ensayos*, en los que dio al género su impulso moderno.



**Michela Murgia**

(Cabras, 1972-Roma, 2023) fue una escritora, dramaturga y activista italiana. Padece un cáncer de riñón que eventualmente terminó con su vida. Su último libro fue *Tre ciotole. Rituali per un anno di crisi* (2023).



**Mitzi N.  
Pineda  
Sánchez**

es productora y editora de podcast independiente. Estudió una maestría en periodismo narrativo. Es facilitadora en el programa de formación *Sound Up* de Spotify, productora general del podcast *Peligroso Pop* y cofundadora de la red *Morras Podcasteras Mx*.



**Aniela  
Rodríguez**

(Chihuahua, 1992) es narradora. Ha publicado *El confectionador de deseos* (2015) y *El problema de los tres cuerpos* (2019 y 2021). Fue seleccionada entre los mejores narradores jóvenes en español por la revista *Granta* en 2021.



**Diego  
Salazar**

es periodista. Su trabajo ha aparecido en medios como *The New York Times en Español*, *El País* y *The Washington Post*. Es autor del libro *No hemos entendido nada: Qué ocurre cuando dejamos el futuro de la prensa a merced de un algoritmo* (2018).



**César  
Tejada**

(Ciudad de México, 1984) ha sido becario de la Fundación para las Letras Mexicanas. Es autor de las novelas *Épica de bolsillo para un joven de clase media* (2012) y *Mi abuelo y el dictador* (2017). Forma parte del equipo editorial de Ediciones Antílope.



**Ari  
Volovich**

(Israel, 1974) es escritor y periodista, columnista en *Chicago Tribune* y autor de *Blasfemias ilustradas* (2011), *Jet Lag* (2013), *El centinela del gulag* (2017) y *Mi lucha* (2021).



**Jorge  
Volpi**

(Ciudad de México, 1968) es narrador y ensayista, maestro en Letras Mexicanas por la UNAM, y doctor en Filología Hispánica por la Universidad de Salamanca. Desde 2016 funge como coordinador de Difusión Cultural de la UNAM. Su libro más reciente es *Enrabiados* (2023).



**Vicente  
Zarco**

es psicoanalista y psicoterapeuta. También es profesor de carrera del posgrado en la Facultad de Psicología en la UNAM, así como profesor y supervisor de la Maestría en Psicoterapia para Adolescentes.



**Raúl  
Zurita**

(Santiago, 1950) es poeta y crítico literario. Su obra incluye poemarios como *Anteparaíso* (1982) y *Canto a su amor desaparecido* (1985). Entre otros premios recibió el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana 2020.



# SUSCRÍBETE

Léela, colecciónala y disfrútala

[www.revistadelauniversidad.mx](http://www.revistadelauniversidad.mx)

